

Viaje alrededor de la izquierda

Enrique Semo

Introducción

Los artículos reunidos en este volumen fueron escritos en los últimos quince años. Pertenecen, por lo tanto, al periodo que se inicia con el 68, esa tempestad que recorrió el mundo haciendo vacilar gobiernos, cuestionando sistemas, anunciando el advenimiento de nuevos movimientos sociales. Algunos de los artículos fueron redactados para seminarios o periódicos, otros para revistas teóricas, pero todos ellos son testimonio de un esfuerzo por comprender los cambios anunciados por el 68 y actuar en consecuencia.

Por su universalidad y diversidad, el 68 fue un momento histórico sin precedentes, cuyo verdadero significado sólo comienza a revelarse. A veinte años de distancia, el problema es rescatar esa experiencia del olvido e insertarla en las reflexiones que nos hacemos sobre el presente, especialmente porque en ella la experiencia nacional se funde con una mundial, de vastas proporciones.

A primera vista, el 68 aparece como la convergencia global y misteriosa de movimientos de protesta muy heterogéneos. Todavía nos preguntamos por la relación que puede existir entre las rebeliones estudiantiles de la ciudad de México y París, de Italia y Alemania Federal, de Japón y Río de Janeiro; de la conexión que hay entre la Primavera de Praga y la Revolución Cultural China y lo que une las manifestaciones contra la guerra de Vietnam en Estados Unidos con el intento del Che en Bolivia de oponer la guerrilla a la guerra. Y sin embargo... en todos ellos existe la protesta airada de la juventud, el cuestionamiento radical de las prácticas políticas dominantes, el rechazo intuitivo de las ideologías locales, el florecimiento vigoroso de las utopías.

Resultado no de un proceso histórico único, sino del encuentro entre tendencias muy diversas, el 68 marca en las ideas el fin de mundo de la posguerra y el anuncio titubeante de una nueva época. Carente de un centro rector, la sincronización casi perfecta de sus manifestaciones sugiere una nueva interdependencia mundial y formas inéditas de solidaridad internacional.

Frecuentemente, el 68 ha sido objeto de lecturas conservadoras. En México, se rinde homenaje a las víctimas, pero se desconoce su impacto en la sociedad actual. En Europa Occidental, sumida en el conformismo, hay quien evoca el

movimiento estudiantil sólo para recordar su violencia. En Checoslovaquia, Jakes, el nuevo secretario general del Partido Comunista, ofrece reformas sin dejar de sostener que la Primavera de Praga puso en peligro el socialismo y los dirigentes actuales de China Popular declararon, en 1981, que la Revolución Cultural "sumió al país en el caos y tuvo consecuencias catastróficas para el partido, el Estado y toda la nación". De esa manera, el 68 sólo sería el prólogo adecuado a los años de plomo que vivimos y el desencanto que los caracteriza.

Movimiento complejo y contradictorio, el 68 permite varias lecturas, pero sólo el miedo al cambio impide discernir las promesas que encierra. Son pocos los movimientos renovadores de la actualidad que no le deben algo. El 68 cuestionó el optimismo consumista, la política como profesión, la viabilidad de las guerras coloniales. Puso en entredicho el carácter socialista de los países del estatismo y el marxismo como ideología de Estado. Sacudió en sus fundamentos la familia, la moral sexual, la escuela y la universidad. Pero casi no obtuvo victorias. La respuesta del Estado fue rápida y eficaz, revelando todos sus poderes ocultos y los límites de los movimientos estrictamente contestatarios. La aceleración violenta de la historia cedió bruscamente el lugar a un periodo de inmovilismo y el mundo volvió a cerrarse. Sin embargo, hoy sabemos que nada quedó igual. Si sólo vemos el 68 como la rebelión de los estudiantes universitarios, se puede pensar que fue un fenómeno de pocos meses que marca la emergencia de nuevos estratos intermedios, pero si consideramos los sucesos en su conjunto y su relación con la década que siguió, no podemos sino concluir que se trata de una negación de profundas consecuencias de los esquemas y la cultura dominantes incluyendo los de la oposición. Y en esa negación hay semillas de una nueva concepción del futuro que supera el transformismo de la socialdemocracia y la burocratización de los partidos comunistas.

La gestión del movimiento estudiantil fue más prolongada de lo que se supone. Ya desde 1966 los estudiantes estadounidenses amenazados con la conscripción, protestan contra la guerra de Vietnam. Al mismo tiempo que crece el movimiento no violento por la integración, dirigido por Martin Luther King, estallan violentos disturbios raciales en varias ciudades. En México, los universitarios protestan

contra las restricciones al ingreso y los rectores autoritarios. En la primavera de 1967, los estudiantes de la universidad de Nanterre cuestionan los viejos reglamentos. En junio del mismo año, 20 mil universitarios berlineses asisten al sepelio de un compañero muerto por la policía y plantean la democratización de sus casas de estudio. En Italia, los jóvenes ocupan varias universidades y el gobierno promete una reforma moderada de la educación superior. En el otoño, los universitarios ingleses inauguran los *seat-in* imponiendo el derecho de reunión. Sin embargo, nadie prevé la inminencia de la tormenta. El año de 1968 será una sorpresa para los gobiernos y la oposición. Los estudiantes estadounidenses ocupan universidades y se enfrentan a la guardia civil. El 4 de abril cae asesinado Martin Luther King y, dos meses más tarde, Robert Kennedy. En París, a partir de mayo, se suceden las grandes manifestaciones y los choques violentos con la policía. Cohn-Bendit, el líder del movimiento estudiantil declara: "la crítica de la universidad se ha transformado en la crítica de la sociedad". El 14 de junio, las centrales sindicales llaman a la huelga general contra la reducción de los salarios y una manifestación reúne a un millón de personas. De Gaulle sale de París para entrevistarse con el jefe de las fuerzas armadas francesas de Alemania y disuelve la Asamblea.

En la ciudad de México se extiende el movimiento estudiantil que adquiere el carácter de una lucha por la democracia. El 2 de octubre interviene el ejército con un saldo de varios cientos de muertos. En Río de Janeiro los estudiantes se vuelcan a la calle en grandes manifestaciones contra el gobierno, mientras que en Japón, ocupan las universidades y se enfrentan violentamente a la policía y el gobierno que declara el Estado de sitio. En Italia, decenas de universidades son ocupadas y los sindicatos se lanzan a la huelga. En las elecciones crece el voto por los partidos de izquierda. En las fábricas surgen comisiones obreras cuyas demandas rebasan las direcciones sindicales. En Alemania, las manifestaciones estudiantiles se multiplican, su dirigente Rudi Dutschke es objeto de un grave atentado y el gobierno de Bonn aprueba leyes represivas de emergencia.

Movimiento generacional marcado por el autiautoritarismo y el culto a la libertad individual, la rebelión estudiantil adopta a los héroes revolucionarios del momento.

Los retratos de Ho Chi Minh (el tío Ho), Mao Tse Tun (el gran timonel) el Che Guevara (el revolucionario que se negó a ser burócrata) aparecen en todas las manifestaciones. ¿Última explosión social tradicional o premonición de una crisis de nuevo tipo? El 68 de los estudiantes es ambas cosas.

A partir de ese año, el concepto de *movimiento* tendrá un significado distinto al que se le daba para designar las expresiones tradicionales de obreros y campesinos. Los sujetos del cambio social se diversifican, las viejas concepciones sobre la relación entre partido y sociedad se derrumban, la democracia directa será enarbolada como alternativa a la omnipotencia de la burocracia. Confuso en sus ideas, el 68 estudiantil provocará en el seno de la izquierda un debate que abarcará todos los dogmas considerados como intocables durante el periodo anterior. Limitado en sus proposiciones programáticas, será el fin del "intelectual orgánico" para regresar a éste a la condición más modesta de "intelectual crítico". Con la misma rapidez con la que había estallado, el movimiento estudiantil se apagó. En Francia duró apenas dos semanas y en los demás países, dos años más tarde, nada quedaba de él. Esto quizá porque, desde siempre, el movimiento estudiantil ha sido portador de discontinuidad. Su eficiencia depende de su impacto en movimientos y sujetos sociales más estables. Y en eso, cada historia nacional es diferente. En México, el movimiento tuvo un impacto muy profundo en los intelectuales, las organizaciones de izquierda, sectores importantes de la clase media urbana. En Francia e Italia se produjo una convergencia con la clase obrera cuya importancia no ha sido aún debidamente aquilatada.

En China, el primero en hablar de revolución cultural contra la sobrevivencia de las ideas burguesas fue Mao Tse Tun, en septiembre de 1965. Algunos meses más tarde, estallaba el movimiento juvenil que adopta ese nombre. En mayo de 1966, los estudiantes de Pekín se pronuncian en un *dazibao* contra las posiciones conservadoras de su rector y Mao los apoya públicamente. Luego, los reúne en la plaza Tian An Men, en donde ordena a cientos de miles de jóvenes, guardias rojos. A partir de entonces, millones de jóvenes recorren el país armados del pequeño libro rojo y animados por un espíritu igualitario y antiburocrático que cuestiona todas las autoridades establecidas. En medio de la arbitrariedad y las

jerarquías del Estado, el partido y las universidades son sacudidas en su raíz. En 1968, cuando estallan los movimientos juveniles en otros continentes, el movimiento chino pierde autonomía y decae, sustituido por una violenta lucha por el poder en las alturas. Los guardias rojos son disueltos o abatidos por las tropas de Lin Biao, la protesta antiautoritaria es sofocada.

El conocimiento que tenían los jóvenes de lo que realmente sucedía en China era vago, pero el gran país asiático aparecía a sus ojos, por contraste con la URSS, como un país abierto, en movimiento, un campo fértil de experimentación social. La simpatía por la renovación del socialismo obligaba a la solidaridad con él.

El igualitarismo de los guardias rojos no fue un fenómeno aislado. Reaparece en las simpatías de los jóvenes europeos por el Tercer Mundo y su rechazo en la sociedad consumista, en las demandas niveladoras de las comisiones obreras en Francia e Italia.

El 8 de octubre de 1967, cae en Bolivia el Che Guevara. Así termina su intento de crear un foco guerrillero contra la dictadura de Barrientos. El 68 lo transforma en figura preferida. La mezcla de humanismo y honestidad revolucionaria del Che, su oposición intransigente a la guerra, el imperialismo, el fatalismo geográfico, hacen de él el héroe ideal de un movimiento, más preocupado por la acción contestataria que por sus resultados.

Tres meses más tarde, en enero de 1968, Alejandro Dubcek, líder de la corriente reformadora, sustituye al conservador Novotny en la dirección del partido checoslovaco. El 5 de abril, el Comité Central aprueba un *Programa de Acción* que prevé profundas reformas en la política, la economía y la cultura. El nuevo rumbo recibe el apoyo entusiasta de la mayoría del pueblo. En la sociedad se multiplican las iniciativas y crece la esperanza en la posibilidad de un socialismo democrático. La URSS se opone cada vez más violentamente al proceso, y el 21 de agosto, las tropas del Pacto de Varsovia -con la excepción de Hungría- invaden Checoslovaquia. Luego, venciendo múltiples resistencias, imponen la restauración completa del orden perturbado.

Pese al triunfo de los conservadores, la Primavera de Praga ha demostrado ser un suceso de gran trascendencia. Durante su breve duración, los obreros formaron

en las fábricas comités encargados de constituir consejos de autogestión que debían ser legalizados a finales de año. Las libertades de expresión y manifestación recibieron un gran impulso y se proyectaron reformas económicas y políticas que han servido de modelo a los reformadores actuales. Desde entonces, el impulso hacia un socialismo democrático se ha renovado en las luchas de *Solidaridad* en Polonia y la *Perestroika* en la URSS. La Primavera de Praga se define como el anuncio de un proceso ineluctable en los países del bloque soviético. Lentamente, se impone en todos ellos la conciencia del paso de una economía orientada por los objetivos del crecimiento cuantitativo a una economía basada en el ascenso de la productividad, la introducción acelerada de las innovaciones técnicas y científicas, la eficiencia administrativa, sólo es posible si la sociedad conoce un proceso global de democratización.

Más que el inicio de una época, el 68 fue la manifestación violenta de nuevas esperanzas. Esperanzas que luego naufragaron temporalmente en el ascenso de una nueva derecha y el inmovilismo de pueblos que aparecen empeñados en buscar solución a los graves problemas que los aquejan en el marco de los sistemas existentes. Y sin embargo, veinte años más tarde, no faltan señales que indican que el año de los jóvenes fue algo más que un viaje en la utopía.

1 de mayo de 1988.

*¿Cómo entonces podemos definir la incertidumbre?: La
incertidumbre es la madre de una certidumbre*

NIKOS KASANTSAKIS, Informe al Greco

Viaje alrededor de la izquierda

Esbozo de un principio de negatividad contemporánea

En un mundo que se debate entre el socialismo y el holocausto, el concepto de izquierda se ha impuesto como el único capaz de designar el reto global a todas las formas de explotación y dominación que lo afligen. Refleja la imposibilidad de identificar las fuerzas que luchan por la transformación radical de la sociedad, con una corriente teórica, una ideología, un tipo de organización o una clase social única. Expresa la aparición de rasgos comunes cada vez más fuertes en movimientos que se desenvuelven en condiciones muy disímiles: el subdesarrollo, el capitalismo monopolista y el socialismo embrionario. Resume la diversidad de herencias y de voluntades innovadoras que conviven en el poderoso torrente contemporáneo de cambio social. Suma fuerzas, como el movimiento de emancipación negra en Estados Unidos, los movimientos por los derechos civiles en Inglaterra y Alemania Federal y a favor del divorcio en Italia, que sin ser socialistas, se enfrentan a poderosas formas de explotación y dominación vigentes o bien Solidaridad, en Polonia, que siendo predominantemente católica, no puede sino impulsar un socialismo autogestionario y democrático.

El término remite a la Revolución Francesa: los representantes de la democracia se sentaban en la Asamblea, a la izquierda. Pero eso fue la génesis. A cada época, su propia izquierda. Siendo una posición que se define en relación a otras (centro, derecha) en el seno de una sociedad en perpetuo cambio, debe avanzar constantemente para mantener su lugar. Si no, la izquierda de ayer corre el peligro de convertirse en el centro de hoy, derecha de mañana.

A CADA MUNDO SU PROPIA IZQUIERDA

Durante el periodo de la lucha contra el fascismo y más tarde de la guerra fría, la izquierda se encontraba vertebrada alrededor de los partidos comunistas, la URSS y algunos movimientos antimperialistas afines. La ideología y la táctica política que emanaba de estos centros, predominaba irrestrictamente en los medios revolucionarios y progresistas. No fue sino hacia finales de la década de los cincuenta, cuando esta estructura comenzó a debilitarse. Nuevas situaciones,

nuevos problemas y nuevos movimientos pusieron a prueba prácticas y concepciones que desde los años treinta habían parecido incuestionables.

En el último cuarto de siglo, las fuerzas que luchan contra las formas de explotación y dominación vigentes en la sociedad contemporánea, se han ampliado y diversificado inmensamente. En la década de los sesenta, surgió en Europa occidental y Estados Unidos una "nueva izquierda", profundamente crítica de las experiencias de los partidos comunistas y de la URSS, empeñada en buscar nuevos derroteros teóricos y prácticos. Mientras los ideólogos soviéticos la calificaban de revisionista, izquierdista o anarquista, sus enseñanzas prendían en las universidades, preparando las rebeliones de 1968, y se difundían en nuevos movimientos que hicieron su aparición: feministas, antirracistas, de autodeterminación nacional o étnica, ecologistas y de oposición a la guerra de Vietnam y a las armas nucleares.

En los países del socialismo "realmente existente" empezó a conformarse un movimiento contestatario que, bajo la bandera del socialismo democrático, cuestionaba radicalmente rasgos fundamentales del sistema surgido de la Revolución de Octubre. La crítica del estalinismo iniciada en Yugoslavia en 1948, la revolución cultural en China, la Primavera de Praga, las sucesivas rebeliones polacas que culminaron en la crisis actual, son el anuncio de un vigoroso movimiento de transformación social de nuevo signo que se propone superar los límites del socialismo embrionario.

En América Latina la revolución cubana desencadenó una tempestad revolucionaria y una acerba crítica al marxismo dogmático y anquilosado que aprisionaba al movimiento revolucionario del continente. Chile fue protagonista temprano del primer gran ensayo de toma del poder por la vía parlamentaria. La victoria de Vietnam alteró definitivamente la relación de fuerzas entre las metrópolis imperialistas y los países coloniales volviendo incosteables las guerras colonialistas. La emergencia de China como gran potencia puso fin al equilibrio bipolar del mundo y los crímenes de Pol Pot, trágica caricatura del ideal socialista, se transformaron en vibrante denuncia del "comunismo" autoritario. En África apareció un nuevo socialismo antirracista y anticolonialista animado por las obras

de Fanon y N'Kruma y se multiplicaron los movimientos, partidos y Estados que se conciben a sí mismos como socialistas y se desarrollan de acuerdo a vías originales.

A la vez que afirmaba su posición de segunda potencia mundial, la URSS perdió su papel rector en el seno de la izquierda. El movimiento comunista entró en un proceso de diferenciación. Primero el conflicto Chino-Soviético que se hizo público a principios de los sesenta y luego el surgimiento del eurocomunismo, propiciaron la definición de rasgos nacionales que habían sido sofocados en el periodo de la guerra fría. En el seno de este movimiento (80 partidos de oposición) se libra hoy una batalla, cada vez más aguda, entre el conservadurismo burocrático y las tendencias de renovación política y teórica. Su resultado tendrá, sin duda, una influencia decisiva en el futuro de toda la izquierda. Por otra parte, a partir del estallido estudiantil de 1968 y la crisis económica que se inició en 1973, en el seno de algunos partidos socialdemócratas europeos (Francia, España, Grecia e Inglaterra) comenzaron a definirse tendencias radicales que influyen en la política nacional e internacional de esos partidos.

En un proceso menos súbito, pero más global que el de los años veinte, las viejas concepciones y formas de organización están siendo rebasadas, superadas y sustituidas. A diferencia de la ruptura de la Primera Guerra Mundial y la Revolución de Octubre, que produjeron una alternativa inmediata al derrumbe de la Segunda Internacional, vivimos un proceso más prolongado y contradictorio, marcado por la diversidad de las luchas y vías revolucionarias y la ausencia de rupturas definitivas de significado universal. Sin embargo, la transformación que conoce la izquierda contemporánea no es menos profunda o decisiva que la de aquella época. Estamos protagonizando una modificación irreversible del contenido, las fronteras y las prácticas de la izquierda. El proceso de renovación se expresa en formas de agrupamiento originales, desde la izquierda extraparlamentaria europea, los Verdes de Alemania Occidental y Solidaridad en Polonia, hasta los bloques revolucionarios de Palestina, Nicaragua y El Salvador, pero se abre paso también en el seno de agrupaciones tradicionales: los partidos y organizaciones comunistas y socialistas así como el movimiento sindical. De ahí

que, con frecuencia, las fronteras político-organizativas existentes no son ya una expresión fiel de las diferencias y coincidencias en el seno de la izquierda. El espíritu de secta y el patriotismo de partido son minados por la renovación de las ideas y la reorganización del movimiento revolucionario.

La famosa predicción de Togliatti, emitida en su entrevista con *Nuovi Argumenti* en 1956: "El conjunto del sistema se vuelve policéntrico", se ha cumplido con creces. Hoy es imposible hablar de un país, un partido o una Internacional guía. La izquierda avanza condicionada por enfrentamientos y coincidencias entre varios centros de influencia y poder; entre presiones hacia ortodoxias encontradas y posibilidades crecientes para el desarrollo de movimientos autónomos y vías nacionales originales hacia el socialismo. Los viejos bloques ideológico-políticos tienden a disgregarse y el internacionalismo no adopta la forma de una unidad estratégica, sino de coincidencias y solidaridades. La pluralidad de los centros (URSS, China, países no alineados, eurocomunismo) debilita su poder. Las izquierdas nacionales desarrollan, cada vez con mayor éxito, formas de organización que emanan de condiciones particulares y tácticas que aprovechan con audacia y flexibilidad las coyunturas especiales de sus países.

A partir de 1974, el mundo se debate en la crisis económica más violenta y prolongada del último medio siglo. Las recesiones se suceden apenas interrumpidas por pálidos repuntes. La desocupación alcanza magnitudes superiores a las de la crisis de 1929. La inflación y los desórdenes monetarios se han vuelto crónicos. Iniciada en los países capitalistas mal desarrollados, la crisis ha adquirido dimensiones globales, propagándose al así llamado Tercer Mundo y a los países del socialismo embrionario. Todo indica, además, que esta situación se mantendrá, todavía, durante un periodo prolongado.

En los países capitalistas se ha desencadenado una ofensiva general contra los trabajadores. Las políticas de austeridad que obligan a éstos a aceptar la baja de los salarios reales y la pérdida de beneficios sociales están a la orden del día. Orillada a la defensiva, la izquierda ha logrado evitar derrotas decisivas, pero sus esfuerzos por desarrollar una política anticrisis eficaz, ya sea desde la oposición (Italia, Inglaterra) o bien desde el gobierno (Francia, Grecia, España) ha obtenido

resultados limitados. Las luchas reivindicativas en defensa de salarios y lugares de trabajo sólo logran en las condiciones actuales éxitos parciales e inestables y las políticas adoptadas por los partidos socialistas en el poder no han logrado reanimar la economía de sus países o frenar el deterioro del nivel de vida de los trabajadores. Al mismo tiempo, la desenfrenada carrera armamentista entre las superpotencias y la agresiva política internacional del gobierno de Reagan amenazan con reanimar la guerra fría y llevar al mundo a una catástrofe nuclear. La capacidad de responder al reto de la crisis y la guerra se está transformando rápidamente en la piedra de toque del futuro de la izquierda contemporánea. La urgencia de esos problemas acerca a fuerzas que sólo ayer parecían irreconciliables.

APUNTES PARA UNA "DIALÉCTICA" DE LA NEGATIVIDAD CONTEMPORÁNEA

La izquierda es, ante todo, negación del sistema social existente, del orden establecido, del poder instaurado. En el mundo del pensamiento, la negación es crítica: revelación de contradicciones sociales y formación del sujeto capaz de superarlas. Este es el comienzo de toda izquierda, porque para construir una nueva sociedad los hombres deben, antes, destruir en su conciencia la sujeción a la presente. "La dialéctica de la negatividad -escribía Marx- es el principio creador". La izquierda rechaza cualquier actitud de servilismo frente al orden establecido, la ideología dominante y el poder. En su calidad de fuerza política, reconoce la necesidad de la táctica, las alianzas y las concesiones impuestas por las condiciones objetivas, como pensamiento, no puede abandonar la crítica radical sin comprometer su existencia misma. La izquierda puede reconocer la imposibilidad de una revolución inmediata, pero esto no le permite otorgar a la sociedad existente patentes de legitimidad. Una izquierda que renuncia al ejercicio de la crítica por consideraciones tácticas, que tiene una visión inmediatista de su función, que vacila y concede en materia de pensamiento, es una izquierda que ya no es lo que parece. Con frecuencia, el reformismo centrista acusa a la izquierda de ser una fuerza puramente negativa: en lugar de insistir en reformas posibles, critica el sistema como tal. Estamos, en realidad, ante dos actitudes hacia el

cambio social: para el reformismo centrista, las instituciones existentes son las únicas posibles y pueden ser modificadas desde adentro a favor de las mayorías; la izquierda, en cambio, considera que para elevar la condición humana de los trabajadores, el régimen social y/o el régimen político existente debe ser abolido, negado. Sin esta idea matriz, no hay pensamiento de izquierda. En el seno de ésta, las vías y el contenido del cambio radical son materia de discusión, pero no su necesidad. Ninguna izquierda puede ignorar las reformas parciales, ni limitar a ellas su crítica de la sociedad. Una fuerza centrista se vuelve de izquierda sólo cuando luchando contra el fascismo o una dictadura oligárquica se propone abolir el régimen político existente.

Al ser oposición, la izquierda es inicialmente minoría. Sólo existe una vía para cambiar esta condición: que el pueblo trabajador se movilice para cambiar el sistema vigente. En ese proceso el sujeto político se funde con el sujeto social. La minoría deviene mayoría. El significado histórico de una izquierda no se mide por los espacios de poder conquistados en un momento dado, sino por su arraigo en la conciencia de los trabajadores. En 1913, la Segunda Internacional había acumulado un poder enorme. Un año después, el mundo descubría que en las últimas dos décadas de su existencia, cada posición conquistada había sido una derrota para la conciencia socialista. La izquierda no rehúye su participación en el poder, siempre y cuando ésta no contradiga su función. Se convierte en Estado, sólo cuando se trata de un Estado revolucionario de las mayorías.

No toda negación del orden imperante es de izquierda. Existe una crítica especulativa que parte de valores abstractos y eternos en nombre de los cuales el intelectual, su guardián impoluto, fustiga a todos los actores de la historia. Los conceptos de humanidad, justicia, democracia y libertad son esgrimidos para hostigar a todos los hombres por igual: los que actúan ostensiblemente contra ellos y los que, en su afán por volverlos realidad, se topan con los límites de su tiempo. La posición es cómoda: exime de la preocupación por la viabilidad de los principios y permite dirigirlos a veces contra la derecha y otras -como en el caso de los "nuevos filósofos"- contra la izquierda. Sólo es de izquierda la negación comprometida con el movimiento vivo de los trabajadores, aquélla que acepta la

tensión entre los valores del humanismo y los intereses concretos de éstos, aceptando cargar con la responsabilidad de la praxis política. Por su parte, la extrema derecha, cuando no está en el poder, se vuelve también crítica. Pero las transformaciones que ella propone, por más devastadoras que parezcan, tienen como objetivo consolidar el sistema de explotación existente o renovar uno ya extinto: cambiar para que todo siga igual o volver hacia atrás. Por eso la derecha no puede desarrollar una teoría que no sea el irracionalismo. Su fuerte no es el pensamiento crítico, sino el fraude ideológico.

Si la primera y más importante condición para la existencia de la izquierda es la negación del sistema existente, la segunda es la presencia de un ideal de sociedad futura en la cual se materializan las luchas sociales del presente, un ideal cuya realización no puede lograrse de inmediato y que representa una aspiración que, proyectada hacia el futuro, impulsa la acción práctica del movimiento. Ninguna izquierda puede existir sin esta tensión permanente entre un proyecto de transformación general de la sociedad y una táctica que obliga a concentrarse en objetivos limitados, entre medios y fines. Para que la izquierda cumpla con su función transformadora, el ideal debe existir antes de que maduren las condiciones de su realización. Hay, es verdad, otra posibilidad: un enfoque pragmático que descubre y crea paulatinamente el futuro por medio de un método de prueba y error. Así, se afirma, se evitan las decepciones y se mantiene a la izquierda más cerca del nivel real de la conciencia popular. En los países capitalistas, esta posición desemboca inevitablemente en un reformismo socialdemócrata. En el socialismo realmente existente auspicia la adopción de medidas cuya brutalidad acaba por comprometer la construcción de la nueva sociedad.

¿Y en América Latina? ¿Acaso la revolución cubana no triunfó guiada por esta idea? ¿No gustaba el Che en presentarse como un "revolucionario práctico" que había aprendido lo que sabía a través del "método de la prueba y el error"? Y sin embargo, fue el mismo Che quien más tarde dedicó muchas de sus mejores horas a concebir y exponer un humanismo socialista para los revolucionarios latinoamericanos. La revolución cubana se orientó hacia el socialismo, porque la

idea estaba arraigada en la izquierda y sus dirigentes supieron aprovechar la coyuntura revolucionaria para generalizarla. Elevar al nivel de teoría general la táctica inicial de los revolucionarios cubanos, es deformar grotescamente el sentido mismo de la más grande de las revoluciones americanas. La idea de una sociedad en la cual la igualdad, la justicia y la libertad prevalecerían es antiquísima. Las grandes religiones poseen una vertiente utópica que les permite acercarse a las ideologías socialistas contemporáneas. Como anhelo de una sociedad sin explotación y tiranía, la utopía social existe en casi todas las culturas y responde a una esperanza que no es privativa de una formación social o una clase. En la izquierda contemporánea, la utopía vuelve a florecer. La revelación de los límites del socialismo embrionario, el postergamiento de la revolución en los países capitalistas altamente desarrollados, la aparición de movimientos sociales en los cuales las ideas del socialismo científico se articulan con las del Islam (países árabes, Irán), el cristianismo (Polonia) o el romanticismo revolucionario (América Latina), han hecho del renacimiento del pensamiento utópico uno de los fenómenos más sorprendentes de nuestra época marcada por la robotización computarizada, sólo previsto en la obra de Bloch y Marcuse.

La utopía actúa a veces como poderoso impulso de la acción revolucionaria. En otras ocasiones, se erige en fuente de inmovilismo místico y extravío práctico del movimiento popular. Mantiene vivo el aliento humanista de las masas en las condiciones más adversas, pero tiende también a distraer sus energías de tareas históricamente realizables. La relación entre la utopía y el movimiento social real, es uno de los grandes problemas teóricos de nuestro tiempo.

Existe, en los países subdesarrollados, una concepción ampliamente difundida que no es una simple variante ni una manifestación subordinada del socialismo. Con una posición divergente convergente hacia el pensamiento socialista, esta corriente adopta una posición ambigua hacia el dilema capitalismo/socialismo. El centro nodal de esta visión es la superación del subdesarrollo; su modelo, los países capitalistas y socialistas altamente desarrollados. Sus objetivos son la elevación general del nivel de vida del pueblo trabajador, la industrialización, el desarrollo científico y técnico y la urbanización. La educación masiva y la salud

pública, la politización y democratización de la vida nacional, aparecen como alternativas radicales a una sociedad tradicional que condena a las mayorías al hambre y a la sumisión, se resiste al cambio y la innovación y está plagada de formas de explotación precapitalistas y sistemas de dominación despóticos. Antimperialista y defensora de la independencia nacional, esta corriente ve en el pueblo, más allá de distinciones clasistas, el sujeto de cambio y en el Estado moderno el instrumento principal de su misión histórica. Políticamente oscila entre un keynesianismo socialdemócrata y un populismo revolucionario que, en ocasiones, la coloca a los márgenes de la izquierda y en otras la convierte en poderosa fuerza revolucionaria.

EL MARXISMO Y OTRAS IZQUIERDAS

La corriente hegemónica en la izquierda contemporánea es el socialismo marxista. Sus iniciadores, Marx y Engels, se propusieron fundar un ideal socialista que respondiera no a la "razón" o a la justicia en abstracto, sino a necesidades históricas, tendencias, leyes y posibilidades identificables en la sociedad presente. En su obra, el momento de la imaginación de una sociedad perfecta y el *elán* ético ceden el lugar a la comprensión de las luchas concretas de los trabajadores y su proyección histórica. Esto no quiere decir que el marxismo esté desprovisto de ideales. Los valores éticos están presentes en la obra de Marx no sólo en el humanismo de los manuscritos de 1844 y la indignada denuncia del capitalismo de su obra principal, *El capital*, sino también en la famosa onceava tesis sobre Feuerbach: "Los filósofos sólo han interpretado el mundo, ahora hay que cambiarlo". Lo que ellos niegan es la posibilidad de una teoría revolucionaria basada en principios morales o un análisis de la sociedad existente que parta de juicios de valor. Su contribución al movimiento es la de una teoría crítica, única mediación racional posible entre la singular situación actual y el horizonte futuro de la época en que vivimos. Un movimiento que se propone construir un nuevo mundo luchando contra las trasnacionales, las burocracias omnipotentes y el peligro de una guerra nuclear no puede basarse en la utopía. Por otro lado, la

ciencia separada de la imaginación revolucionaria tiende a ser cada vez más conservadora. Nada hay de seguro en el porvenir. Este mundo repleto de armas atómicas es tan capaz de destruirse a sí mismo en defensa de un sistema caduco, como de dar a luz una nueva civilización. La última palabra la tienen los hombres y las mujeres que, por más enajenados y oprimidos que estén, son potencialmente libres y por lo tanto capaces de actos transformadores que nulifican los diagnósticos basados en condiciones previamente existentes. La teoría que prepara revoluciones es obligada a revisarse críticamente en cada una de ellas. El marxismo de la izquierda contemporánea es esencialmente diferente al del periodo de la lucha contra el fascismo y la guerra fría. Durante tres décadas, el marxismo, como teoría general de la sociedad, languideció. Empeñado en una estéril repetición de sí mismo, dejó de preparar el futuro. Inmóvil ahí donde lo habían dejado los revolucionarios de los años veinte, tardó en plantear las nuevas preguntas, mientras el capitalismo y el socialismo embrionario continuaban su vertiginosa evolución. La pregunta de si la obra de Marx y Engels es hoy vigente, es ya irrelevante. ¿Quién puede negar que estos dos pensadores iniciaron una época intelectual que está aún muy lejos de haber concluido, que su pensamiento es protagonista de una revolución teórica y cultural no menos significativa que las revoluciones sociales y políticas del movimiento real? Sólo en la Reforma del siglo XVI puede encontrarse un *bouiversment* intelectual de la misma magnitud. Pero su historia es todo, menos una cadena ininterrumpida de éxitos. La revolución socialista no se produjo en los países para los cuales fue escrito *El capital* Y ahí donde se dio, tuvo consecuencias imprevistas por los marxistas. El mundo se enfrenta a cuestiones que no fueron planteadas a tiempo por los marxistas de la generación pasada y la ideologización dogmática de éste sigue siendo un obstáculo poderoso a su desarrollo teórico.

El marxismo permea hoy todo el pensamiento de la izquierda, pero sus fronteras se han desdibujado. Se multiplican en su seno las escuelas contrapuestas: el marxismo de la Segunda Internacional, el austrohúngaro y el leninismo; la escuela crítica alemana y el marxismo gramsciano, el humanista (Polonia-Yugoslavia) y el estructuralista de Althusser. Se definen también influyentes versiones nacionales:

soviética, china, italiana, cubana, yugoslava. La ortodoxia ha muerto. Surge una nueva relación con las otras grandes corrientes del pensamiento contemporáneo y las culturas nacionales.

Durante tres décadas predominó en la izquierda la noción según la cual los países que emprendían el camino hacia el socialismo debían ajustarse, con variantes menores, al modelo encarnado en la URSS. Esta concepción marcó trágicamente el desarrollo -impresionante en muchos aspectos- de los países del Este de Europa, influyó en crisis como las de Checoslovaquia o Polonia, envenenó la relación con países como Yugoslavia, China y Cuba, que se empeñaban en buscar sus propias vías de acceso a la nueva sociedad, y frenó el desarrollo del socialismo en los países capitalistas desarrollados. Una réplica maniquea eurocentrista a esta posición reserva para Occidente las formas más civilizadas del socialismo y condena a los países subdesarrollados a la violencia y las dictaduras burocráticas. Esta nueva edición del colonialismo se niega a reconocer que la revolución rusa de 1917 y las otras del Tercer Mundo han contribuido en el siglo XX más al advenimiento de una nueva civilización que todo el realismo reformista de Europa Occidental y que la superación del atraso y el surgimiento de formas embrionarias del socialismo en esos países fue un paso necesario en la eclosión del socialismo como sistema mundial. Hoy, cada pueblo tiene ante sí una gama de posibilidades condicionada no sólo por el grado de desarrollo de sus fuerzas productivas, sino también por su trayectoria política y cultural. El obstáculo principal al advenimiento de un socialismo autogestionario y democrático no es hoy el atraso de los países del socialismo embrionario, sino la tardanza de la revolución en los países capitalistas desarrollados, sede del imperialismo. En esas condiciones, la visión socialdemócrata tradicional no participa de la izquierda, porque no representa una negación de la sociedad capitalista, sino su confirmación reformada. La socialdemocracia considera que en las condiciones tecnológicas modernas una sociedad sin clases y sin Estado es imposible. Rechaza por lo tanto, cualquier acción revolucionaria tendiente a establecer la nacionalización y colectivización de los medios de producción. Se inclina por las reformas -en el marco parlamentario- del Estado burgués tendientes a impulsar la

planeación indicativa, la expansión del sector estatal de la economía, la seguridad social. Aspira a la conquista del poder, pero en condiciones en las que el respeto al gran capital y sus representantes políticos, tiende a reducir las reformas a los límites de un inestable keynesianismo de izquierda. En política internacional se hace partícipe de las agresiones contra los países del socialismo embrionario y se pronuncia por la conservación de los lazos neocolonialistas.

En el seno de la izquierda prevalecen hoy dos grandes concepciones del socialismo: una autoritaria, la otra autogestionaria o democrática. La primera, toma la forma de una ideología de Estado. Aun cuando su influencia está decayendo en la izquierda de los países capitalistas más desarrollados, cuenta aún con muchos adeptos en los del socialismo embrionario y el Tercer Mundo. La segunda, más reciente, se originó en Yugoslavia, Polonia y Europa Occidental, pero se abre camino rápidamente en el resto del mundo. Las dos coinciden en que el socialismo sólo puede hacerse realidad en una sociedad sin clases sociales y sin poder estatal. Pero la autoritaria considera que el camino hacia ese objetivo, pasa ante todo por la nacionalización de todos los medios de producción; un periodo prolongado de poder estatal dictatorial en manos de un solo partido que tiene autoridad en todas las esferas de la vida social; una planeación centralizada, regida por funcionarios expertos y la limitación de los derechos individuales en aras de la construcción de la nueva sociedad. El socialismo autogestionario, en cambio, concibe la base económica de la nueva sociedad en la autogestión de los productores y una combinación de planeación central democrática y mercado socialista. Para ella, la propiedad social de los medios de producción, no es suficiente para la existencia del socialismo. Este aparece sólo cuando va acompañado del florecimiento de una democracia de los productores. Se opone al poder dictatorial del Estado y el partido único y exige su limitación por medio de la autonomía de los sindicatos, la libertad de prensa y asociación, la pluralidad de partidos y la aplicación de medidas drásticas, tendientes a impedir la hipertrofia burocrática.

La izquierda contemporánea es una suma de impulsos extraordinariamente heterogéneos, cuyo denominador común es la negación del orden establecido y la

lucha por una sociedad mejor. En ella confluyen fuerzas, pensamientos y voluntades mucho más diversas que las que existían en la antigua izquierda. Su característica principal es el debilitamiento de las viejas centralidades organizativas e ideológicas; la pluralidad de motivaciones, objetivos y concepciones estratégicas. Si bien el marxismo es el haz de luz que ilumina el conjunto del movimiento, él mismo se halla dividido en corrientes cada vez más enfrentadas. La contradicción entre el trabajo y el capital sigue siendo fundamental, pero se encuentra condicionada y modificada por la violenta manifestación de nuevas contradicciones en la esfera del consumo, la ecología, la política y la cultura. La clase obrera se estratifica y nuevas capas sociales se integran a la lucha por el socialismo. La lucha ideológica ha adquirido una complejidad y una agudeza mucho más grande que la existente en la Segunda Internacional o los primeros años de la Tercera. No sólo se debaten los conceptos fundamentales de la teoría política, social y económica del marxismo, sino los límites mismos de su vigencia y su futuro. Las vías al socialismo, las formas y métodos de la revolución socialista, las medidas transicionales que siguen a la victoria de la revolución, el papel y contenido de los movimientos de liberación nacional, los problemas de la guerra y la paz y las características de la nueva sociedad son motivo de una disputa cuyo resultado es determinante para el futuro de toda la humanidad. En las nuevas condiciones, la organización de la izquierda o su unidad de acción a niveles nacionales e internacionales toma la forma de una suma de fuerzas, pensamientos y voluntades contrapuestas, alrededor de objetivos transformadores que no implican la nulificación de la particularidad de los participantes. Por eso la definición de esos objetivos y su elevación a nivel hegemónico adquiere una importancia vital. Esto no quiere decir que la izquierda pueda ser definida en función de un catálogo de posiciones aceptables para todos sus componentes. En ciertos momentos, los programas mínimos son útiles para promover la acción concertada; como criterio teórico de definición, representan la reducción de una rica y compleja realidad a su mínimo común denominador: la identificación de la izquierda con las posiciones más moderadas existentes en su seno. Y sin embargo, ninguna izquierda puede sobrevivir sin un ala revolucionaria.

En tiempos de desarrollo pacífico, representa el objetivo, la tensión entre presente y futuro. Cuando llega la hora de las grandes acciones, sólo ella es izquierda. La izquierda puede aglutinarse alrededor de un programa mínimo como en el Movimiento de Liberación Nacional en México o bien una rebelión popular como en Francia en 1968 o en un programa de gobierno (que es mucho más que una plataforma mínima) en ese mismo país, diez años más tarde. Puede también unirse en una guerra de guerrillas, como en Nicaragua o El Salvador, o aparecer dispersa como en México, Perú, Alemania Occidental o Estados Unidos. Su identidad histórica no reside en sus aglutinamientos coyunturales, sino en el papel que juega en el seno de la sociedad en la cual actúa.¹

¹ *El Buscón*, número 4, 1983.

El eurocomunismo y América Latina

Durante más de treinta años, entre el II Congreso de la Internacional Comunista y el XX Congreso del PCUS en 1956, el movimiento comunista internacional fue un movimiento monolítico. La disolución de la Tercera Internacional en 1943 no cambió nada esencial en ese aspecto. Un pequeño grupo de partidos en el seno de los cuales el PCUS jugaba un papel decisivo incuestionable, decidía las grandes líneas de acción del conjunto del movimiento.

Las diferencias de opinión, cuando eran drásticas se resolvían por medio de cismas, divisiones y expulsiones de los disidentes, de los cuales son ejemplos el troskismo, el caso yugoslavo y hacia los años finales, el de China. El Partido Comunista Chino acabó por ser excluido, en la práctica, del movimiento y él hizo lo mismo, llamando a crear un nuevo movimiento con las fuerzas que le eran adictas. El XX Congreso inició la diversificación del movimiento comunista. La crítica kruscheviana del estalinismo puso en tela de juicio la infalibilidad del PCUS y poco después Togliatti declaraba que el movimiento comunista, debido a su crecimiento y la diversidad de condiciones en las cuales actuaba, marchaba hacia un inevitable pluricentrismo.

Pero en realidad fue sólo después de 1968, con la crisis de Checoslovaquia, cuando aparecen en el seno del movimiento comunista fuertes diferencias que no son resueltas por medio de divisiones y que producen un estado de permanente debate. Eso no significa que faltaron los intentos de viejo estilo. Algunos de los partidos que se opusieron a la invasión checoslovaca fueron divididos con intervenciones desde el exterior, como los partidos relativamente pequeños de Austria, Australia y Suecia. El caso más grave fue el del Partido Español, que en plena ilegalidad fue enfrentado a un partido ortodoxo. Esto explica la violencia de su polémica con la URSS.

A pesar de esto, el proceso de diversificación del movimiento comunista es ya irreversible. La nueva situación se manifestó en el encuentro de partidos comunistas de 1969, en Moscú. Si se estudian cuidadosamente las intervenciones, así como las ausencias, se pueden apreciar las crecientes diferencias. Muy revelador también fue el encuentro de partidos comunistas de

Europa, en Berlín, en 1976. Ahí se expresó claramente la diversidad de las posiciones, tanto entre los partidos en el poder como entre los de los países capitalistas.

Para los marxistas de América Latina, lo más importante es que la aparición de lo que llamamos eurocomunismo abre el camino hacia la constitución de un movimiento pluralista. Sobre todo si se considera que uno de los graves problemas de su movimiento se deriva del monolitismo que caracteriza al movimiento comunista latinoamericano desde su fundación. La imposición de estrategias y tácticas ajenas a las situaciones específicas de cada país, y la obligación de los partidos comunistas de someterse a ellas, fueron el origen de numerosas derrotas en nuestro subcontinente.

El eurocomunismo es resultado de situaciones muy especiales, propias de Europa Occidental y Japón. En esas partes del mundo se vive un florecimiento sin precedente de la democracia burguesa, después de una derrota contundente del fascismo. (Tales son los casos de Italia, España y Japón). El eurocomunismo surge en el marco de una democracia avanzada, resultado de una victoria sobre la dictadura; por eso plantea posibilidades de una transición al socialismo muy diferente a la imaginada por Lenin.

Es también resultado de la aparición de corrientes de izquierda en aparatos ideológicos como la Iglesia católica y las Universidades. El fenómeno se manifiesta también en aparatos de represión como el Ejército y la Policía.

Un tercer factor es el acercamiento a la clase obrera de capas tradicionalmente ligadas a la burguesía, como los profesionistas.

A partir del retroceso de la guerra fría en Europa, decenas de millones de europeos occidentales han visitado los países "socialistas". Esto hace -por un lado- insostenible la vieja propaganda anticomunista. Los turistas se percatan por sí mismos de los incuestionables logros del sistema en cuanto a condiciones materiales y educación. Por otro lado, los trabajadores de Europa Occidental, con una larga experiencia democrática, ven en el sistema político soviético -impuesto a los otros países- un sistema autoritario que sería un retroceso inaceptable en sus condiciones.

La propaganda burguesa enfrenta con éxito la imagen del socialismo en la URSS con el de la democracia y los partidos comunistas occidentales no pueden dejar de responder a ese reto.

Entre los revolucionarios latinoamericanos, las tendencias al dogmatismo son muy fuertes, tanto en el pasado como en el presente. En los años veinte se quería instaurar soviets por doquier, y en los sesenta el foco guerrillero se consideró la gran solución para todas las condiciones. En ese sentido, sería gravísimo ahora tratar de transferir las experiencias de los partidos comunistas de Europa Occidental acríticamente a nuestros países. Sin embargo, existen en el eurocomunismo una serie de mensajes que nosotros debemos recoger cuidadosamente.

En el periodo de la guerra fría y la división del mundo en dos bloques irreconciliables, estábamos obligados a definirnos en función de uno de ellos. Ahora ya no es así. El problema de la revolución se vuelve central y la política internacional debe someterse a ese criterio fundamental.

El ejemplo positivo del eurocomunismo es que plantea los problemas de la transformación social en esa parte del mundo, por encima de consideraciones de política internacional de bloques. Este mensaje es para los latinoamericanos muy importante. La revolución en el Nuevo Mundo no tiene por qué repetir las experiencias de Octubre, Pekín o, naturalmente, Roma o París.

En este sentido, es necesario hacer una nueva lectura de los clásicos en función de una realidad muy diferente. Durante muchos años, en los partidos comunistas todo lo que no llevaba la firma del comité central no era marxismo. Pero en América Latina, hoy el marxismo es ya una ideología muy difundida. Se desarrolla dentro y fuera de los partidos, en grupos, corrientes y pensadores de lo más diverso. La captación de esa realidad es la condición para el encuentro entre el viejo comunismo latinoamericano y el movimiento marxista surgido a partir de los sesenta.

Otra aportación importante de esos partidos es que el marxismo no se limita a Marx, Engels, Lenin y Mao. El pensamiento socialista latinoamericano fue gravemente empobrecido por la ortodoxia. Ahora será más fácil establecer

puentes con el pensamiento radical no marxista como Martí o Flores Magón y rescatar el pensamiento de marxistas heterodoxos como Mariátegui o Ponce. Y naturalmente el pensamiento desconocido hasta hace poco de Gramsci y la Segunda Internacional. Será también más fácil aprovechar la crisis de aparatos ideológicos como la Iglesia, la Universidad y la diversificación en el seno del Ejército.

Hoy, uno de cada tres católicos en el mundo es latinoamericano y pronto la relación será de dos a uno. La Iglesia se juega su futuro en este continente y después de las experiencias de Polonia y Hungría busca puentes hacia el futuro. Aun cuando suene rara la idea de una iglesia socialista, o una universidad socialista en el seno de una sociedad capitalista, debemos aceptar que en nuestros países esto no es totalmente imposible.

Como último aspecto relevante, señalo la independencia del movimiento marxista latinoamericano del así llamado campo socialista. Aquí tendríamos que agregar también a China. En América Latina se desarrolla un nuevo oportunismo en el movimiento marxista que consiste en considerar que, como se está tan cerca del imperialismo, se necesita tener una espalda fuerte para luchar contra él. Esa espalda fuerte es el campo socialista y por lo tanto se impone una relación de sometimiento hacia él. No se puede criticarlos por ningún motivo, para así defendernos mejor contra el imperialismo estadounidense. La verdad es que si el marxismo en América Latina no conserva su entera independencia para actuar de acuerdo con las necesidades de la revolución, aquí no podrá cumplir con su función. Los intereses de la URSS y los países socialistas no pueden ser el interés de la revolución en cada uno de los países de América Latina. Hay que pugnar para recibir ayuda y apoyo, basados en la independencia con logros prácticos del movimiento revolucionario. Confieso que veo con simpatía el esfuerzo de los partidos de Europa Occidental de conservar su independencia, lo que no quiere decir que comparto todas las ideas que tienen cada uno de ellos respecto a URSS, o la forma como resuelven sus relaciones con los países socialistas.

La vía parlamentaria y pacífica de la revolución a mediano plazo, es decir, con la correlación actual de fuerzas mundiales y con el grado de desarrollo del

capitalismo actual en América Latina es para México, para muchos países de América Latina, un callejón sin salida. No quiero decir que estoy por la lucha armada como única vía. Las revoluciones socialistas, al igual que las burguesas, encontrarán caminos diferentes de realización. No existe un modelo único. La práctica va a crear una gran variedad de formas de transición y de revolución socialista.

En la mayoría de los países de América Latina, la democracia burguesa ha tenido un desarrollo muy limitado. El Estado, que tiene un poder enorme, aplasta a la sociedad civil. En ellos la vía parlamentaria está cerrada. Como camino hacia el poder, no tiene futuro.

Habrán países en los cuales se imponga la vía armada. En algunos será la guerrilla, en otros la guerra civil. No podemos prever todas las variantes.

Un aspecto fundamental es el derecho a la crítica de los países llamados socialistas. Creo que tenemos que hacer una crítica latinoamericana, y no una crítica europea. En los países de América Latina, en la primera etapa de construcción del socialismo, la democracia económica es la democracia fundamental, puesto que responde a millones de desocupados y de hambrientos. En este sentido, experiencias como la de la URSS representan una enorme enseñanza. Pero muchos de los fenómenos de hipertrofia estatal, burocráticos, tecnocráticos, propios de la URSS y esos países, se presentarán y deberán ser combatidos también en los nuestros, como fenómenos propios de la construcción, de la fase inicial del socialismo en una sociedad subdesarrollada. La conciencia de esa problemática, la apertura de la discusión sobre los problemas del socialismo en América Latina, tendrán un efecto muy benéfico.²

² SEPLA, edición mimeográfica, 18 de agosto de 1977.

El juicio de la historia

El movimiento socialista cumple ya una edad respetable. De los primeros pensadores utópicos a nuestros días, ha pasado más de siglo y medio. El camino recorrido ha sido largo y fructífero: desde las pequeñas sectas aisladas a los millones de militantes de algunos centros europeos, a los cinco continentes; de la oposición intermitente, al surgimiento de poderosos Estados poscapitalistas. A diferencia de sistemas sociales anteriores, el capitalismo, apenas consolidado a principios del siglo XIX, producía ya los gérmenes seguros de su negación.

Para transformar al mundo, el movimiento socialista ha debido transformarse a sí mismo repetidamente. Su historia interna es todo, menos un proceso de evolución pacífica. Para usar una expresión común, su continuidad se expresa en una serie de revoluciones en la revolución. Para avanzar, cada generación niega a la anterior. Esos momentos adoptan muchas veces la forma de críticas devastadoras, divisiones, rudos choques. Sólo más tarde, en perspectiva histórica, puede verse el laborioso proceso de construcción, la continuidad que existe entre las generaciones contrapuestas aparentemente por pugnas irreconciliables.

Marx desarrolla sus concepciones en lucha acerba con las corrientes utópicas y el anarquismo; Lenin afirma su nueva orientación deslindándose de la Segunda Internacional; el marxismo contemporáneo avanza en la crítica del dogmatismo mimético de los años dominados por la figura de Stalin. Y sin embargo, entre los utópicos y Marx, entre la Segunda Internacional y Lenin, entre los luchadores de los años treinta y cuarenta y los marxistas de hoy, existe sin duda un hilo de continuidad.

El libro de Arthur London, *Se levantaron antes del alba*, es la explicación de la razón de una generación de revolucionarios que está a punto de desaparecer y un alegato a su favor.

Pero antes, ¿será necesario presentar a Arthur London? Este revolucionario checo que logró una relevancia mundial con su libro *La confesión* y la excelente película basada en él, ingresó a las juventudes comunistas en su país a la edad de dieciocho años. Perseguido por sus actividades políticas, poco después fue

enviado a trabajar en la Tercera Internacional, en Moscú, en donde permaneció durante los aciagos años de 1934-1936.

Se alista después en las Brigadas Internacionales para defender la República Española. Con el triunfo de Franco, pasa a Francia para continuar su lucha contra el fascismo, desde las filas de la Resistencia francesa. Detenido por los alemanes en 1942, London y su esposa Lise Ricol se salvaron de ser fusilados, siendo enviados a los campos de concentración alemanes en donde permanecen durante tres años. Tuberculoso y casi moribundo, London fue liberado en 1945. De regreso a su patria ocupa el puesto de viceministro de Relaciones Exteriores en el gobierno socialista de Checoslovaquia. Pero sus vicisitudes no habían terminado aún. En 1951, London fue arrestado una vez más, ahora por la policía de su propia patria socialista. Inculcado en el juicio que se siguió contra Slanski, en aquel entonces secretario del Partido Comunista Checoslovaco, se le acusa de los peores crímenes: haber sido agente de la Gestapo, espía estadounidense y dirigente de un grupo troskista de veteranos de las Brigadas Internacionales. Durante meses, London, incomunicado y sometido a torturas físicas y morales, se niega a firmar su “confesión”. Al fin cede, y en noviembre de 1952 sube al banquillo de los acusados, junto con otros catorce dirigentes de su partido. Once de ellos son condenados a muerte y tres a cadena perpetua. London, una vez más escapa con vida. Permanece cinco años en la cárcel y en 1956, poco antes del XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, es rehabilitado y liberado. Después de la Primavera de Praga de 1968, en la cual London participa, se ve obligado a salir de Checoslovaquia y a refugiarse en París, donde vive actualmente.

Su libro *Se levantaron antes del alba* fue escrito en los años que siguieron a su juicio en Checoslovaquia. Son las memorias de un luchador de las Brigadas Internacionales de España. Se trata de una obra dirigida principalmente a la juventud de hoy, para que ésta pueda comprender mejor los rasgos de esa generación de revolucionarios “nacida durante o después de la Primera Guerra Mundial que pasará a la historia a pesar de su diversidad política, social, y

espiritual, como la *generación española*, la que se levantó antes del alba, que es la precursora de la resistencia europea contra el nazismo”.

En la introducción escrita para la nueva edición, London relata que “a partir del XX Congreso del PCUS, en 1956, con la denuncia de los crímenes del estalinismo y sobre todo durante los años sesenta que llevaron a la Primavera de Praga, su país se había transformado en un foro de discusión. Se intentaba comprender cómo el socialismo había podido regenerar y producir tal fenómeno. Se hablaba públicamente, continúa London, de los atentados contra la libertad, de las conquistas democráticas del pueblo, tan duramente adquiridas por nuestros padres, de los procesos truncados y las detenciones arbitrarias, de las ejecuciones que habían señalado el negro periodo del estalinismo en Checoslovaquia. Los jóvenes se preguntaban y se volvían hacia nosotros. Su admiración por las luchas del pasado, acentuaba más aún su perplejidad. ¿Cómo unos hombres como vosotros, templados en combates durísimos, podían ser tan ciegos ante la perversión de sus propios ideales? ¿Erais cómplices o tal vez imbéciles?”

Y he aquí la respuesta de London. Una respuesta que se antoja honesta e insuficiente a la vez:

Nuestra lucha a muerte contra el fascismo, nuestra experiencia en la guerra y en la clandestinidad, nuestras costumbres conspirativas, habían reforzado en nosotros un espíritu de disciplina militar. Éramos soldados de la revolución, disciplinados y considerábamos justo acatar órdenes superiores sin discutir... La fe incondicional era uno de los rasgos fundamentales de nuestra generación. ¿Acaso un revolucionario no debe tener fe? Por supuesto que sí, y la fe puede ensalzar al hombre... Sin ella, ¿hubiéramos afrontado día a día la muerte en los distintos campos de batalla, en la Resistencia, en las cárceles, bajo las torturas y en los campos del exterminio nazi?

Pero al mismo tiempo esta fe nos impedía reflexionar sobre las realidades de una revolución inconclusa, de un partido que habíamos contribuido a crear y que progresivamente, se había convertido en una abstracción, limitando cada vez más la libre discusión.

Cada generación de revolucionarios incurre en la responsabilidad de la finitud de su obra, de la distancia que separa el ideal universal de la realidad concreta. Su tragedia es que al combatir a la reacción de su tiempo crea los problemas que deberá vencer la que la sigue. La generación de London fue la que derrotó y

protagonizó las revoluciones poscapitalistas en Europa Oriental. A la presente le corresponde enfrentarse al peligro del holocausto universal y la burocratización del socialismo realmente existente³.

EL SOMBRERERO DE CLEMENTIS

“Es 1971 y Mirek dice que la lucha del hombre contra el poder es la lucha de la memoria contra el olvido”. En estas palabras, Kundera, el escritor checo, ha sintetizado el eterno dilema del historiador.

La historia del poder es una telaraña de olvidos. Olvido de sus crímenes y debilidades. Olvido de los vencidos y sus revueltas, de las esperanzas fallidas y las causas perdidas. Es un idilio interminable de antecedentes justificatorios del presente. Y el idilio no conoce la contradicción. Para soportar mansamente el mundo de hoy, el hombre debe olvidar sus rebeliones pasadas.

El ideal del poder es el hombre sin memoria, incapaz de ver la contradicción entre las palabras del pasado y los actos del presente. Aquél en cuya mente la noticia de hoy borra la de ayer. “La sangrienta masacre de Bangladesh borró rápidamente la memoria de la invasión rusa a Checoslovaquia, el asesinato de Allende acalló los clamores de Bangladesh, la guerra en el desierto del Sinaí hizo que la gente olvidara a Allende, la masacre de Camboya hizo que se olvidara el Sinaí, y así sucesivamente hasta que todos permiten que todo sea olvidado”. El olvido como premisa *sine qua non* de la pasividad complaciente, de la angustia vencida, de la felicidad satisfecha.

El poder prefiere a los jóvenes porque los jóvenes no tienen mucha memoria propia y su herencia puede ser moldeada sin recuerdos embarazosos. Precisamente pensando en ellos, el poder arremete sin misericordia contra todo vestigio de recuerdo indeseable, especialmente el que se refiere a hombres que han sido condenados al olvido. En su *Libro de la risa y el olvido*, Milan Kundera registra magistralmente los actos de asesinato histórico de todos los tiempos:

En febrero de 1948, el líder comunista Klement Gottwald salió al balcón de un palacio barroco de Praga para dirigirse a cientos de miles de sus

³ *Radio Educación*, 7 de agosto de 1978.

ciudadanos apretujados en la Plaza de la Vieja Ciudad. Era un momento crucial de la historia checa, un momento fatal del tipo de los que sólo ocurren una o dos veces en un milenio.

Gottwald estaba rodeado por su camaradas, con Clementis cerca de él. Había ráfagas de nieve, hacía frío y Gottwald tenía la cabeza descubierta. El solícito Clementis se quitó su gorro de piel y lo puso en la cabeza de Gottwald.

La sección de propaganda del partido publicó cientos de miles de copias de una fotografía del balcón con Gottwald que llevaba un gorro de piel y estaba acompañado por sus camaradas, hablando a la nación. En ese balcón nació la historia de la Checoslovaquia comunista. Cada niño conocía la foto en posters, libros de texto y museos. Cuando años más tarde, Clementis fue acusado de traición y ahorcado. La sección de propaganda lo borró inmediatamente de la historia y, obviamente, también de las fotografías. Desde entonces, Gottwald está solo en el balcón.

Ahí donde se encontraba una vez Clementis, sólo hay una pared desnuda del palacio. Todo lo que queda de Clementis es el gorro en la cabeza de Gottwald.

Este acto de olvido supremo es repetido por los poderes grandes y chicos, nacionales y locales, colectivos e individuales, una y otra vez, miles de veces. Así la historia se asemeja a un Iceberg en el cual la inmensa masa sumergida está hecha de olvidos, y la pequeña cúspide visible, de recuerdos permitidos o más bien obligatorios.

Si sólo existiera la historia escrita por el poder, no serían necesarios los historiadores. Bastarían los mitógrafos, una casta amorosamente cultivada por los poderes de todos los tiempos.

La obra del verdadero historiador es la de revisar la memoria. Derrotar el olvido. Su labor comienza con el descubrimiento de que el sombrero que llevaba Gottwald era de Clementis y sólo concluye con el hallazgo de la foto original. Él sabe que su labor no es en vano porque la manera en que el hombre comprende el presente depende de su memoria del pasado; que para dudar, debe recordar y para actuar, saber que no está solo.⁴

⁴ *Proceso*, número 390, 23 de abril de 1984.

De la Primavera de Praga al Invierno Polaco

No había de ser 1968 un año crucial sólo para México. En Francia, el cálido mayo inició una nueva fase del ascenso de la izquierda en Europa Occidental. En Checoslovaquia el intento de construir un socialismo democrático y su trágico final, marcó el comienzo de una profunda reevaluación de las ideas del socialismo y una división en el seno del movimiento comunista internacional. El mundo de posguerra llegaba a su final; una nueva era se iniciaba.

¿Qué había sucedido en Checoslovaquia? ¿Cómo se produjo una intervención cuyos efectos pesan aún sobre el desarrollo de los países socialistas y el movimiento revolucionario?

Hagamos brevemente la historia de los sucesos:

El socialismo llegó a Checoslovaquia, país de 127 mil Km² y 15 millones de habitantes, en 1948. El cambio obedeció a la acción de fuerzas internas y correspondió a los deseos de la gran mayoría de la población. El Partido Comunista había obtenido en las elecciones anteriores 38 % de los votos y gobernaba aliado a otros partidos en un Frente Nacional. En ese año, que marcó el principio de la guerra fría, los sectores de derecha de los demás partidos propiciaron una crisis ministerial con el propósito de excluir a los comunistas, pero una poderosa movilización de los trabajadores frustró el intento. Se formó así, un gobierno con mayoría comunista. El socialismo se instauró por la vía pacífica, con un predominio de las luchas parlamentarias.

En los años siguientes, se estatizaron los medios de producción y ocurrieron avances importantes en el nivel de vida de los trabajadores, la extensión de la educación popular y la seguridad social. Sin embargo, el PC Checoslovaco adoptó el modelo soviético de desarrollo, inadecuado para un país altamente industrializado como Checoslovaquia, y se instauraron métodos de gobierno estalinistas que se caracterizaban por el burocratismo, el desprecio a los derechos políticos de los ciudadanos, la censura y la arbitrariedad. Una de las expresiones más deleznable de esas prácticas, fueron los juicios de 1953 que, adoptando como ejemplo los que habían tenido lugar bajo el régimen estalinista en URSS,

llevaron al banquillo de los acusados a catorce altos dirigentes del PCCh, entre ellos Rudolf Slansky, su primer secretario, quienes fueron acusados de ser espías, traidores y enemigos del socialismo. Once de ellos fueron ejecutados y tres, entre ellos Arthur London, ministro adjunto de Relaciones Exteriores a quien entrevistamos en París, condenados a prisión perpetua.

Desde ese año los obreros comenzaron a mostrar su descontento. El primero de junio de 1953, a raíz de una devaluación monetaria, los trabajadores de algunos grandes centros industriales se lanzaron a la calle para protestar por la medida y exigir cambios políticos. El proceso se aceleró a partir de la denuncia que hizo Krushchev del estalinismo en el XX Congreso del PC Soviético, en febrero de 1956. En abril de ese año, los asistentes al Segundo Congreso de escritores checos, pese a la oposición de la dirección del partido, exigieron cambios fundamentales. Al mismo tiempo, los estudiantes de Praga y Bratislava, presentaron un programa de acción que pedía la democratización de la vida pública, la revisión del proceso Slansky, la ampliación de la vida parlamentaria, la libertad de información y la libre distribución de publicaciones extranjeras.

A partir de ese año, en el seno del PCCh, se inició una lucha por la reorientación democrática e independiente del socialismo en Checoslovaquia. Su primer paso fue exigir la rehabilitación de las víctimas de los procesos de los años cincuenta, y la democratización del partido. La lucha, que duró hasta 1968, fue enconada y difícil. Los partidarios del dogmatismo burocrático resistían con todas sus fuerzas. Sin embargo, la corriente renovadora fue cobrando fuerza y extendiéndose. En los años sesenta, el cuestionamiento de los métodos de gobierno vigentes comenzó a manifestarse en los círculos de dirección económica, de la vida cultural, de la juventud y de la investigación científica. Así se constituyeron las fuerzas que en 1968 harían saltar todos los obstáculos que acumulaban los conservadores.

La Primavera de Praga comenzó en pleno invierno. El 5 de enero de 1968, el Comité Central del PCCh, eligió para la secretaría general a Alejandro Dubcek. Todo el país se transformó en un inmenso foro político. Los jóvenes - profundamente despolitizados en los años anteriores- se adherían por millares al partido. Las otras organizaciones políticas que formaban parte del Frente

Nacional, recobraban su vida. Los grandes problemas del país se ventilaban públicamente. La imagen de un nuevo socialismo, que Dubcek popularizó con el nombre de “socialismo con rostro humano” tomaba forma.

Después de un intenso trabajo en el cual participaron decenas de comisiones, el Comité Central del PCCh, aprobó por unanimidad un Programa de Acción, que recibió rápidamente un apoyo entusiasta.

El Programa adoptado el 5 de abril proponía ampliar las funciones de los consejos obreros; de la democracia representativa; de la autogestión. Garantizaba las libertades de expresión, organización, reunión; las libertades artísticas y de la investigación científica; el acceso de los ciudadanos a los medios de información. Proponía también, ampliar la independencia de la justicia y el control de la policía. Restituía a los sindicatos su independencia y su papel de defensores de los intereses de todos los asalariados. Restablecía el derecho de huelga. El nuevo proyecto de estatutos del partido preveía el respeto a las corrientes de opinión y los derechos de la minoría. Muchos de esos principios no eran formalmente nuevos, ni en Checoslovaquia, ni en otros países socialistas. Pero la Primavera de Praga aportaba un elemento que la distinguía de otros intentos reformistas similares acaecidos en Polonia y Hungría en 1956 y en la misma URSS, durante la gestión de Krushchev. Era a la vez un movimiento “desde arriba y desde abajo”. Las acciones populares, cada vez más definidas y poderosas, coincidían con la existencia de una corriente reformadora dentro del partido que había ascendido en 1968, al poder. Esto permitió avanzar con una rapidez sin precedente. Nunca antes se había iniciado un proceso de democratización en un país socialista con tantas posibilidades de éxito. En los breves ocho meses que duró la Primavera de Praga, se sucedieron una serie de medidas que eran el inicio de una profunda transformación de la sociedad checoslovaca.

El proceso iniciado en enero de 1968, obtuvo pronto el apoyo de un sector importante del movimiento comunista internacional y de la izquierda de varios países de Europa. Sin embargo, los partidos comunistas gobernantes en Europa - con la excepción de Rumania y Yugoslavia- manifestaron, desde el principio, diversos grados de oposición. Pero fue la actitud de URSS la que se impuso. En

este país, los días del XX y el XXII Congresos en los cuales se denunciaron las arbitrariedades cometidas en la época de Stalin, habían quedado atrás, y las referencias a ellos eran cada vez más raras. Se hablaba de la rehabilitación de Stalin, y la reformas democratizadoras iniciadas languidecían. En estas condiciones, la Primavera de Praga representaba un grave peligro. Por otro lado, para responder a la ruptura con China, la URSS se esforzaba en consolidar la unidad y la integración de los países que formaban la comunidad de países socialistas.

La oposición de los cinco, comenzó a manifestarse abiertamente a finales de marzo. A principios de mayo había tomado un carácter agresivo. Los dirigentes checos se empeñaron en mostrar su adhesión a la política exterior del Pacto de Varsovia, y su disposición a frenar -sin hacer uso de la represión- algunas tendencias que amenazaban hacer perder al Estado y al partido el control del proceso de democratización. Sin embargo, eso de nada sirvió. La URSS pedía más de lo que ellos estaban dispuestos a conceder: restablecer el control absoluto de la burocracia sobre el movimiento de transformación en el cual participaba ya, la mayoría del pueblo checo. La decisión comenzó a acercarse en los meses de junio y julio, en que se realizaban las conferencias regionales preparatorias del XIV Congreso del PCCh, convocado para principios de septiembre. En ellas, miles de comunistas expresaban su apoyo a la política de Dubcek, y rechazaban las posiciones de los dogmáticos. Una tras otra, las conferencias elegían delegados que iban a ratificar el rumbo señalado por el equipo formado por Dubcek, Smrkovsky, Cernik y Kriegel. Fue entonces, probablemente, cuando se esbozó la decisión de intervenir en forma directa en los asuntos internos de Checoslovaquia, *antes* de que el Congreso hiciera irreversible el proceso.

Pero la fuerza de la Primavera de Praga era tal, que ni siquiera la intervención armada pudo ponerle un fin inmediato. La oposición masiva del pueblo checoslovaco frenó las medidas de un gobierno formado por elementos conservadores y el enjuiciamiento de Dubcek y sus compañeros. Los dirigentes soviéticos se vieron obligados a pactar, y la lucha continuó durante dos largos años. Sin embargo, la presencia de las tropas soviéticas, las presiones

económicas y políticas, y la incapacidad del grupo de Dubcek para implementar una política firme y unida en defensa de la soberanía decidieron la contienda. En marzo de 1970, Dubcek era suspendido de la militancia comunista y sus colaboradores más cercanos expulsados del partido. En 1971, un nuevo Congreso calificaba la Primavera de Praga de “contrarrevolucionaria”. Para entonces, estaba ya muy avanzada la sangría que había de hacer perder medio millón de miembros al PCCh; 150 mil -la mitad eran obreros- abandonaron voluntariamente sus filas, y otros 350 mil fueron excluidos. Los organismos más comprometidos con el proceso de democratización quedaron disueltos. La censura fue restablecida, los órganos directivos de los sindicatos, del poder judicial y los medios de información, sometidos a una severa purga. Los consejos obreros y organizaciones populares surgidos durante la Primavera de Praga, disueltos. Pero el mensaje de esos breves ocho meses no ha podido ser ahogado, porque responde a una necesidad histórica: el avance del socialismo, que sólo es posible a través de la transformación democrática de sus estructuras⁵.

LA ESPERANZA NO MUERE

Según noticias de la semana, en Nowa Huta, barrio proletario de Cracovia, los obreros polacos se han enfrentado una vez más a la policía. Durante dos semanas, en muchas empresas de la región báltica, miles de trabajadores recurrieron al tortuguismo para exigir el inicio de negociaciones entre los representantes de Solidaridad y el gobierno del general Jaruzelski sobre la legalización de esa organización sindical.

A pesar del estado de sitio, con su secuela de represiones que duró un año y medio; de la gravísima situación económica por la que atraviesan los obreros polacos; de la nueva legislación tendiente a encuadrar su actividad en sindicatos intervenidos, Solidaridad vive en la protesta de una clase obrera que se niega a renunciar a su autonomía frente al Estado, a ser el verdadero sujeto de la construcción del socialismo en su país.

⁵ *Proceso*, Número 107, 20 de noviembre de 1978

Hace exactamente tres años, el 31 de agosto de 1980, se firmaban entre el Comité de Huelga de los obreros y los representantes del gobierno polaco, los acuerdos de Gdansk. Nadie puede dudar ahora que se trataba del inicio de una nueva etapa en la historia de los países del socialismo llamado real, y del movimiento socialista en general. El gobierno polaco reconocía el derecho de los sindicatos a la independencia y la autogestión. Aceptaba introducir cambios profundos en el sistema de censura, instaurando el control social y el derecho de apelación legal contra las decisiones de los organismos de control de los medios de difusión. Se estipulaba que la reforma económica, cuya necesidad era urgente, debía realizarse con la amplia participación de todos los sectores de la población, principalmente los consejos obreros (surgidos del movimiento de huelga) que también debían intervenir más directamente en la gestión de las fábricas. Se aceptó abolir los privilegios de los miembros del Partido Obrero Unificado Polaco en la ubicación de los cuadros técnicos que debía basarse en la calificación y no en la militancia política, así como las tiendas y asignaciones familiares especiales. La primavera aplastada en Praga reverdecía en Gdansk. La idea de un socialismo en el cual el Estado no controle a la sociedad, sino la sociedad controle al Estado; en el cual la clase dominante es el proletariado y no la burocracia; y la propiedad social va unida al respeto por los derechos civiles sofocada en Checoslovaquia, resurgía en Polonia. Pero ahora venía desde abajo, en la cresta del movimiento obrero más tenaz, prolongado y consciente que había conocido el campo del llamado socialismo real.

Siguieron 16 meses de profunda crisis social. Desgarrada la camisa de fuerza en donde las había mantenido el Estado, las contradicciones de la sociedad polaca se revelaron en toda su magnitud. Después de los obreros se organizan los estudiantes, los intelectuales, los campesinos; Solidaridad se transforma en el sinónimo de democracia y autogestión. Oposición permanente al Estado polaco, la Iglesia Católica interviene activamente, capitaliza. Pequeños centros nacionalistas y antisocialistas se consolidan. El POUP entra en una profunda crisis. Frustrados los intentos de renovación por la burocracia, la descomposición es imparable. Después del fracaso de su congreso de julio el partido pasa a segundo plano. Los

militares que habían estado preparándose, se colocan a la cabeza del Estado. Empujado por los sucesos, Solidaridad se radicaliza. La confrontación es inevitable y llega con el golpe de fuerza del 13 de diciembre.

Desde entonces, la resistencia no ha cesado. Reprimida, la clase obrera no acepta la derrota total. En un mundo en el cual la guerra fría polariza las posiciones y los bloques, ahogando el pluralismo y la libertad, las esperanzas de todos los socialistas revolucionarios y democráticos están con los obreros de Gdansk y Varsovia, de Wroclaw, Katowice y Cracovia, con Solidaridad que, pese a todas las persecuciones, vive en la mente y el corazón de millones de polacos.⁶

⁶ *Proceso*, número 357, de septiembre de 1983

Los hombres de Dubcek

En el décimo aniversario de la Primavera de Praga, publiqué en Proceso una serie de artículos sobre el tema. Entre estos figuraban entrevistas con dos célebres participantes de este drama histórico: Arthur London, autor de La confesión y Jiri Pelican, director de la televisión checoslovaca durante el gobierno de Dubcek. Las reproduzco, porque fueron las primeras entrevistas con dirigentes del gran experimento democrático checo publicadas en México.

París. Mientras recorro a grandes pasos la calle que lleva al edificio en el cual vive la familia London, en pleno París XII, vuelven a mi mente las imágenes de su vida que hacen mi amistad con ellos tan entrañable.

La historia de Arthur London es la de un hombre que ha dedicado toda su vida a la lucha por el socialismo; un hombre del corte de Julius Fucik y el Che Guevara.

En 1929, a la edad de 14 años ingresa al Partido Comunista Checoslovaco en su ciudad natal, Ostrava. Dos años más tarde conoce por primera vez la prisión. En 1934 es enviado a Moscú a trabajar en la Internacional de Juventudes Comunistas. En 1936 decide luchar con las armas en la mano contra el fascismo y parte a España, en donde tiene una participación destacada en las brigadas internacionales. Derrotada la República, London cruza la frontera francesa y poco después se alista en la resistencia contra los ocupantes nazis. Ahí conoce a Lise Ricol, dirigente del Maqui, que había de ser su compañera para toda la vida.

En 1942 ambos son apresados. London es cruelmente torturado, pero sabe callar. Deportado al campo de muerte de Mauthausen, tuberculoso, se convierte en uno de los principales organizadores del comité de resistencia del campo. Lise es enviada a Ravensbrück, en donde salva su vida sólo porque está embarazada. Liberados, regresan a Francia y permanecen en este país hasta 1948. Al subir al poder el PCCh, London vuelve a Checoslovaquia, en donde es nombrado viceministro de Relaciones Exteriores.

Dos años más tarde London es apresado de nuevo, esta vez por los suyos. Se le involucra en el juicio de Slansky. Se le acusa de todo: espía norteamericano y policía francés, agente de la Gestapo y troskista incorregible. En la cárcel se le tortura y se le somete a presiones morales y políticas que lo obligan a recitar de

memoria, en un proceso amañado, la confesión de crímenes que nunca ha cometido. London y otros dos son condenados a cadena perpetua, los demás son enviados a la horca.

Pero ni eso fue suficiente para doblegarlo. En la prisión checa vuelve a la lucha: comienza *La confesión*, el primer testimonio que desmonta parte por parte, la macabra máquina de los grandes procesos que aniquilaron a toda una élite revolucionaria, desde Bujarin hasta Slansky. Liberado en 1956, poco antes del XX Congreso del Partido Comunista de la URSS, London no sería plenamente rehabilitado sino mucho más tarde.

Ahora, el elevador llega al doceavo piso. Toco el timbre y me recibe Lise, sonriente y activa. Su esposo, a quien todas esas peripecias han dejado seriamente enfermo, nos espera sentado en la sala. Un hombre alto y delgado, de modales refinados, de expresión juvenil y sonrisa acogedora que en nada traicionan la dureza de las experiencias vividas. El pasado se manifiesta desde las primeras palabras: Lise y los hijos llaman al padre no por su verdadero nombre, sino por el seudónimo que usaba en la resistencia francesa, *Gerard*. Coñac, café y la conversación se engarza en el punto en que la habíamos dejado hace unos seis meses. Usamos el español, que ella habla porque es hija de mineros aragoneses emigrados a Francia, y él porque lo aprendió de sus camaradas de armas republicanos.

-¿Dime Gerard, después de todo lo que has pasado, no te molesta volver a hablar de tu vida?

-No me molesta hablar de ella porque ha sido una vida dedicada a una lucha justa y al trabajo. Cuando hago el balance de mi pasado me siento satisfecho. No puedo olvidar a los camaradas y amigos que han muerto y el ejemplo de valor que han dejado. Nuestra lucha no ha sido en vano. Yo no soy diferente a los demás. Muchas veces he sentido el cansancio y el miedo. Pero lo importante es sobreponerse a las debilidades y al miedo y estoy contento de haberlos superado.

-¿Pero cuando vuelves la mirada hacia atrás y ves que tantas ideas resultaron erróneas y que tantas luchas terminaron en el fracaso, no te sientes a veces derrotado?

- Sin duda ha habido derrotas, pero lo más importante ha sobrevivido. Yo pienso con frecuencia en Sacco y Vanzetti. Ahora, cincuenta años más tarde, han sido rehabilitados. Los que se batieron en la resistencia, la lucha de URSS contra el fascismo... todo eso fue una gran victoria. El panorama actual es optimista. La idea del socialismo ha ganado a muchos países del mundo. En Conjunto, el resultado de la Revolución de Octubre hasta hoy es un triunfo formidable. Si no podemos identificar la inquisición con el cristianismo, tampoco debe identificarse al Gulag y a Stalin con el socialismo. Ellos son elementos extraños a él. Yo soy un optimista y la historia me da la razón. La historia pertenece al socialismo.

- Ahora, en 1978, hay quien sostiene que la Revolución de Octubre no aportó nada a los pueblos soviéticos y al pueblo de Checoslovaquia. ¿Qué piensas tú de eso?

- En cada país, la toma del poder por la clase obrera se produjo en circunstancias diferentes. En Rusia, triunfó bajo la dirección del partido bolchevique. En las democracias populares fue la victoria del ejército rojo sobre el fascismo la que hizo posible el socialismo. Pero la toma del poder no es todo. Ni siquiera la nacionalización de los medios de producción es suficiente. Está el problema de la libertad. En URSS pasan cosas incompatibles con el socialismo.

En Checoslovaquia, la revolución trajo muchos beneficios a los trabajadores. Hasta hoy, hay aquí cosas que están muy bien: la seguridad social, el derecho al trabajo (no hay desempleo), el acceso de los trabajadores y sus hijos a la educación... En URSS, que era antes un país inmenso muy atrasado, con una gran proporción de analfabetas, se han producido cambios gigantescos. Pero todavía falta mucho para un socialismo auténtico.

- Tú llegaste a Praga a fines de 1948, poco después de la toma del poder por el PC. ¿Crees que ese cambio político obedeció a los deseos del pueblo o se trata de un simple golpe de Estado? O si quieres, en otras palabras, ¿cómo se inició el socialismo en tu patria?

- No Enrique, de ninguna manera puede hablarse de golpe de Estado. En Checoslovaquia había entonces una gran simpatía por URSS. Es un pueblo eslavo, como el mío. Siempre apoyó nuestras luchas por la independencia. En Munich, las potencias occidentales entregaron a Checoslovaquia a Hitler. La Unión

Soviética en cambio estuvo dispuesta a defendernos, pero el gobierno burgués checo le tuvo más miedo que a la Alemania nazi. Durante la ocupación fascista, el pueblo checo esperaba ansiosamente al ejército rojo como a un ejército libertador. Creo que en Checoslovaquia había en ese tiempo más simpatía por URSS que en cualquier otro país del Este.

Por otra parte, las elecciones de 1946, elecciones realizadas en condiciones de parlamentarismo burgués fueron una victoria formidable para el PC Checoslovaco. Antes de febrero de 1948 partidos burgueses maniobraron para aislar al PC, que era el partido mayoritario. Las milicias obreras fueron un elemento fundamental de nuestra victoria, pero en realidad en 1948, la inmensa mayoría de los trabajadores nos apoyaba, incluyendo a la casi totalidad de los intelectuales.

Febrero fue el fruto del trabajo y las luchas del PCCh el papel central en la lucha antifascista. Sólo después vino el estalinismo. Hay que diferenciar las dos cosas. Febrero de 1948 es la culminación natural del desarrollo del movimiento obrero checoslovaco.

- ¿Cómo concibes al estalinismo, como un fenómeno ruso que luego se extendió a los demás partidos, o crees que hay bases para él en todo partido comunista?

- Creo que el fenómeno proviene fundamentalmente de URSS, pero al fundarse la Tercera Internacional, los demás partidos comunistas lo adoptaron al aceptar sin crítica las deformaciones en Unión Soviética.

Ahora bien, Unión Soviética tiene una responsabilidad especial. Recuerda la disolución del PC polaco en 1937 por órdenes directas de Moscú, con el pretexto absurdo de que estaba infiltrado por la policía. También el PC griego fue disuelto en la misma forma y la dirección del PC alemán fue expulsada sin razón alguna. Hubo lemas extraordinariamente sectarios como el de “clase contra clase” y aquel que consideraba los partidos socialdemócratas como el enemigo principal. La verdad es que los intereses del socialismo y la revolución que fueron los de la Tercera Internacional en los primeros años, fueron cediendo el lugar a los intereses de poder de Unión Soviética, paulatinamente, sin que muchos de nosotros nos diéramos cuenta.

-Hay algo en tu experiencia Gerard, que siempre me ha hecho pensar: ¿por qué tú, una víctima del estalinismo, pese a las torturas y persecuciones sufridas sigues siendo comunista?

- Yo me adherí muy joven a la idea del socialismo. Esta idea creció en mí y conmigo. Estoy convencido que los crímenes cometidos en nombre del socialismo son producto de una fuerza extraña a éste. Cuando estuve en la cárcel, siempre tuve muy claro lo que pasaba. Las torturas me produjeron un odio profundo hacia el estalinismo. Hay que luchar enérgicamente contra la herencia del pasado. Todo eso me ha ayudado a lo largo de los años a guardar mi fe en el socialismo

- Cuando te oigo decir "fe" no puedo impedirme pensar en la connotación religiosa de la palabra.

- No es lo mismo. Los objetivos del cristianismo y el marxismo son distintos. No es el mismo tipo de fe. Quizá los motivos psicológicos sean idénticos, pero no es lo mismo. La fe del cristianismo es limitada en su alcance, mientras que la del comunista es reflexionada, pensada. Conozco comunistas que no tenían fe religiosa alguna y que murieron como héroes. Un comunista que muere frente a un pelotón piensa en el ejemplo que da a sus hermanos de clase. El cristiano piensa en la otra vida.

- Pero en fin, si el estalinismo tuvo tantos aspectos negativos, ¿por qué no haber sido socialdemócratas o troskistas?

- No olvides que nosotros fuimos inspirados por la Revolución de Octubre y no conocimos muchas de las desviaciones de Stalin que se fueron imponiendo en el movimiento obrero sólo poco a poco. Yo no podía ser socialdemócrata porque fui y sigo siendo revolucionario, y los socialdemócratas no lo son. En cuanto a los troskistas son una corriente política del movimiento obrero. Bajo la influencia de Stalin fueron considerados como agentes de la burguesía, sobre todo a raíz de los procesos armados de Moscú. Esto fue una posición falsa. Pero sigo considerando que nuestra política fue, en muchos aspectos fundamentales, justa.

- Además -agrega Lise- no olvides que nosotros llegamos al comunismo rechazando a la socialdemocracia, cuyas posiciones nacionalistas permitieron el

estallido de la Primera Guerra Mundial. Al señalar la quiebra de la socialdemocracia, los jóvenes de entonces tomamos el camino justo.

- ¿Cuándo comenzó la resistencia al estalinismo en el seno del PC Checoslovaco y cómo relacionarías la Primavera de Praga con movimientos similares que tuvieron lugar en Polonia en 1956 y en Hungría?

- En primer lugar no hay que olvidar a Tito. La URSS tenía mucho miedo que su ejemplo se generalizara. Los procesos contra dirigentes comunistas en los años cincuenta tenían como objetivo impedir eso. En Checoslovaquia había en esa época un gran malestar. Después del XX Congreso del PCUS, los elementos sanos dentro del partido comenzaron a actuar. Es indudable que ese Congreso tiene una gran importancia para el movimiento obrero internacional. La lucha en el PCCh, fue larga y difícil. Se necesitaron doce años para llegar al 68. Pero paso a paso se fue arrinconando a los estalinistas.

Aquí interviene Lise: -No hay que olvidar que siempre hubo manifestaciones contrarias al estalinismo en el movimiento comunista. Así por ejemplo, los frentes populares de la segunda mitad de los años treinta son un fruto de la experiencia de los partidos comunistas occidentales y el VII Congreso de la Tercera Internacional vino simplemente a aprobar y legalizar algo que varios de esos partidos estaban ya haciendo en la práctica.

- En lo que respecta a los movimientos polaco y húngaro de los que hablaste - continúa A. London- debo decir que sin duda hay un parentesco, pero existen también diferencias muy notables. Checoslovaquia es un país económica, social y políticamente, más desarrollado. En Checoslovaquia hay además una vieja tradición democrática. Todo eso permitió que el movimiento fuera más maduro.

Y Lise completa: - La Primavera de Praga fue mucho más que un simple movimiento de protesta. Logró conformar un programa muy desarrollado basado en las experiencias de la construcción del socialismo en un país industrial. Trajo consigo no sólo la abolición de la censura y las libertades de expresión, sino también los primeros pasos de una forma económica muy importante.

No debe olvidarse que uno de los problemas principales era el de la democracia en la fábrica. Yo trabajé varios años en grandes fábricas checas. Sobre todo en la

Autorenova de Praga que tiene varios miles de obreros. Puedo decirte que éstos prácticamente no participaban en la gestión directa. Recuerdo aún las escenas que se produjeron a raíz del plan de 1952. Llegó un representante del Estado para presentar las metas que le tocaba cumplir a la Autorenova en el nuevo plan. Los obreros no estuvieron de acuerdo. La gente murmuraba primero y luego comenzó a protestar airadamente. Pero no les hicieron caso. Se les dijo que el plan se elaboraba centralmente y que ellos debían simplemente acatarlo. El sindicato vigilaba cuidadosamente el cumplimiento del plan, pero no luchaba por las reivindicaciones de los obreros. La Primavera de Praga se proponía cambiar todas esas discrepancias y las primeras medidas se tomaron. Desgraciadamente no hubo tiempo para ir más lejos.

- Ustedes presenciaron la entrada de las tropas soviéticas. Debe haber sido muy difícil para los soldados soviéticos, porque al fin y al cabo, ellos están convencidos que luchan por el socialismo. No es un ejército como el que fue a Vietnam o a la República Dominicana. En agosto de 1968 terminé el manuscrito de *L'Aveu (La confesión)* que iba a ser publicado al mismo tiempo por Gallimard en París y por la editorial de la Unión de Escritores en Praga. Allí llegué yo, muy emocionado porque mi pequeña contribución a la en Primavera de Praga iba a ser publicada en mi propio idioma...

- Perdona la interrupción ¿eso nunca sucedió verdad?

- Eso creí yo cuando llegaron los tanques soviéticos, pero la Unión de Escritores logró algo inesperado. En pleno junio de 1969, en las barbas del ocupante, hicieron una edición clandestina de 30 mil ejemplares y los distribuyeron en un solo día antes de que ellos se dieran cuenta de lo que estaba pasando.

Pero para regresar a tu pregunta inicial: El día 21, mientras mi mujer buscaba un camino para salir de Checoslovaquia, me fui por las calles de Praga en compañía de Vavro Hadju, un amigo sobreviviente del proceso Slansky como yo y ahí presencié la confusión de los soldados soviéticos y el admirable comportamiento de mi pueblo.

Muchos soldados estaban muy sorprendidos de encontrarse en Praga. Algunos de ellos, muy jóvenes, salían de sus tanques que apenas habían desembarcado de

los transportes aéreos, creyendo estar en Alemania Occidental, porque les habían dicho que la República Federal Alemana había comenzado la guerra, invadiendo la RDA. Esperaban encontrar alemanes y estaban muy confundidos.

Los jóvenes checos hablan el ruso y discutían con los soldados. Recuerdo al joven checo sin uniforme diciéndole al joven soviético uniformado: Mi padre es comunista, luchó en la Unión Soviética contra el fascismo, yo soy comunista. ¿Qué vienes a hacer aquí? ¿Acaso soy tu enemigo?

Muchos de los primeros contingentes debieron ser retirados por la gran confusión que se produjo. Alrededor de cada tanque se armaba una discusión y muchos soldados soviéticos tenían una cara triste que a veces daba lástima. Pero tenían órdenes de tirar a los que se opusieran y a veces lo hicieron.

La gente rodeaba los edificios gubernamentales gritando: ¡No se vayan, estamos con ustedes! Y presencié esto en el edificio del Ministerio del Exterior en donde me encontraba con un viejo amigo de las brigadas. Estaba cercado completamente por los tanques y éstos a su vez se encontraban rodeados por la muchedumbre que nos gritaba frases de aliento.

El día 22 hubo una huelga general. La primera que se producía desde la instauración del socialismo. A las 12 en punto, todas las campanas comenzaron a tañer, las sirenas de las fábricas y los silbatos de las locomotoras ululaban... Las calles de Praga estaban desiertas...

Mira Enrique, yo sé que podríamos continuar así durante muchas horas más, pero la entrevista debe tener su límite. Antes de que terminemos quisiera que incluyas un pensamiento más.

Ante todo, como viejo luchador antifascista quiero expresar mi solidaridad más sincera con todos aquellos que en América Latina luchan contra el fascismo y la dictadura. Sé que están pasando cosas terribles en Chile, Argentina, Uruguay. Pero también ahí venceremos.

Y luego, unas palabras que resumen las experiencias de nuestra generación: Nosotros crecimos en una lucha despiadada, en la clandestinidad, en los campos de concentración, en las brigadas y me parece que esto nos produjo cierta debilidad que fue la de toda nuestra generación: una fe incondicional en nuestros

ideales. Pero la duda, la capacidad de dudar es también muy importante. En cierta ocasión, la hija de Marx le preguntó a su padre cuál era la cualidad humana que él prefería y él respondió: la duda. Hay que conservarla. Desgraciadamente, nuestra generación la perdió⁷.

Roma. Jiri Pelikan es un hombre corpulento de unos 55 años de edad, de larga ascendencia eslava. Dueño de una aguda inteligencia, trabajador infatigable, reúne las cualidades del político y el intelectual. Su larga permanencia en la presidencia de la Unión Internacional de Estudiantes lo ha acostumbrado a alternar con dirigentes políticos de todo el mundo y del más alto nivel. Director de la televisión checa antes y durante la Primavera de Praga, conoce a fondo el medio intelectual de su país y se interesa por todas las manifestaciones del arte y la cultura. Miembro del presidium del ilegal XIV Congreso, su personalidad lleva el sello de los hombres que han participado en momentos cruciales de la historia.

Nuestra conversación se desarrolla en el departamento de Pelikan en el centro de Roma. Los estantes están repletos de libros y revistas; la mesa de trabajo se dobla bajo el peso de los papeles y manuscritos que la cubren. La máquina tiene aún puesta la hoja a medio escribir de un artículo inacabado. El teléfono nos interrumpe varias veces, con llamadas urgentes. Pelikan acaba de regresar a Roma y está a punto de volver a salir para participar en una mesa redonda en otra ciudad de Italia.

- Nosotros habíamos ya escuchado su nombre antes de 1968, como presidente de la Unión Internacional de Estudiantes, pero quisiéramos saber algo más sobre los inicios de su actividad política.

- Comenzó mi vida política bastante joven, como estudiante del gimnasio (secundaria) por los años 1936. Mi hermano, que era en aquel entonces estudiante universitario, me llevó hacia las juventudes comunistas. La guerra de España politizó mucho a los jóvenes de nuestro país y el Partido Comunista Checoslovaco que había lanzado la consigna "Frente a Madrid defenderemos a Praga" atrajo a muchos de nosotros. Yo publicaba un pequeño periódico que se llamaba *No pasarán*. Cuando la guerra comenzó en 1939, el Partido Comunista

⁷ *Proceso*, número 108, 27 de noviembre de 1978.

necesita jóvenes militantes, no conocidos por la policía, para la distribución clandestina de libros, periódicos, volantes, etc. Participé activamente en esas tareas. Quiero subrayar que nuestro ingreso en la vida política en una época de clandestinidad y guerra, nos dejó profundamente marcados en el plano psicológico: en la clandestinidad y la cárcel, se aprende a odiar al enemigo, a ser duro, disciplinado y fiel al partido. Pero después, en tiempos de paz, estos rasgos se transforman a veces de cualidades en defectos y uno se vuelve intransigente con los que tienen opiniones diferentes. Se adquiere la tendencia a apartar en forma violenta todos los obstáculos que surgen en la construcción del socialismo. Yo entré en la Unión Internacional de Estudiantes en medio de la profunda crisis que produjeron en mí y en muchos otros camaradas, los procesos de 1953. Fue terrible ver a dirigentes del Partido, que eran dueños de toda nuestra confianza, frente a un tribunal, confesando los crímenes más terribles. Por eso, para mí fue muy bueno regresar al movimiento estudiantil internacional, y alejarme un poco de los problemas internos de Checoslovaquia.

La Unión Internacional de Estudiantes era entonces una organización pluralista en la cual participaban muchas organizaciones no comunistas. La vida política era intensa y fructífera. Se libraron luchas muy importantes por la paz y contra el imperialismo numerosos países subdesarrollados, los estudiantes jugaban un papel decisivo debido a la ausencia de una clase obrera organizada. Ahí conocí a muchos latinoamericanos. Recibí cartas de Fidel Castro cuando éste estudiaba en la Universidad y conocía a Antonio Echeverría, poco antes de que regresara a Cuba para realizar la acción armada que había de costarle la vida. En una visita a Cuba, después de la revolución, conocí al Che, que me dejó una impresión muy honda.

- ¿Cuándo ingresó usted al Comité Central del Partido Comunista Checoslovaco?
- Como director de la televisión y miembro de la comisión ideológica, del Comité Central, yo asistía a muchas de sus reuniones ya antes de 1968, pero fui elegido miembro de éste sólo en el XIV Congreso celebrado el 28 de agosto de ese año.

- Entonces usted estaba en condiciones de conocer bien la situación de todo el país. La crisis de 68 se expresó ante todo como una crisis en el seno del Partido, pero ¿había ya una resistencia popular antes?

- Sí, como el modelo soviético no estaba adaptado a las tradiciones y la mentalidad del pueblo checo, la represión en la época del estalinismo fue en Checoslovaquia más dura que en otros países de Europa del Este, como Polonia, Hungría o Bulgaria, lo que constituye una paradoja, porque el Partido Comunista Checoslovaco era más fuerte que los partidos comunistas en muchos de esos países. Es decir que la adhesión al socialismo era muy fuerte. Pero debido a las tradiciones democráticas existentes, había una resistencia importante, tanto en el seno de la clase obrera, como entre los campesinos y los intelectuales. Pero la resistencia no podía expresarse en forma organizada y se manifestaba por una especie de rechazo a ese tipo de socialismo, una huida en la indiferencia y la pasividad de un sector importante de la población. A veces había explosiones de descontento como en 1953, después de la reforma monetaria y en 1956 a raíz del XX Congreso en URSS. Había también huelgas y manifestaciones de estudiantes e intelectuales. Esto era más frecuente en Eslovaquia como protesta al centralismo excesivo del régimen de Novotny. Pero como el Partido Comunista, que tenía más de millón y medio de miembros estaba profundamente enraizado en la población, había cierta circulación de ideas entre el partido y las masas. Por eso el descontento se manifestaba en el seno del Partido, en donde muchos compañeros se daban cuenta de la necesidad de cambiar de rumbo, sobre todo después de 1963, cuando Novotny, debido a la presión de Krushchev, se vio obligado a rehabilitar a las víctimas de los procesos de 1953. Ya entonces se invitó a algunos científicos a elaborar planes de reformas. Se formaron comisiones como la económica, bajo la dirección de Ota Schik, la de problemas del Estado con Blenaj y la revolución técnico científica con Richta.

Así, esos sectores pudieron ligarse con las corrientes liberales dentro del Partido. Esto determina por ejemplo la diferencia con Hungría, en donde en 1956, el partido prácticamente desapareció⁸. Pero ahora, con la expulsión de un tercio de

⁸ *Proceso*, número 109, 4 de diciembre de 1978

los miembros del partido, los debates y la resistencia se ubica fuera de sus filas. Por eso la Primavera de Praga no puede ya repetirse en Checoslovaquia.

- ¿Pero cree usted que en otros partidos en los países socialistas puede producirse un proceso similar?

- Sí, es posible, pero no creo que la situación en ellos sea mucho mejor, porque después de 1968, en todos lados los elementos estalinistas que se encontraban a la defensiva, han pasado a la ofensiva y los hombres más abiertos han sido apartados de los principales puestos directivos, como ha demostrado el caso polaco, en los partidos hay corrientes liberales, pero la oposición más consecuente ha pasado a la base de esos partidos o disidentes como la Carta de los 77 en Checoslovaquia, el Comité GOR en Polonia, hombres como Haveman y Bahro en la República Democrática Alemana o la escuela de Luckacs en Hungría. Ellos pueden presionar al partido, pero para que se produzcan cambios importantes, deben encontrar aliados en el seno del aparato dirigente de los partidos. Sólo así las explosiones espontáneas podrán convertirse en cambios reales.

- ¿Qué había en el programa del movimiento dirigido por Dubcek para satisfacer las demandas económicas de las masas y resolver los problemas fundamentales de la economía checa?

- Desde los primeros días comenzaron a buscarse soluciones al problema económico. Hay que distinguir las de corto plazo y las soluciones de fondo, a largo plazo. En lo que se refiere a las primeras, debe aclararse ante todo el mejoramiento del nivel de vida y de los salarios. Hay un error muy difundido en la extrema izquierda: es el de considerar que el problema principal de la clase obrera es la autogestión. Indudablemente que a largo plazo, eso es así. Pero lo primero que exigen los obreros, es la mejoría de sus salarios y sus niveles de vida. Hay que comprender que en países como Checoslovaquia la clase obrera ha sido despolitizada durante veinte años, que ha sido desprovista de sus órganos de expresión legítimos como sindicatos independientes, etc. Durante esos años se estableció, lo que un intelectual checo Antony Ligm llamaba un nuevo "contrato social" entre el poder socialista y la clase obrera: ustedes realizan el plan y trabajan -no demasiado- pueden comprar lo que tanto tiempo han deseado: casa,

coche, etc. Pero deben dejar que nosotros hagamos la “política”. Ese contrato funciona sobre la base de la despolitización de la clase obrera y su completa subordinación política. Si uno de los dos lados rompe el contrato, ya sea porque los obreros piden más de lo que el nivel de la producción permite dar o bien porque el Estado aumenta los precios y reduce los salarios reales, se producen conflictos como el de 1970 en Polonia.

Ante todo, la clase obrera resiente el deficiente funcionamiento del sistema. Considera que los salarios son insuficientes, ciertos productos son escasos, o bien hay colas. Sobre todo se molestan cuando los directores de fábrica son incompetentes, porque son escogidos de acuerdo con criterios políticos y no técnicos. Entonces al principio se trata de modificar la estructura, para que todos esos problemas sean resueltos. Esto puede llamarse la etapa tecnocrática de la reforma.

Todos esos problemas fueron abordados por Schik en la televisión. Era cuestión de dar a los obreros una perspectiva de mejoría inmediata. Además se prometió a los obreros que los directores de fábrica serían escogidos no en función de su adhesión al partido, sino por su nivel técnico. En la segunda etapa, hacia mayo-junio, los obreros comenzaron a plantear el problema de la autogestión como un medio para regresar a la clase el control de las fábricas y controlar las tendencias tecnocráticas que tienden a aumentar la productividad, sin tomar en cuenta las condiciones sociales y las demandas de los obreros. Las leyes adoptadas en junio de 1968, estimularon la formación de consejos obreros que fueron transformándose rápidamente en la base social principal de la Primavera de Praga.

Las reformas estructurales propuestas, no se proponían regresar las empresas a los capitalistas. Se planteaba en cambio una diversificación de las formas de propiedad, de acuerdo con las condiciones de los diversos sectores de la economía: un sector de Estado en la industria pesada, pero también la propiedad colectiva, comunal, etc., e incluso la propiedad privada en algunos sectores de los servicios, como restaurantes, peluquerías, etc., en donde había muchos problemas.

También nos proponíamos mantener la planificación central, pero ampliar las atribuciones de las empresas, para que éstas pudieran desarrollar sus iniciativas, incluso produciendo mercancías para las cuales había mucha demanda, pero que no estaban en el plan. Esto es la esencia del principio de la articulación de la planeación con el mercado, que muchos economistas de izquierda entendieron erróneamente como una restauración del capitalismo.

El plan en la sociedad socialista no debe hacerse sólo de arriba a abajo. Debe también expresar las necesidades populares y ahí es donde el mercado tiene todavía importancia. El problema es adecuar el plan que viene de arriba y las necesidades reales de la sociedad.

Muchos tecnócratas se oponían a los consejos obreros. Temían que los trabajadores exigieran la repartición de todas las ganancias de las fábricas en forma de aumentos de salarios. Pero eso no se produjo. En sus mítines incluso, los obreros se expresaron en el sentido de que estaban dispuestos a postergar sus demandas salariales, si durante ese periodo, se reorganizaba completamente todo el sistema productivo, para mejorar la economía del país.

Cuando se hicieron elecciones para esos consejos, los obreros elegían muy frecuentemente no a otros obreros, sino a los técnicos. Algunos creen que eso era una desviación, pero yo personalmente presencié muchas de esas reuniones y oí cómo los obreros argumentaban que había que poner en los consejos gente que podía comprender las cifras y que con el tiempo, a medida que los obreros adquirieran esa información a través de la autogestión, podrían participar más.

- Está muy difundida la idea que había grandes peligros para el carácter socialista de la sociedad, es decir que el regreso al mercado libre era un paso hacia el capitalismo. ¿Qué piensa usted de eso?

- Esto es falso. ¿Dónde estaban los capitalistas que iban a tomar de nuevo las fábricas? Pero había peligros: se podían crear diferencias salariales y algunas fábricas no rentables debían ser cerradas, lo que implicaba una nueva calificación y ubicación de los obreros. Naturalmente, algunos de ellos se resistían. Pero, esos eran problemas que podían solucionarse. Para la restauración del capitalismo era necesario un cambio profundo del carácter del Estado y el régimen político y esa

transformación, debido a la gran fluencia del partido y las estructuras existentes era total y absolutamente imposible.

- Se dijo mucho que la actitud de los intelectuales, o por lo menos algunos intelectuales que exigían una apertura completa de Checoslovaquia a la influencia occidental ponía en peligro el sistema socialista. ¿Había tendencias antisocialistas entre los intelectuales? ¿Era eso un peligro real?

- Para abordar ese problema, hay que comprender el papel muy especial de los intelectuales en la sociedad checoslovaca. Durante los 300 años en que Checoslovaquia estuvo en el imperio austro-húngaro los intelectuales fueron los voceros de la renovación nacional, del idioma checo, que en las ciudades ya prácticamente no se hablaba. Ellos cultivaron la historia, la literatura y el teatro, para demostrar el derecho del pueblo checo a un destino nacional independiente. El Estado checo fue instaurado por medio de un manifiesto de los intelectuales.

Esos intelectuales no eran una casta que cultivaba el arte por el arte sino un sector profundamente ligado al pueblo checo. La enorme mayoría de los intelectuales se pasaron al comunismo y el socialismo, antes de la Segunda Guerra Mundial y muchos de ellos ofrendaron sus vidas en la lucha contra el fascismo.

Después, participaron en la construcción del socialismo. Es cierto que también los había reaccionarios y conservadores, pero eran una minoría ínfima. Como los intelectuales eran más sensibles, desde el XX Congreso comenzaron a plantear con fuerza los grandes problemas del país. En los años sesenta, el arte era muy político y en los libros de Kundera, Kohout, Proclazka, las películas de la nueva ola de Froman, Jires, Helge, el teatro de Hawel, Palicek, Topol, la gente reconocía sus problemas y aspiraciones. Ellos comprendían que en una situación de emergencia, el arte tenía que jugar un gran papel político. En junio de 1967, el Congreso de los Escritores fue el anuncio de lo que iba a pasar algunos meses más tarde, en el partido.

Esos intelectuales no pedían más privilegios para ellos. Ellos tenían ya muchos: viajaban, tenían ingresos muy altos. Su preocupación era por las libertades de los demás, del pueblo. Insistía mucho: "Una vez que la situación política se normalice,

nosotros dejaremos la política y regresaremos a nuestros estudios y talleres”. Al principio fue cierto que se oía más a los intelectuales que a los obreros y a los campesinos, pero eso fue cambiando. Cada vez más gente anónima se expresaba en público y los trabajadores también tomaban su lugar.

Es cierto que había un grupo de intelectuales que se consideraba a sí mismo como radical, que empujaba a Dubcek a que fuera más rápido en el proceso de democratización, pero nunca pidieron el abandono del socialismo. No recuerdo un caso importante de intelectual que haya dicho que debe regresarse al capitalismo o copiar todo a occidente. Pero es verdad que se negaban a respetar ciertas reglas diplomáticas y políticas que las circunstancias exigían. Así, por ejemplo, recuerdo que el mismo día de mayo en que Dubcek se rendía a Hungría para visitar a Kadar, cuyo apoyo era muy importante, el periódico de los escritores publicaba un largo artículo sobre el aniversario de la ejecución de Ymre Nagy, muy desfavorable a Kadar, cuya responsabilidad en la ejecución se mencionaba.

En otros casos, los periodistas checos comenzaban a responder a las críticas que aparecían en los periódicos soviéticos, a pesar de que les insistíamos que no era el momento adecuado para polemizar con los soviéticos. Sí, los intelectuales ayudaron mucho, pero crearon también grandes problemas.

Pero aquí hay un problema de concepción acerca de las relaciones entre el Estado y la prensa, entre el Estado y los intelectuales. Recuerdo que cuando en mayo Dubcek se rindió a URSS para convencer a Brejnev, éste lo recibió con un montón de recortes de periódicos y revistas checas, incluso de las provincias más recónditas, en las cuales había opiniones inaceptables para los soviéticos. Le decía Brejnev “-¿Cómo es posible que este o aquel periódico haya publicado tal artículo?”- Y Dubcek que ni siquiera conocía el artículo le decía “-¿Pero qué importancia tiene eso? ¿Acaso no es más importante el desarrollo de un socialismo apoyado por todo el pueblo y atractivo para occidente?

“- Pero, le respondía Brejnev, si tú no conoces lo que se publica en la prensa checoslovaca, quiere decir que el Partido no tiene control de la situación y que hay peligros inminentes”. ”- Era un diálogo de sordos, porque los dirigentes soviéticos veían en cualquier crítica, un peligro para el socialismo. Mientras que para Dubcek

eso no importaba, porque se sentía apoyado por la inmensa mayoría del pueblo checoslovaco.

En Checoslovaquia la censura fue abolida formalmente en junio, pero en la práctica ya no existía desde febrero. Es verdad que algunas opiniones reaccionarias o ultrarradicales que existían en la sociedad se expresaron, pero eran opiniones marginales, que -para mi sorpresa- nunca ganaron apoyo alguno. Pero había que respetarlas, porque la única manera de impedir las era volver a las medidas de represión y eso les hubiera producido un apoyo en el seno de la población.

La situación se hizo crítica después de que la posición soviética -contraria a la Primavera de Praga- expresada en la declaración de Varsovia se hizo pública. Esto despertó reacciones de tintes nacionalistas en ciertos sectores. Pero eso se debe a la nerviosidad y la indignación que causaba la intervención abierta de URSS en los asuntos internos del país.

Para resumir, creo que la intelectualidad jugó un papel positivo en la preparación y desarrollo de la Primavera en Praga, aun cuando alguno de ellos quería ir más allá y más aprisa de lo que la situación real permitía, o bien planteaba cosas utópicas.

- Se ha hablado mucho de la intención de algunos países occidentales, sobre todo de la República Federal Alemana, de aprovechar la situación creada dentro de Checoslovaquia por las reformas, para intervenir a favor de las fuerzas reaccionarias checas. ¿Cuál es su opinión acerca de ese problema?

- En Alemania estaba en el poder la Gran Coalición y los socialdemócratas tenían ya una participación importante en el gobierno. Willy Brandt era ya ministro de Relaciones Exteriores. Yo era en aquel entonces, presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores del Parlamento checoslovaco y tuve la ocasión de hablar con representantes de los partidos socialdemócratas que nos visitaron. En ellos encontré comprensión para nuestro proceso. Cuando un grupo de antiguos socialdemócratas checos les comunicaron su deseo de restablecer el partido socialista en Checoslovaquia, Brandt y Kreisky se empeñaron en disuadirlos, diciéndoles que no era cuestión de volver hacia atrás.

Las delegaciones del Partido Socialdemócrata Alemán que nos visitaron insistían en que había que derogar los acuerdos de Munich y restablecer las relaciones diplomáticas y económicas. Cosa que, como sabemos, hicieron algunos años más tarde cuando subieron al poder.

Si había infiltración de los servicios secretos de la República Federal Alemana, yo no lo sé. En todo caso ese es su trabajo. Pero no creo que por sí mismos hayan representado un peligro crucial para la seguridad de Checoslovaquia.

Nosotros queríamos ampliar las relaciones comerciales y diplomáticas con el occidente, pero en eso no íbamos más lejos de lo que ya estaban haciendo la República Democrática Alemana y Rumania. No creo que había deseos de intervención. La derecha alemana -Straus sobre todo- era muy hostil a la Primavera de Praga y temían sobremanera que un socialismo de ese tipo sería enormemente atractivo para los obreros de Europa Occidental. Por eso cuando las tropas soviéticas llegaron, no protestaron demasiado.

La revolución revocada

La crisis actual es también una crisis de la izquierda a escala mundial. Su advenimiento desmintió a los reformistas que negaban su posibilidad pero sembró, por sus manifestaciones inesperadas, el desconcierto en las filas de los que la previeron. Lo que la distingue es la ausencia de desenlaces contundentes: ni guerra ni revolución. Más bien una agonía prolongada de lo viejo y la lenta disolución de la izquierda de posguerra. Las clases trabajadoras no se deciden a actuar; los objetivos se confunden, los intereses grupales dividen y dispersan.

La conciencia de la posibilidad de un fracaso total no es nueva. ¿Qué otra cosa quería decir Marx cuando afirmaba en *El manifiesto* que hasta ahora la lucha de clases ha terminado siempre en la revolución de toda la sociedad o la ruina común (*Untergang*) de las clases en lucha? ¿En qué pensaba Rosa Luxemburgo cuando en el apogeo de la Primera Guerra Mundial estampó el aforismo *socialismo o barbarie*? Es verdad que la crisis actual está cargada de peligros sin precedentes. Pero hoy como ayer el desenlace depende de la acción transformadora y libre de los hombres y las mujeres y la posibilidad de la derrota no es motivo para rendirse. La crisis es también, la posibilidad de un nuevo comienzo. De la ruina de la Segunda Internacional surgió una ola revolucionaria avasalladora y del derrumbe del estalinismo, perspectivas inexploradas de un socialismo de nuevo tipo. Las ilusiones perdidas son el origen del desconcierto y el cinismo político, pero también de nuevos intentos de síntesis entre utopía y ciencia: el socialismo no fue en sus orígenes, más que una respuesta radical a la gran decepción que produjo la Revolución Francesa. El marxismo es la primera corriente que se propuso dotar a los trabajadores de un pensamiento que hace posible el uso de su libre albedrío: Y eso es lo último -incluso en horas de perplejidad como las actuales- a lo que puede renunciar.

Una vez más, la izquierda mexicana arrastra el paso. En una entrevista publicada en *El Buscón*⁹, Roger Bartra propone hacer del Partido Socialista Unificado de México un partido reformista. Como he pasado dos décadas tratando de construir

⁹ *El Buscón*, número 10, 1984

un partido revolucionario y no veo razón alguna para cejar en mi propósito, vengo a contradecir.

Bartra se declara eurocomunista. Para mí en cambio, la época de las ortodoxias ha terminado. Lo característico de nuestros días es la diversidad de las fuerzas que luchan por el socialismo y la riqueza de sus variaciones nacionales. En las condiciones actuales, ningún país, región o partido, puede servir de modelo guía para el resto del mundo. En México, no existe hoy en el movimiento socialista, una corriente ideológica y política hegemónica. La constitución de ésta sólo es posible como síntesis crítica de múltiples tendencias y tradiciones revolucionarias autóctonas, en un proceso que rebasa las ortodoxias internacionales. La ideología capaz de aglutinar el bloque social revolucionario en México, no es ni marxista-leninista, ni eurocomunista, ni troskista, ni maoísta. Es un socialismo revolucionario y democrático que tendrá muchos parentescos y una identidad propia inconfundible.

Si en México un partido socialista revolucionario y democrático no puede surgir exclusivamente de la experiencia comunista, ¿qué relación guarda la renovación del comunismo con ese proceso? Para mí, el de interlocutor prioritario, mas no único. Las experiencias del eurocomunismo constituyen puntos de referencia obligados, pero no suficientes. El socialismo democrático y revolucionario se desarrolla también fuera del movimiento comunista en corrientes más cercanas a nuestra realidad que se manifiestan en las revoluciones cubana, chilena, nicaragüense y salvadoreña; en las izquierdas de Perú, Venezuela y Estados Unidos. Más importante todavía desde el punto de vista nacional, es en la actualidad el diálogo con las corrientes socialistas locales: el nacionalismo revolucionario, el cristianismo radical y la nueva izquierda surgida del movimiento de 1968.

La renovación del comunismo no es un producto del "marxismo occidental". Es por lo contrario, un movimiento que le debe tanto al Este como al Oeste, que se manifiesta en los países capitalistas desarrollados, pero también en los del socialismo embrionario y el Tercer Mundo. Se inició con la rebelión yugoslava contra el estalinismo (1948), el humanismo marxista polaco de las décadas de los

cincuenta y sesenta, los pronunciamientos de Togliatti en 1956 y 1964 y la Primavera de Praga (1968). Sin embargo, sólo cobra relevancia política en el mundo capitalista, en la década de los setenta a través de una serie de iniciativas conjuntas de los partidos comunistas de Francia, Italia y España, pronto avaladas por otros partidos de Europa Occidental, a la cuales se dio el nombre de “eurocomunismo”.

La renovación del comunismo es un intento, todavía incipiente, de superar las dos fases anteriores del movimiento socialista: la de la Segunda Internacional y la que se abre con la Tercera. Busca un camino al socialismo que supere a la vez los límites de la socialdemocracia y del leninismo, que sea una síntesis de la herencia del socialismo democrático de occidente, portador de las luchas por las libertades espirituales y políticas y el socialismo revolucionario oriental, heredero de las grandes revoluciones de liberación económica y social.

Se trata de un movimiento heterogéneo. Su teoría está en formación, no posee una estrategia común y sus exponentes mantienen frecuentemente posiciones políticas encontradas. Los partidos comunistas de Italia, Francia y España discrepan a veces en problemas políticos importantes, y existen fuera de ellos grupos y personalidades que, definiéndose como eurocomunistas, mantienen una posición crítica hacia su desempeño. Tomar el eurocomunismo como referente, no puede entonces significar otra cosa que participar críticamente en el proceso de su propia definición. El nuevo socialismo no es sólo la superación del socialismo de Estado y el estalinismo, sino también del *Welfare State* y el reformismo socialdemócrata. Coincido con Berlinguer, que en una ocasión decía: “Es posible una vía nueva, distinta a la socialdemocracia que, aun habiendo realizado determinadas mejoras en las condiciones de los trabajadores, ha dejado intacta la estructura del capitalismo, y distinta de los socialismos de Europa del Este, donde aun habiéndose superado el capitalismo, existen graves limitaciones de las libertades políticas. Iremos por rutas inexploradas, y no nos dejamos desviar de este camino”. No se trata en efecto, de huir del estalinismo para caer en brazos de la socialdemocracia, sino de ir por “rutas inexploradas”.

La diferencia que existe entre la socialdemocracia y el nuevo comunismo es la que separa a un simple reformador del sistema existente de un revolucionario que trabaja por su extinción. Si no debemos olvidar la tragedia del estalinismo y los fracasos del socialismo de Estado, tampoco debemos ignorar que la política de la socialdemocracia contribuyó a prolongar la Primera Guerra Mundial, postergar la revolución en occidente, aislar a los países del socialismo embrionario, agudizar la guerra fría y preservar los sistemas coloniales. Los gobiernos socialdemócratas demostraron que son totalmente incapaces de cambiar algo esencial en el capitalismo. Los de Suecia, Inglaterra, Alemania y Austria, probaron que en épocas de bonanza pueden promover reformas acordes con los intereses inmediatos de los obreros pero también que esas reformas llevan, no a la erradicación del capitalismo, sino a su fortalecimiento. Incluso las socialdemocracias más avanzadas, la sueca o la austriaca nunca han logrado otra cosa que un compromiso entre los monopolios, el Estado y la clase obrera organizada. Su resultado máximo ha sido un régimen de beneficios sociales avanzado, inscrito en la lógica del gran capital y las transnacionales.

Otra diferencia es la que se refiere a la participación en el gobierno. Para el socialismo revolucionario, ésta es posible sólo cuando se trata de gobiernos que contribuyan a encauzar a la sociedad por el camino del socialismo. Para la mayoría derechista de la socialdemocracia en cambio, el ejercicio del poder es sinónimo de una gestión reformista del capitalismo. Consideran que su papel es administrar, en beneficio de la clase obrera, un capitalismo en el cual la economía de mercado regula las crisis. El egoísmo de la burguesía ha sido sustituido por el poder de una tecnocracia esclarecida y la lucha de clases se ha disuelto en una interminable secuencia de escaramuzas menores.

Hoy está en crisis no sólo el comunismo, sino también la socialdemocracia. En las filas de ésta crecen las fuerzas que comprenden que el "capitalismo popular", su creación máxima, sólo produjo a la larga la exacerbación del consumismo, nuevas formas de desigualdad social y el fortalecimiento de los conflictos de raza, nación y sexo: el Estado neokeynesiano es casi tan culpable del despertar del golem de nuestro tiempo, la burocracia, como su contraparte en las sociedades del

socialismo embrionario; la política de Schultz, Mitterand o Craxi es tan ajena a la perspectiva de un socialismo democrático, como la de Chernenko o Jaruzelski.

LOS MITOS DE LA EURO-RENOVACIÓN

La búsqueda de un socialismo democrático exige sin duda un cambio de actitud hacia la socialdemocracia. No debe olvidarse que, si Lenin fue una respuesta a su reformismo, ella contiene, a partir de 1920, una protesta a la ausencia de democracia en el régimen soviético, y los anatemas no explican por qué aún es una expresión auténtica de amplios sectores de la clase obrera. Lo que no es permisible, es agitar el espantajo estaliniano, para presentar al reformismo como el más novedoso de los descubrimientos.

Tal y como yo lo veo, el mensaje renovador universal del eurocomunismo está condensado en los siguientes cinco puntos:

1. El socialismo no es solamente propiedad social de los medios de producción y planificación centralizada. Su desarrollo es inconcebible sin la democracia. En la vida pública, significa respeto a la diversidad cultural, ideológica, religiosa y nacional; sufragio universal, democracia representativa y pluralismo de las fuerzas políticas y sociales; plena vigencia de las libertades individuales y colectivas.
2. La revolución no se reduce a la “toma del Palacio de Invierno”. Es un proceso prolongado que, si ha de culminar en un socialismo democrático, debe ser obra de la acción de las grandes mayorías que pasan de una conciencia capitalista a una socialista. Eso implica un desarrollo de la democracia y el pluralismo a todos los niveles durante el periodo de la transición.
3. La expresión política de la transición es un amplio bloque social que hace converger a la clase obrera, los campesinos, la intelectualidad y a los pequeños productores con los movimientos ecologistas, pacifistas, feministas, de la juventud y de emancipación nacional. La dirección política recae no en el “partido único de la clase obrera” sino en un conjunto de fuerzas políticas: partidos, sindicatos, organizaciones de masas, fuerzas de la cultura.
4. Para cumplir esta tarea, el partido debe ser concebido no como una vanguardia de revolucionarios profesionales, sino como una fuerza capaz de hegemonizar los

múltiples intereses presentes en el seno del pueblo. Esto implica, que debe ser realmente democrático y abierto a la crítica de la base y las masas. Excluye el monolitismo ideológico, la existencia de líderes máximos vitalicios, la cooptación de cuadros dirigentes, la manipulación de congresos y los obstáculos a la expresión de la base y exige una lucha permanente contra la burocratización y la integración al Estado.

5. En la arena internacional, la transición al socialismo presupone una política de defensa de la paz, nuevas relaciones entre los países desarrollados y el Tercer Mundo, el derecho a la autodeterminación y la difusión del desarrollo científico y cultural. Esto exige la superación de la lógica de los bloques y el dominio de las grandes potencias. En el mundo actual, la política de la URSS converge muchas veces con esos intereses; pero en otras entra en contradicción con ellos, anteponiendo sus intereses de gran potencia.

Estas son ideas viables en diversas condiciones y constituyen puntos de referencia legítimos para la construcción de un socialismo democrático y revolucionario también en México, siempre y cuando no sean concebidas como modelo.

En un país de izquierda dispersa, la construcción de la idea socialista debe tomar en cuenta la proliferación de corrientes que responden a tiempos y condiciones distintas, es decir, el sincretismo de la cultura de la izquierda. Esas son las condiciones en nuestro país en las cuales debe producirse el paso de una cultura corporativa a una democrática, de una conciencia nacionalista a una socialista. Las experiencias del Partido Comunista y el troskismo mexicano demuestran que en este empeño, las ortodoxias internacionales son un enemigo fatal.

En cambio, hay en el eurocomunismo una idea sólo aplicable a países de una democracia avanzada: la vía parlamentaria al socialismo. En los países altamente industrializados de régimen democrático pluralista, las elecciones, las cámaras, los aparatos de Estado, son los escenarios principales -si no únicos- para la transferencia del poder de la burguesía al proletariado. En esas sociedades, la democracia puede ser constantemente ampliada. Por lo tanto, no es necesario - como proponía Lenin- “destruir” la maquinaria estatal existente. En la transición de

ese tipo, el Estado aparece como un factor de continuidad. Sus instituciones parlamentarias deben ser vigorosamente defendidas y toda ruptura violenta queda excluida.

Las diversas corrientes eurocomunistas han insistido en que este es un aspecto particular de su posición, propio exclusivamente de países en los cuales la democracia parlamentaria incluye la legitimación de la representación autónoma de la clase obrera y el grado de desarrollo económico hace innecesario un periodo de industrialización forzada. Pero no ha faltado quien intente generalizar la vigencia de esa posibilidad a países que no reúnen esas condiciones.

Surgido de la crítica violenta del leninismo, el eurocomunismo ha sido objeto en México de una lectura de derecha. Según esta, toda ruptura revolucionaria y toma del poder violenta, lleva inevitablemente a una dictadura de la burocracia. La única vía democrática al socialismo es un proceso gradual e ininterrumpido de reformas. La estrategia adecuada es la del agotamiento del enemigo y todo enfrentamiento violento queda excluido. La democracia es bajo el capitalismo y el socialismo la misma, y su extensión asegura automáticamente la transformación de la sociedad. La modernización de la economía y la extensión de los beneficios sociales son anticipos de una nueva sociedad y su multiplicación es el socialismo en marcha.

La acción de los socialistas debe circunscribirse a la esfera del Estado, su sistema parlamentario y las organizaciones controladas por él. La acción espontánea de las masas debe subordinarse a esta estrategia. Las alianzas prioritarias surgirán de una convergencia entre los sectores avanzados del PRI y los de la izquierda independiente.

En lo internacional, la lucha contra el imperialismo deja de tener una importancia prioritaria. La política de URSS es equiparable a la de Estados Unidos y el peligro que representan para la humanidad las sociedades totalitarias del Oriente, es mayor que el que se deriva del imperialismo democrático de Occidente.

El eurocomunismo de derecha identifica la democracia en México con la que existe en Italia, Francia, España y otros países de Europa. Según él también en nuestro país existen posibilidades de una vía parlamentaria al socialismo y la liberalización del sistema existente puede crear las condiciones para una

transición sin rupturas. Olvidan que, en Europa, la clase obrera se constituyó en agente político autónomo antes de que la socialdemocracia fuera integrada al Estado. Las posibilidades transformadoras de la democracia Europea provienen precisamente de que la expresión parlamentaria y la presencia en los aparatos del Estado de fuerzas representativas de una clase obrera políticamente constituida, han sido legitimados hace mucho. Incluso para una política socialdemócrata es necesario contar con un partido enraizado en las masas trabajadoras.

Lo que nos propone en México el reformismo, es algo mucho más moderado que una política socialdemócrata a la Europea: *la convergencia con sectores de la burguesía y la burocracia gobernantes, antes de que los trabajadores se constituyan en fuerza política; la integración al Estado sin el apoyo de una fuerza social anclada en la sociedad civil.* Esto no es una política socialdemócrata, sino una invitación a la cooptación de la izquierda, que la burocracia estatal promueve asiduamente.

Junto a esta lectura derechista del eurocomunismo, se manifiestan también en nuestro país tendencias *carrillistas* que pretenden renovar la línea política del comunismo preservando en el seno del partido, las viejas prácticas del poder. Este se concentra exclusivamente en las manos de una burocracia permanente e inamovible relativamente autónoma de la base. Fuertemente jerarquizada, ésta se adapta a una moderada apertura democrática, haciéndose más flexible, eficiente y manipuladora, pero sin ceder un ápice de su poder. La burocracia, que reacciona con violencia extrema cada vez que su autoridad es cuestionada, que rechaza las vías democráticas de su renovación, acaba por constituirse en un obstáculo al cambio y a la transformación del partido. Este fenómeno es particularmente nocivo en un país en el cual la formación de un partido socialista democrático y revolucionario pasa inevitablemente por una serie de procesos de fusión.

En la ya citada entrevista, Bartra ratifica y desarrolla una idea expuesta por él hace un año: para evitar equívocos, reproducimos íntegro el texto de su proposición:

Reformismo quiere decir a mi entender, realizar reformas que no modifiquen sustancialmente el sistema capitalista, pero que responden a los intereses de la mayoría trabajadora. A partir de esta definición general se pueden desarrollar muchas variantes. Defiendo la idea de un partido

socialista "reformista" en el siguiente sentido: mientras la izquierda no descubra las clases que abren paso a una "revolución" orientada por el socialismo democrático, se deben crear en el México contemporáneo todas las premisas y bases que anticipen el tipo de sociedad que deseamos; yo creo que en esos anticipos, por más embrionarios y marginales que sean, podremos ir encontrando las "claves" perdidas o faltantes. El reformismo del que hablo se puede resumir así: socialismo para hoy.

Un partido que se concibe a sí mismo como reformista, *partiendo de la definición general de que las reformas que propugna responden a los intereses de la mayoría trabajadora pero no modifican sustancialmente el sistema capitalista*, no puede ser otra cosa que un partido socialdemócrata. Su función social y política será la de mitigar los males del capitalismo, no la de preparar su negación. Sea cual sea la versión de su reformismo, adaptará sus objetivos a los límites que en cada coyuntura impone el dominio de la burguesía. Inevitablemente su papel será no antagónico sino complementario a las sucesivas modernizaciones del capitalismo mexicano. Puede contribuir a la industrialización, la redistribución del ingreso y la democratización, pero será también un factor de fortalecimiento del capitalismo.

Un partido de este tipo existe ya embrionariamente tanto en el seno del Partido Revolucionario Institucional como en algunos sectores de su "leal" oposición. El meollo de su estrategia es ampliar, profundizar y modernizar las tendencias neokeynesianas y nacionalistas presentes en el Estado mexicano. En lo que respecta a la democracia, pugnan por liberalizar el sistema corporativo existente, sin atacar sus cimientos. Su política internacional presenta dos variantes: el PRI estableció relaciones con la Internacional Socialista hace más de una década y desde entonces se ha dedicado discretamente a desarrollarlas. El Partido Popular Socialista y sectores afines, mantienen un apoyo incondicional a la política exterior de URSS. Lo único nuevo es la proposición de que el PSUM se inscriba en el proceso de constitución de esa corriente.

Quienes estamos convencidos de que lo que los trabajadores necesitan no es un partido reformista, sino uno revolucionario, sabemos sin embargo que este no puede construirse con base en las ideas que sobre la revolución existían en las décadas de los sesenta y los setenta. Estas conocen una crisis que se deriva de la

crítica del socialismo estatista y la constatación de que el sistema político mexicano goza de un consenso muy superior al que la izquierda revolucionaria de aquellos años suponía.

PENSAR LA REVOLUCIÓN

La idea de la revolución debe reelaborarse, partiendo de las siguientes premisas:

1. La crisis revolucionaria está más alejada de lo que suponíamos. Su advenimiento será precedido por un largo periodo de guerra de posiciones cuyo contenido principal es la constitución de un movimiento político autónomo de los trabajadores. Durante ese lapso, la principal diferencia práctica entre reformistas y revolucionarios radica en la actitud hacia el movimiento espontáneo y el Estado.
2. La revolución no es sólo la toma del poder, sino un proceso prolongado de transformaciones que abarcan todos los ámbitos de la sociedad. Uno de los problemas fundamentales de la transición es la relación entre toma del poder, hegemonía de las ideas socialistas, democracia y producción.
3. La experiencia soviética demuestra que no toda revolución de los trabajadores conduce al socialismo. Fuerzas poderosas actúan para orientar los periodos de transición, hacia el estatismo. El estudio y análisis de esos problemas es una tarea central en la constitución del bloque socialista del futuro. Pero el reformismo no es la solución adecuada a esos problemas, sino un cambio de objetivos. En México, un partido que renuncia a la idea de la revolución, renuncia también a la posibilidad del socialismo.

Nadie ha podido, hasta ahora, descubrir de antemano las "claves" de una revolución. Lenin, Mao o Fidel Castro previeron su inminencia, pero no su trama. Una vez iniciada, tampoco es posible predecir si va a terminar en la victoria o el desastre. Posponer la idea de la revolución "mientras no se tengan sus claves" equivale, definitivamente, a renunciar a ella. Desde la Revolución Francesa hasta nuestros días el principal argumento preventivo de los reformistas contra los revolucionarios ha sido la incertidumbre que encierra todo gran intento de transformar radicalmente a la sociedad. Si los hombres lo hubieran escuchado, el siglo XX no encerraría la posibilidad de una nueva civilización.

No poseemos todas las "claves" de una revolución orientada por el socialismo democrático, pero sí conocemos algunas de sus premisas. Ellas se desprenden del análisis crítico de las revoluciones de Rusia y China, Yugoslavia y Checoslovaquia, Vietnam y Cuba, Chile, Nicaragua y El Salvador.

El socialismo democrático sólo puede nacer de una revolución que impulse a cada paso el florecimiento de la democracia: órganos de representación, sufragio universal, libertad de expresión, asociación y reunión. Sin ella, los trabajadores no pueden educarse políticamente, ni conservar su papel de actores activos en la transformación. Su violación repetida, abre el camino al estatismo y se transforma rápidamente en un obstáculo insuperable al establecimiento de la nueva sociedad. Una revolución sin democracia es la victoria segura de la dictadura burocrática.

Este peligro fue previsto en su tiempo por Rosa Luxemburgo quien criticaba la actitud de los bolcheviques hacia la democracia recordándoles que "la libertad sólo para los miembros de un partido -por muy numerosos que puedan ser- no es libertad. La libertad es siempre únicamente la del que piensa de otra manera. No es por ningún fanatismo de 'justicia', sino porque todo lo que de pedagógico, saludable y purificador tiene la libertad política depende de esta condición y pierde toda eficacia si la 'libertad' se convierte en un privilegio". Desde entonces, esta línea de pensamiento se ha desarrollado con vigor y en ella se finca la esperanza de una revolución en la democracia: el consenso activo de la gran mayoría del pueblo expresado en la vigencia de las libertades civiles y las instituciones democráticas para todos.

Roger Bartra propone sustituir la revolución por algo mucho más atractivo: "socialismo para hoy". Así los problemas de una transición futura quedan automáticamente cancelados. ¿Si podemos tener "socialismo para hoy", por qué preocuparnos de una revolución que sólo lo promete para mañana?

Los elementos de transición pueden en efecto surgir *antes* de la toma del poder por los trabajadores, en el seno mismo de la sociedad capitalista. Nacionalizaciones que reduzcan drásticamente el poder de los grandes monopolios, medidas de redistribución radical del ingreso, victorias decisivas de la democracia impulsada por los trabajadores, emergencia de elementos de una

cultura socialista son “anticipos de socialismo”, posibles bajo el dominio de la burguesía. Pero su aparición está íntimamente ligada a las condiciones prerrevolucionarias o revolucionarias. El verdadero sentido de esos sucesos está determinado por las relaciones de fuerzas vigentes en el conjunto de la sociedad.

¿Qué sentido real tiene el lema de *socialismo para hoy* en el México actual? En nuestro país, la clase obrera no se ha constituido aún en actor político autónomo en la vida nacional; el movimiento sindical es aplastantemente corporativo; la izquierda socialista es un movimiento disperso que cosecha la décima parte de los votos en un sistema electoral en el cual la abstención abarca frecuentemente a la mayoría de la población. En esas condiciones es un lema que se reduce a inferir que cada avance de la izquierda (una victoria en un municipio perdido en la montaña, la conquista de autonomía de un pequeño sindicato, un paso autogestionario en una universidad) representan "anticipos de socialismo". Y esto significa revivir no el fantasma de Bernstein, sino su caricatura. Al fin y al cabo el socialista alemán entretenía sus ilusiones parlamentarias y cooperativas en un país caracterizado por el ascenso había vertiginoso del poder social y político de una clase obrera que conquistado su autonomía con mucha anterioridad.

Ni el regreso a la idea de la "revolución-toma del Palacio de Invierno" ni el reformismo socialdemócrata. La alternativa -todavía imprecisa- es la revolución en la democracia: la síntesis creadora entre el humanismo occidental y el espíritu revolucionario de Oriente.

En México la búsqueda de una vía democrática al socialismo se produjo en las condiciones y lugares más diversos: la dirección del Partido Comunista Mexicano y las cárceles; la Universidad, el movimiento guerrillero y el exilio. Como todo proceso complejo, está surcado por mil historias individuales, la mayoría de ellas ligadas directamente con las luchas del pueblo mexicano.

Su inicio se remonta al año de 1956 y a la influencia del XX Congreso del PCUS. La lucha interna que se produjo en el seno del partido comunista en los siguientes años, planteó inicialmente los problemas del vanguardismo y el dogmatismo como obstáculos en el desarrollo del partido. Las ideas de una vía mexicana al

socialismo y la independencia del PCM comenzaban a despuntar. Revueltas definió antes que otros, sus posiciones antiestalinistas.

Pero el paso decisivo se dio ocho años más tarde con la simpatía que manifestó el PCM hacia la Primavera de Praga y su tajante oposición a la intervención de las tropas del Pacto de Varsovia. En la Juventud Comunista, militantes que tomaron después el camino de la guerrilla, denunciaban el burocratismo en el PCM como una forma autóctona del estalinismo. Por su parte, los comunistas encarcelados y los que participaron en la dirección del movimiento estudiantil, manifestaban en múltiples formas su solidaridad con el nuevo socialismo checo.

A partir de ese año, la política exterior del PCM cambió radicalmente. Se establecieron relaciones con partidos fuera de la órbita soviética, como el chino y el coreano y con fuerzas socialistas que tenían conflictos con los comunistas de sus países, como el Movimiento Al Socialismo de Venezuela y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria de Chile. En foros internacionales del movimiento comunista, el PCM se opuso a la condena de China y a la convocación de una nueva reunión mundial de los partidos estableció una alianza con partidos comunistas. Más tarde, se produjo un intercambio con los dos de Francia, Italia y España y se firmaron con ellos importantes comunicados conjuntos. En la campaña electoral de 1976, el PCM estableció una alianza con grupos troskistas, rompiendo viejos tabús.

LA HORA DEL NEORREFORMISMO

Un periodo especialmente importante para el avance de las nuevas ideas fueron los años de 1977 a 1979. El XVIII Congreso del PC: se alejó de los conceptos vanguardistas, reconociendo la importancia de los otros grupos existentes en México. En los documentos básicos del partido se hicieron cambios, abriendo paso a las ideas de socialismo científico en lugar del marxismo-leninismo. Siendo miembro del Comité Central, escribí varios artículos críticos sobre el leninismo, publiqué entrevistas con destacados disidentes checoslovacos y expresé públicamente mi coincidencia con ciertos aspectos del eurocomunismo.

Un grupo de intelectuales del PCM que visitó URSS para un seminario sobre problemas teóricos, manifestó abiertamente sus críticas al socialismo de Estado. En Abril de 1981, el PCM inició la publicación de la revista *El Machete* dirigido por Bartra, en la cual abundan los materiales sobre cultura juvenil, feminismo y liberación sexual, así como una aguda crítica al socialismo de Estado. Pese a su corta duración, *El Machete* contribuyó a sacudir viejos dogmas y la orientación productivista del PCM.

En el XIX Congreso se produjeron dos sucesos que influyeron profundamente en la evolución del comunismo mexicano. En prolongado y público debate, una comisión muy amplia en la cual participaban no sólo dirigentes, sino también numerosos intelectuales del PCM, elaboró las *25 Tesis para la política del PCM*. Pese a su carácter ecléctico, el documento contiene planteamientos que demuestran el avance de ideas eurocomunistas en temas tan controvertidos como la intervención de URSS en Afganistán; la crisis del marxismo y el movimiento comunista internacional; una nueva política hacia el cristianismo, el movimiento feminista, la liberación sexual y el movimiento ecologista; el abandono del concepto de dictadura del proletariado, etcétera.

El 20 de noviembre de 1981, la cuarta parte del Comité Central publicó un manifiesto que exigía una profunda democratización de la vida interna del partido. Su posición se transformó en una corriente, *los renovadores*, que luchó contra la burocratización, por el pluralismo ideológico y el derecho a las corrientes en el partido. Al plantear la necesidad de abrir las puertas del partido a otras corrientes ideológicas socialistas y al defender el derecho de las minorías a expresarse libremente en su seno, los renovadores abrían el camino al surgimiento de un partido de masas de nuevo tipo.

Pese a los intentos de la mayoría de la dirección a imponer sanciones contra los miembros de esa corriente que representaba a cerca de un tercio de los delegados, el Congreso impuso en la práctica el derecho de las minorías y eligió a un Comité Central, en el cual ésta tenía una representación de 25 % . Esto constituía un cambio en un partido que hasta ese momento había tenido una dirección monolítica. La derrota de esa corriente y la paulatina marginación de sus

miembros de las filas del PCM y más tarde del PSUM, influyó negativamente en el desarrollo interno de ese partido.

Hasta 1978, la lectura del eurocomunismo fue en México una lectura de izquierda. No entrañaba el abandono de la perspectiva revolucionaria, ni un compromiso con la vía parlamentaria al socialismo. Pero la reforma política cambió drásticamente la situación. Las posibilidades electorales y parlamentarias que se abrieron ante la izquierda socialista, crearon las condiciones para la emergencia de un nuevo reformismo.

Su expresión es más sofisticada que el reformismo de los años cincuenta y sesenta, pero su trayectoria no puede escapar al movimiento pendular de las luchas sociales de nuestro país. La pasividad actual del movimiento popular y el resquicio abierto en el sistema parlamentario y los medios de difusión, crean condiciones propicias para su florecimiento. El nacionalismo revolucionario socialdemócrata y el eurocomunismo de derecha convergen en la práctica, sin que desaparezcan sus diferencias de estilo. Pero en el momento en que el péndulo vuelva a iniciar su carrera hacia la izquierda, las ilusiones se dispersarán y la cruda realidad volverá a marcar los límites del reformismo. La violencia no es una condición inevitable del cambio, pero sin rupturas democráticas cualitativas en la vida política de México, el futuro inmediato apunta hacia la descomposición y la decadencia¹⁰.

10 El Buscón, número 13, 1984

Berlinguer, sembrador de esperanzas

Un millón y medio de italianos, 50 delegaciones políticas del más alto nivel; condolencias de los gobiernos de URSS y Estados Unidos; oración del Papa. ¿Quién era Enrico Berlinguer para merecer un homenaje tan universal? No fue el jefe destacado de un Estado poderoso como Krushchev o Kennedy. Tampoco el dirigente de una revolución triunfante como Mao Tse Tung, Tito o Fidel Castro. Menos aún un héroe trágico al estilo del Che. ¿Por qué, entonces, tanto respeto a la memoria de este sardo, de baja estatura, cabello hirsuto y expresión de intelectual torturado? Por sembrar esperanzas en un mundo que las necesita más que cualquier otra cosa.

Es posible -decía Enrico Berlinguer en 1976- una vía nueva, distinta de las socialdemócratas que, aunque habiendo realizado determinadas mejoras en las condiciones de los trabajadores, han dejado intacta la estructura del capitalismo, y distinta de los socialismos de Europa del Este, donde habiéndose superado el capitalismo, existen grandes limitaciones de las libertades políticas. Iremos por rutas inexploradas y no nos dejaremos desviar de este camino.

Para millones de italianos, Berlinguer fue el punto de referencia más coherente de una política nacional cada vez más caótica y turbulenta. Para el resto del mundo, el secretario general del Partido Comunista Italiano es el principal exponente de una corriente cuyo significado se acomoda mal al sobrenombre de eurocomunismo, porque sus ideas de significado cada vez más universal no admiten calificación geográfica. Como fenómeno político, el eurocomunismo nació hace menos de un decenio en la cuenca del Mediterráneo. Respondía a un doble reto: la intensificación de la crisis global del capitalismo y el vacío político creado en los países desarrollados por la debacle del estalinismo, la parálisis de la socialdemocracia y los fracasos de la nueva izquierda. La repentina -porque esa es la palabra que conviene- emergencia en Italia, Francia y España de fuertes partidos comunistas dispuestos a romper con la herencia de teorías, estrategias y prácticas obsoletas, que los habían condenado a una oposición estéril, parecía abrir perspectivas inmediatas para el socialismo en los países capitalistas

desarrollados y nuevos horizontes para los revolucionarios ansiosos de alternativas viables. En su tiempo, la posibilidad de que alguno de estos partidos participara en el poder fue considerada como un evento de implicaciones políticas, económicas e incluso militares decisivas.

Los obstáculos encontrados por el Partido Comunista Italiano en sus avances hacia el "compromiso histórico", el desmoronamiento del Partido Comunista Español y los retrocesos electorales del Partido Comunista Francés, que se integró a un gobierno en condiciones desventajosas, llevaron a observadores superficiales a decretar la muerte prematura del eurocomunismo. La nueva tendencia era, como las ya existentes, un fiasco. Hoy sabemos que esos juicios eran prematuros. Las posibilidades de triunfo del eurocomunismo son escasas, pero la plétora de problemas, discusiones y respuestas que acompañaron su surgimiento son actuales. Ya nadie puede dudar que el eurocomunismo es un proceso cuyos efectos sobre la política mundial no dependen de las contingencias en Italia, Francia o España.

El surgimiento del eurocomunismo es, sobre todo, un triunfo del Partido Comunista Italiano, en cuyo seno se fueron gestando con anticipación las ideas y prácticas que caracterizan la nueva tendencia, y su arquitecto principal fue Enrico Berlinguer, cuyo nombre quedará definitivamente ligado a los principales eventos que marcan la constitución de la nueva tendencia: la conferencia de los partidos comunistas en Moscú (1969), que consagró la división entre Este y Oeste sobre la invasión a Checoslovaquia; la adopción de la política del "compromiso histórico" en Italia (1972), que representa el abandono definitivo del principio de vanguardia; la conferencia de Berlín de los partidos comunistas europeos (1976), que terminó en un embate contra el leninismo y una ruptura con el principio del "internacionalismo proletario" y, por fin, la reunión de los tres partidos (PCI, PCF y PCE) en Madrid (1977), en la cual se aceptó el nombre de eurocomunismo y se redactó una declaración de principio común.

Corriente en formación, el eurocomunismo no cuenta aún con una teoría propia. Se distingue más bien por el distanciamiento de la tradición de la Tercera

Internacional y una serie de mutaciones ideológicas y políticas en algunos partidos comunistas occidentales, cuyos aspectos más salientes son:

1. Ideológicamente aparece como una ruptura teórica con el leninismo. Lenin deja de ser un filósofo universal de la talla de Marx y Engels y se transforma en un revolucionario ruso de trascendencia similar a la de Mao Tse Tung, Tito o Rosa Luxemburgo. La Revolución Rusa ya no es un modelo universal y pasa a ser un momento de significados contradictorios en un proceso mucho más vasto. Frente a la "universalidad" de los modelos soviético y chino, el eurocomunismo se pronuncia por la diversidad, el pluralismo y la autonomía de pensamiento, renunciando a considerar sus propios postulados como aplicables a todas las condiciones, culturas y países.

2. En el campo de las relaciones entre partidos comunistas, defiende los principios de la independencia organizativa, táctica e ideológica de cada partido. "No existe, ni puede existir -decía Berlinguer en 1976- una organización comunista ni a nivel europeo, ni a nivel mundial". Por lo tanto, no puede haber una estrategia y una táctica comunes, ni un alto mando comunista mundial. Del "internacionalismo proletario" se pasa a la búsqueda de afinidades con las fuerzas políticas anticapitalistas locales, sin prejuicios vanguardistas.

3. El aspecto más controvertido es la renuncia a la revolución violenta, la dictadura del proletariado y la irreversibilidad del poder del partido comunista como elementos imprescindibles en la transición al socialismo. Estos quedan reservados para los países sin tradición democrática. En la Conferencia de Madrid de 1977, los tres secretarios generales firmaron una declaración conjunta, en la cual se afirma:

Los comunistas de España, Francia e Italia se proponen trabajar para la construcción de una nueva sociedad, respetando el pluralismo de fuerzas políticas y sociales, y la garantía y desarrollo de todas las libertades colectivas e individuales: la libertad de pensamiento y expresión, libertad de circulación dentro y fuera del país, libertad sindical, autonomía de los sindicatos y el derecho de huelga, la inviolabilidad de la vida privada, respeto al sufragio universal y la posibilidad de alternancia democrática de mayorías, libertad religiosa, libertad de cultura, libertad de expresión de diversas corrientes filosóficas, culturales y artísticas y de opinión...

El eurocomunismo ve en la utilización de las formas de la democracia burguesa - elecciones, parlamento, gobiernos locales, grupos de interés- los medios fundamentales para lograr la transferencia de poder. Mientras que Lenin subrayaba el carácter táctico de esta esfera, los eurocomunistas lo ven como el centro de una estrategia para dismantelar el poder de la burguesía y marchar hacia el socialismo. Mientras existan las condiciones objetivas para la democratización del aparato estatal en el seno del capitalismo, estas instituciones deben ser vigorosamente defendidas durante todas las etapas de la transformación socialista.

4. En el escenario internacional, el eurocomunismo tiende a oponerse a una política de bloques basada en el equilibrio bipolar, a la nuclearización de Europa Occidental y la creciente prioridad otorgada a criterios estrictamente militares en la política exterior soviética.

Algunas de las ideas y prácticas características del eurocomunismo aparecieron en México casi simultáneamente que en el Sur de Europa.

Pero en un aspecto se mantuvieron las distancias hasta 1980: el compromiso con la vía parlamentaria al socialismo.

Hoy, para la izquierda, la pregunta sigue vigente: partiendo del sistema político actual y de la relación de fuerzas sociales y políticas reales en México, ¿puede adoptarse una estrategia que ve en el uso de las elecciones, el parlamento y la acción en el seno del Estado, el centro de la acción por el socialismo?

No basta dejar de importar soluciones. También debemos aprender a dejar de importar problemas. México vive en una frecuencia diferente a la del sur de Europa. Estamos enfrentados a tareas mucho más modestas que las de esos partidos: la creación de una fuerza obrera y popular autónoma, de alternativa al sistema vigente. En ese proceso, la vía parlamentaria aparece como un recurso táctico importante, pero no como el terreno propicio a la formulación de una estrategia global. El futuro más lejano conforma una imagen opaca que resiste lecturas contundentes. Si algo hay de importante en el ejemplo de Enrico Berlinguer, es que el análisis político debe partir de los hechos y no de la ortodoxia, sea ésta cual fuere. Que la moda intelectual, por brillantes que sean sus

artificios, no puede sustituir el examen riguroso de una realidad resistente y compleja, como es la nuestra.

La izquierda mexicana, que apenas se sacude de un prolongado letargo dogmático, no está necesitada de nuevas ortodoxias, pero sí de las esperanzas de nuevas vías al socialismo, que Enrico Berlinguer supo sembrar.

Recuerdo, todavía, la última vez que lo vi en una cena, con ocasión de su visita a México. Se interesaba vivamente por el problema agrario mexicano y los efectos de la industrialización en la vida de los campesinos. Intentaba comparaciones con el *mezzogiorno* italiano, con una sed de exactitud y detalle que fue una de las grandes cualidades de un hombre que rehuyó las fórmulas abstractas y tuvo una pasión inextinguible por lo real y lo concreto¹¹.

11 Proceso, número 398, 18 de junio de 1984.

Esperando a Marx

Marxismo tardío

Marx y Engels se hicieron comunistas en los años 1842-43. La década de los cincuenta fue dedicada a la elaboración de su concepción de la historia y de la sociedad burguesa. Pero su pensamiento sólo adquirió plena madurez en los sesenta. No se puede hablar de marxismo como un conjunto orgánico de teorías antes de esa fecha.

De su obra, sólo una parte estaba publicada. En los cuarenta, aparecieron *La situación de la clase obrera en Inglaterra* de Engels; *La sagrada familia* y *El manifiesto comunista* firmados por los dos y la *Miseria de la filosofía*, *La lucha de clases en Francia* y el *18 Brumario de Luis Bonaparte* de Marx, así como algunos artículos en forma de folletos.

En los cincuenta, los ensayos de Engels *La guerra de los campesinos en Alemania*, *Revolución y contrarrevolución en Alemania* y la *Contribución a la crítica de la economía política* de Marx. El primer tomo de *El capital* sólo vio la luz en 1867. Gran parte de su obra permaneció durante su vida, inédita.

La mayoría de esas obras se editaban en tirajes muy pequeños que no eran reeditados, sino mucho más tarde. Pese a que durante la Primera Internacional que se fundó en 1864, sus ideas lograron cierta difusión, eran muy pocas las personas que conocían el conjunto de ellas y se consideraban a sí mismos como "marxistas".

El marxismo no se estableció como una tendencia ideológica importante en el seno del socialismo europeo, sino hacia la década de los ochenta y logró preeminencia en los siguientes veinte años, durante los cuales los éxitos de la socialdemocracia alemana sirvieron de ejemplo a todo el movimiento obrero del viejo continente. No fue sino hacia principios del siglo XX, cuando las obras publicadas de los clásicos alcanzaron tirajes de decenas de miles de ejemplares y fueron traducidas a muchos idiomas. Lo mismo sucedía con los más destacados teóricos de la socialdemocracia. En Europa, el marxismo como gran continente de pensamiento e ideología de masas está cumpliendo cien años de vida, en el mismo momento en que conoce su crisis más profunda.

La historia del marxismo como corriente de pensamiento y como ideología de masas en América Latina es más corta, y su preeminencia mucho más reciente y localizada. Su implantación se retrasa en dos o tres décadas respecto a Europa.

Hasta la primera década del siglo XX, predominan en el socialismo latinoamericano las corrientes milenaristas, utópicas y anarquistas. En algunos países -sobre todo los de emigración europea- existe influencia marxista, pero ésta no aparece aun claramente separada de las otras.

En Argentina, Juan B. Justo (1865-1928), traduce al español *El capital* en 1895 y funda un partido socialista consagrado a la lucha parlamentaria para defender los intereses de los obreros. Familiarizado con el pensamiento de Marx y Spencer, Justo publica importantes obras teóricas e históricas.

En Chile, Luis Emilio Recabarren (1876-1924), comienza a publicar el periódico *El Trabajador* en 1903 en el cual se nota claramente una influencia marxista que Recabarren desarrolló en los años que siguieron.

En Uruguay, Emilio Frugoni (1880-1969), que ganó fama como abogado laboral, profesor, periodista y diplomático, fundó en 1904 un Centro de Estudios Marxistas y poco después un partido socialista fuertemente influido por la Segunda Internacional.

En Cuba, Carlos B. Baliño (1848-1926) que fue primero anarquista, adopta las ideas de Marx y Engels que leyó en Estados Unidos trabajando en una fábrica. En 1903, funda el Club de Propaganda Socialista que fue el primer centro de difusión de las ideas marxistas. Dos años más tarde ayudó a crear el Partido Obrero Socialista de Cuba. Cuando después de la Revolución rusa, el marxismo logra cierta difusión, debería enfrentarse al ascenso del populismo que le disputó con éxito su influencia entre los trabajadores.

¿A qué se debe esta escasa penetración del marxismo, antes de la aparición de la Tercera Internacional?

Existe, sin duda, una razón de orden social. El socialismo científico aparece específicamente como una ideología elaborada para la naciente clase obrera industrial. Sus éxitos en Europa en las últimas dos décadas del siglo XIX, están

ligados al ascenso del proletariado como fuerza política autónoma plasmada en Partidos cooperativas y sindicatos poderosos.

En América Latina, el capitalismo no destruye las relaciones precapitalistas, sino que se articula con ellas. El trabajo servil y esclavo no desaparece, sino que rodea, condiciona y permea la recién surgida clase obrera, hasta bien entrado el siglo XX. En lugar de un continente arrastrado irremisiblemente en el proceso de homogeneización capitalista, América Latina se transforma en una vasta área sumida durante décadas en un proceso de disgregación social. Las naciones tardan en establecerse. En esas condiciones, la clase obrera no logra constituirse en una clase nacional capaz de unificar en torno a su acción a todos los trabajadores. Su propia identidad se plasma en una conciencia gremial, preocupada con la autodefinición y no con los múltiples problemas de la realización nacional. La lucha por sus propias reivindicaciones económicas la separa del resto de la nación.

Esta realidad tiene sus implicaciones ideológicas. La clase obrera se ve influida por la multiplicidad de corrientes nacionalistas y liberales que revisten una orientación social e incluso socialista. La combinación de zonas de "atraso" y "modernidad" se manifiesta en un sincretismo ideológico en el cual desaparecen las fronteras entre las diferentes proposiciones. Las primeras imponen su presencia en el milenarismo, el cristianismo y el romanticismo sociales; las segundas se hacen presentes a través del positivismo y el socialismo científico. En ese mundo de mitos y verdades, mesianismo y ciencia, el marxismo se enfrenta a obstáculos desconocidos en Europa¹².

En México, los años de 1871-1918 constituyen la prehistoria del marxismo: influencia difusa, diluida en las otras tendencias; precursores tímidos y algo confusos; ausencia total como fuerza política de las grandes gestas nacionales; poco o ninguna ascendencia sobre la cultura. El marxismo no existe como corriente definida. Los afluentes principales del socialismo mexicano son el liberalismo socializante, el cristianismo social, el mutualismo y el anarquismo en sus diversas expresiones. Mientras que en la década del cuarenta del siglo XIX es

12 Proceso, número 485, 17 de febrero de 1986

el gobierno quien promueve la creación de Juntas de Fomento de Artesanos, en los años sesenta y setenta el mutualismo representa el primer esfuerzo de organización autónoma de los trabajadores. Reconoce la contradicción entre capital y trabajo y se propone superarla socializando a este último. El artesano y el obrero se emanciparán transformándose en pequeños capitalistas, unidos por lazos de solidaridad y apoyo mutuo. Se promueve la creación de cajas de ahorro, escuelas de artes y oficios, bazares para los productos nacionales.

Por lo general, el mutualismo se opone a la participación de los obreros en política, pero frecuentemente las sociedades mutualistas se transforman en los primeros escenarios de difusión de las ideas socialistas. El mutualismo no representa una forma de oposición decidida al capital, pero en la práctica, incide decisivamente en la formación de la primera organización nacional de los trabajadores: El Gran Círculo de Obreros de México, cuyo congreso inicial se realizó en el año de 1876.

Son los sucesos de la Comuna y la campaña internacional contra la Asociación Internacional de los Trabajadores que siguió, los que dieron un gran impulso al socialismo en México. La primera preocupación de los socialistas es responder a las acusaciones de los conservadores, que los acusan de trasplantar mecánicamente ideas europeas inaplicables a nuestra realidad. El socialismo, afirman, no es en México "una planta exótica imposible de aclimatarse", sino la única respuesta válida "a la espantosa miseria a que ha reducido a las clases obreras la sórdida avaricia de los ricos" (*El Socialista*, número 24, 1877).

En México confluyen todas las tendencias ideológicas existentes en la Primera Internacional: socialismo utópico, jacobinismo, prudhonismo, furierismo, cristianismo primitivo, radicalismo liberal, nacionalismo social, bakuninismo y marxismo. Pero las adscripciones ideológicas no son tajantes. Hay chisporroteo verbal, pero no discusión teórica; polémicas personales, pero no definición de posiciones irreductibles. Hombres de inclinaciones diferentes escriben en los mismos periódicos y comulgan sin problemas en el eclecticismo reinante.

Quizá el ejemplo más ilustrativo lo encontremos en Plotinio Rhodakanati, emigrado griego, que sin ser un teórico relevante, influye considerablemente en los

socialistas de los sesenta y los setenta. Sus ideas constituyen una mezcla rara de cristianismo primitivo, materialismo spinozista, furierismo y prudhonismo. Lo que separa a los hombres que protagonizaron las experiencias obreras de esas décadas, no es el análisis teórico, sino los problemas prácticos del movimiento: mutualismo o cooperativismo, participación política o abstención, colaboración con el capital o lucha de clases. Los argumentos se encuentran en las diversas escuelas o en las apreciaciones empíricas, bien sazonadas de exaltación romántica. La debilidad filosófica y teórica del movimiento socialista mexicano, se manifiesta desde sus primeros pasos. Con el advenimiento de Porfirio Díaz al poder la situación cambia. Obreros norteamericanos que trabajaban en México y mexicanos que laboran en Estados Unidos, arrastran las influencias de la famosa Industrial Workers of the World (IWW) de orientación anarcosindicalista y la American Federation of Labour (AFL) de corte reformista. Ricardo Flores Magón establece contactos con la primera e irradia su influencia en organizaciones gremiales semilegales. Dirigentes como Luis N. Morones establecen relaciones con la segunda e influyen en algunas ramas de los servicios.

Debido a las represiones masivas del gobierno porfiriano, el carácter político de las huelgas de 1906-1907 y la inminencia de la revolución que se siente venir, el anarquismo predomina hasta los primeros años de la Revolución. En la medida en que ésta desemboca en una derrota de las masas trabajadoras, se va imponiendo el reformismo *gomperista*.

¿Qué sucede mientras tanto con el marxismo?

El Gran Círculo Obrero estableció desde 1871 relaciones con la Primera Internacional. Pero la división de ésta entre bakuninistas y marxistas tuvo en México un eco insignificante. Es casi seguro que Mata Rivera fue representante ante el Consejo de Nueva York, que seguía a Marx, mientras que Zalacosta y Rhodakanati establecieron relaciones con los discípulos de Bakunin. Sin embargo, esto no hace del primero un marxista. Algunos discursos de Mata Rivera están marcados por ideas marxistas, pero otros le deben más al cooperativismo y al liberalismo radical. El historial de *El Socialista*, dirigido por él, es ecléctico y vacilante: "mantuvo relaciones -escribe José C. Valadés- lo mismo con el gobierno

que con los capitalistas y con los trabajadores". Nada hay en su trayectoria que permita identificarlo con una política marxista coherente.

Poco sabemos de las ideas políticas de Pablo Zierold, que llegó a México en 1888. Mantuvo correspondencia con dirigentes de la Segunda Internacional y fundó en 1911 el Partido Socialista Obrero, Pero su influencia parece haber sido muy reducida. El "partido" tuvo una corta vida y una membresía muy escasa. En plena Revolución sus actividades se limitaron a las tertulias caseras y alguna celebración del Primero de mayo. La revista semanal que ayudó a fundar *El Socialista*, enarbolaba el lema de Carlos Marx: "La emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos", pero estuvo dirigida por Juan Sarabia, de conocida extracción anarquista.

En México no hubo, como en otras partes de Latinoamérica, partidos afiliados a la Segunda Internacional, teóricos marxistas importantes, parlamentarios influyentes ubicados en esa corriente. Pero mucho más importante es que durante la etapa armada de la Revolución, ni la clase obrera ni el campesinado tuvieron una opción marxista hacia la cual volver sus ojos. Ante ellos, sólo se abrían dos caminos: el anarquismo o el reformismo vulgar. Acabaron perdiendo su autonomía y supeditándose a la burguesía ascendente.

La verdadera historia del marxismo en México se inicia sólo en los años 1920-30. Las nuevas ideas llegan impulsadas por las revoluciones de Rusia, Alemania y Hungría; se yerguen como respuesta a la derrota de las masas populares en la Revolución; traen un mensaje de esperanza para la intelectualidad desencantada. Entre 1919 y 1924, aparecen los primeros grupos políticos que se deslindan laboriosamente tanto del anarquismo como del reformismo vulgar y tratan de normar su acción en los principios del marxismo. La mayoría de ellos giran alrededor del Partido Socialista y el naciente Partido Comunista Mexicano y establecen relaciones con la Tercera Internacional. Nacionalistas revolucionarios como Adalberto Tejeda, Francisco L. Múgica, Narciso Bassols y Heriberto Jara actúan influidos por el socialismo científico. En los congresos del Partido Socialista de Yucatán se perciben los ecos de esa doctrina. Alonso Goldsmith, emigrado alemán, dicta en la Preparatoria los primeros cursos marxistas y publica los

Fundamentos de la economía política, con abundantes citas de Marx y Engels, en 1924-25. Las obras de Diego Rivera y Siqueiros están iluminadas por las ideas de esa corriente. Leninistas destacados como Sen Katayama Borodin y Manabendra Nath Roy visitan a México. Sólo hacia finales de la década, el comunismo comienza a penetrar la ideología de algunos sectores de trabajadores. En realidad, los mexicanos conocerán el leninismo antes que el marxismo de Marx; el socialismo revolucionario ruso, antes que el de Europa Occidental. Esta será una marca de nacimiento que los acompañará durante las primeras tres décadas de su actividad.¹³

13 Proceso, número 486, 24 de febrero de 1986.

Semblanzas

MANABENDRA NATH ROY, PRECURSOR

A fines de la Primera Guerra Mundial, México era uno de los centros revolucionarios de un mundo en ebullición. No es casualidad que un hombre como John Reed, antes que sus *Diez días que conmovieron al mundo*, haya escrito un excelente libro sobre la Revolución mexicana. Hacia 1917, los azares de la guerra y las luchas sociales en el mundo, trajeron a tierras mexicanas a un nutrido grupo de revolucionarios de diversas nacionalidades, algunos de los cuales militaron en el naciente movimiento socialista del país. La personalidad de algunos de estos hombres, su trayectoria, nos ilustran considerablemente sobre los orígenes del marxismo en México.

Uno de los más destacados, fue Manabendra Nath Roy. Nacido en Urbalia, un pueblo de Bengala (India), bajo el nombre de Narendra Batacharya, en una familia de sacerdotes (Brahamin), ingresó a la edad de catorce años al movimiento revolucionario bengalí y pronto se distinguió por su audacia en la lucha contra el dominio colonial.

Poco después del inicio de la Primera Guerra Mundial, el joven revolucionario dejó el país ilegalmente para conseguir armas para un levantamiento antibritánico. Su misión lo llevó a través de Birmania, Indonesia, China, Japón, las Filipinas y al fin Estados Unidos, en donde Narendra se transformó en Manabendra Nath Roy, nombre que lo había de acompañar hasta el final de su vida. Cuando en 1917 Estados Unidos entró en la guerra junto a Gran Bretaña, su actitud hacia el movimiento nacionalista hindú cambió bruscamente y Roy se vio obligado a huir para escapar de la persecución de la policía. Decidió dirigirse a México, que lo atraía por las afinidades que veía en su revolución con los problemas de la India.

Cuando llegó a finales de 1917, Manabendra no era un marxista, pero se había transformado ya -a través de sus contactos con los círculos radicales norteamericanos- en algo más que un nacionalista hindú. Para decirlo con sus propias palabras:

Tan pronto me convencí que no obtendría ayuda para la causa (del levantamiento armado en la India) en Estados Unidos ya sea por la parte de los alemanes o los representantes del comité revolucionario hindú en Berlín, resolví explorar otras posibilidades. El vecino México en estado de revolución permanente, parecía ser la tierra prometida. Si no podía continuar, me ubicaría ahí y tomaría, al fin, parte activa en una revolución. India ya no era mi única preocupación. Estaba aprendiendo a pensar en la revolución como una necesidad internacional.

Ya en México, Roy siguió evolucionando en la misma dirección que esa generación de luchadores -a la cual perteneció también Mella- en los países dependientes, a quien la posición tajantemente antimperialista de la Revolución de Octubre, hizo recorrer el camino del nacionalismo revolucionario al comunismo, con una rapidez que no dejó de marcar profundamente su pensamiento.

Los bolcheviques acababan de tomar el poder y el eco lejano de la revolución había atravesado el Atlántico. Todos los socialistas de izquierda se encontraban en un estado de ánimo exuberante y vivían en una atmósfera sobrecargada de grandes expectativas. Todos se sentían casi comunistas. Yo fui atraído por esa atmósfera electrizante... Culturalmente seguía siendo un nacionalista y el nacionalismo cultural es un prejuicio que muere muy difícilmente. El socialismo me atraía debido a sus connotaciones antimperialistas... el ideal de justicia social podía ser fácilmente incorporado en la jerarquía de valores que yo había heredado o en cualquier filosofía de la vida que tuviera en esos días. El antimperialismo del socialismo de izquierda estaba más marcado aún en el comunismo. Por eso... el camino del nacionalismo revolucionario al comunismo, fue corto.

En diciembre de 1918, se fundó el Partido Socialista Mexicano y Roy fue electo como su primer secretario general. Un año más tarde tenía lugar una Conferencia Extraordinaria con la participación de organizaciones anarquistas y sindicales que simpatizaban con la Revolución de Octubre, para cambiar el nombre del partido, adherirse al manifiesto de la Tercera Internacional y fundar así el Partido Comunista Mexicano (que Roy considera como el primer partido comunista organizado después de la Revolución Octubre, fuera de la URSS). En la misma ocasión, Roy fue nombrado delegado al Segundo Congreso de la nueva Internacional que debía realizarse un año más tarde en Moscú.

Para aquel entonces, los conocimientos que tenía Roy del bolchevismo se reducían a algunas lecturas casuales y una serie de rápidas y afiebradas

conversaciones con Borodín, el delegado de la Internacional que se encontraba en aquellos momentos en México. Su práctica como dirigente político se resumía a un año de actividades esporádicas a la cabeza de un partido amorfo, dependiente del gobierno de Carranza y de escasa influencia entre los trabajadores. A pesar de las innegables dotes de revolucionario que lo caracterizaban y su pasado conspirativo, Roy no era un dirigente socialista experimentado. Y los demás dirigentes del nuevo partido, a pesar de que su trayectoria era diferente, se encontraban en una situación similar.

Estos hechos ilustran las condiciones específicas en que nacieron éste y la mayoría de los partidos comunistas de América Latina. No fueron como en Europa, el resultado de la crisis orgánica de un movimiento socialista maduro, sino la hechura de grupos de revolucionarios que, galvanizados por el ejemplo de los bolcheviques, habían de iniciar la introducción del marxismo revolucionario en el movimiento obrero desde afuera. No contaban ni con dirigentes experimentados, ni con una tradición de luchas por el socialismo, ni con un movimiento sindical importante. En los principales países de Europa, el surgimiento de los partidos comunistas es la culminación de un largo proceso social; en Latinoamérica, el inicio de la lucha por la confluencia entre el marxismo y los trabajadores.

Roy dedica más de la cuarta parte de sus *Memorias* a México. Escritas un cuarto de siglo más tarde, esos capítulos no están desprovistos de inexactitudes. Y sin embargo, ¡cuántas imágenes entrañables de la historia del socialismo, cuánta información sobre los inicios del movimiento comunista, cuántas apreciaciones penetrantes y justas sobre la realidad de México! Junto a los reportajes de Blasco Ibáñez -de un signo completamente opuesto- y el libro de John Reed, se trata de uno de los testimonios más notables escritos por un extranjero sobre el turbulento México de aquellos años. Es la visión subjetiva de un hombre fuertemente influido por la coyuntura revolucionaria en el mundo y en México en los años 1917-1919, quien a pesar de sus largas peregrinaciones en tres continentes, siempre guardó un cariño especial por el pueblo mexicano.

Se puede ver -escribe Roy en sus Memorias-, que el recuerdo de la ciudad de la "Mujer Dormida", sigue persiguiéndome. No soy un nacionalista; cualquier país es tan bueno o tan malo para mí como cualquier otro... México puede ser una excepción; no puedo decir exactamente por qué... Por lo tanto, si alguna vez tengo que vivir en otro lado, iré a México. Todo puede haber cambiado; pero la "Mujer Dormida" sigue ahí y el "Volcán Humeante" está demasiado muerto para estar celoso.

En noviembre de 1919, Roy inició su viaje a Moscú para asistir al Segundo Congreso de la Internacional Comunista. Ahí conoció a los principales dirigentes de Unión Soviética y de los nacientes partidos comunistas de Europa. Electo candidato al Comité Ejecutivo de la Internacional en 1922 y miembro propietario en 1924, Roy tomó parte activa en todos sus trabajos y reuniones plenarias, así como en los congresos de la Internacional, hasta 1928. Esta actividad lo puso en contacto con muchos hombres destacados del movimiento revolucionario y le permitió legarnos en sus *Memorias*, retratos de una vivacidad y colorido extraordinarios.

Durante esos años, Roy tuvo probablemente bastante influencia en la elaboración de la política de la Internacional respecto a los países coloniales y dependientes. Antes del Segundo Congreso conversó varias veces con Lenin sobre el problema colonial, sosteniendo tesis diferentes a las del gran dirigente ruso. Este quedó impresionado por los argumentos de Roy y promovió la presentación de dos proyectos de resolución sobre este tema: el de él y uno complementario del joven revolucionario hindú, como "la mayor aproximación posible a un buen enfoque teórico y factual del problema en aquel momento".

Roy sostenía que la burguesía nacional de los países coloniales era incapaz de dirigir realmente una revolución democrática burguesa y que por lo tanto debían formarse partidos comunistas que pudieran recoger la bandera revolucionaria en el momento en que las burguesías nacionales pasaran inevitablemente a posiciones conciliatorias con el imperialismo. El revolucionario hindú consideraba que el dominio colonial no podía impedir el desarrollo del capitalismo en los países dominados. Las burguesías nacionales, aun cuando se sentían frenadas por el sistema colonial y el feudalismo, tenían demasiados intereses en el orden establecido. De ahí que podían presionar al imperialismo para negociar

condiciones más favorables para su desarrollo, pero de ninguna manera encabezarían una revolución que ponía en peligro todos sus privilegios adquiridos. En un libro que escribió en 1921, y del cual se vendieron en un año 100 mil ejemplares de su edición alemana, Roy sostenía, a diferencia de lo que opinaban la mayoría de los comunistas en aquel tiempo, que el modo de producción dominante en la India no era el feudalismo, sino el capitalismo y que debido a ello, la burguesía nacional no podía ser considerada como una clase revolucionaria.

En 1926, en el séptimo pleno del Comité Ejecutivo de la Internacional, Roy planteó la necesidad de cambiar la estrategia de la revolución en China. Consideraba que la alianza con el Kuomintang había agotado sus posibilidades y que había llegado el momento de dar a la revolución un carácter eminentemente agrario, basándose en las rebeliones campesinas. Después de alguna oposición, esta tesis fue adoptada. Roy recibió la tarea de redactar la resolución y trasladarse a China como representante de la Internacional para materializar el cambio. A raíz de esas experiencias, escribió en 1929 un libro, *Revolución y Contrarrevolución en China*, que sigue siendo un clásico sobre el tema.

Pero la principal tarea de Roy durante los primeros años de su actividad en la Internacional, fue el desarrollo del movimiento revolucionario en la India. Intentó influir en el movimiento revolucionario de su país tanto a través del Congreso Nacional hindú, como por medio de la organización de grupos independientes de obreros, campesinos e intelectuales. Con ese propósito publicó varios periódicos y tres libros sobre problemas políticos de la India. Gracias en buena parte a sus esfuerzos, surgieron las primeras organizaciones comunistas de la India en Bombay, Calcuta y Kampur, a pesar de las persecuciones de la policía inglesa.

Después del fracaso de la misión de Roy en China y la derrota de la Revolución, la situación de éste en la Internacional cambió. En 1928, en el Sexto Congreso Mundial de la Internacional que dio un agudo viraje a la izquierda, Roy -que no estaba presente- fue atacado y su línea calificada de derechista. Durante cerca de un año no contestó, pero luego comenzó a colaborar en el periódico de los dirigentes comunistas alemanes que habían sido expulsados después del cambio de política del Sexto Congreso. A raíz de ello, en el Décimo Pleno del Comité

Ejecutivo realizado en Moscú 1929, Roy fue expulsado de la Internacional "por defender su línea oportunista de unidad con la burguesía nacional y colaborar en el periódico del exdirigente comunista alemán, Brandler". Así terminó su actuación en el movimiento comunista internacional, pero no su trayectoria política. Más tarde regresó a la India en donde pasó varios años en las prisiones de los colonialistas. Después, su trayectoria se hace más zigzagueante y en los años cuarenta acabó por abjurar del marxismo, pero nunca dejó de ser una personalidad democrática importante en la India¹⁴.

JOSÉ REVUELTAS ¡PRESENTE!

Su preocupación angustiosa era el hombre; su genio, el ser la conciencia crítica de un movimiento; su hazaña, no claudicar ni ante el peligro de aniquilamiento cuando otros, menos amenazados, flaqueaban.

Ningún autor mexicano ha sabido, como Revueltas, penetrar en la miseria humana de los oprimidos; de los que arriesgan su vida por causas que no entienden; de los que libran batallas perdidas de antemano.

José fue toda su vida un militante revolucionario. No podía vivir sin participar en un partido, sin sumergirse en las gestas populares. No aceptó jamás el papel de observador imparcial. Tuvo caídas y debilidades, pero siempre prefirió luchar con su conciencia a adaptarla a las necesidades cambiantes de la vida pública mexicana. Su humanismo y su militancia lo transformaron en el espejo deformado pero trascendente de una gran tragedia: la izquierda mexicana en los años 1940-1960. La suerte de los comunistas y del marxismo en México es no sólo el *leit motiv* de la obra, sino también de la vida de Revueltas.

José era un marxista convencido y sus mejores años coincidieron con un periodo de derrota, crisis y declinación del movimiento en que militaba. ¿Cómo no iba su obra a ser amarga, escéptica, alucinante? Lo inverosímil es que, a pesar de todo, logró conservar, hasta sus últimos días, una ternura y una paciencia que lo hacían querido entre sus amigos y respetado entre los enemigos. En una izquierda en la

¹⁴ *Oposición*, 8 de enero de 1977.

cual los fracasos políticos multiplicaban las rencillas y los odios individuales, Revueltas era un hombre con pocos enemigos personales.

José Revueltas fue, quizás, el primero que señaló las causas esenciales, la raíz más profunda del desastre de los comunistas mexicanos que se iniciaba a fines del régimen cardenista y que había de durar más de veinte años. *Los días terrenales* es un grito contra el dogmatismo; un llamado de atención angustioso, no contra tal o cual error pasajero, sino contra la deformación cognoscitiva de concepción, que había de carcomerlo todo, alejando a los marxistas de la realidad nacional concreta, impidiéndoles comprender los cambios que se gestaban en el país.

La novela apareció en 1949, antes de obras como *El deshielo* o las *Memorias de Iliá Ehrenburg*, que acometió tareas similares en otras latitudes. Por eso el libro es una verdadera profecía novelada, una denuncia lúcida del dogmatismo y sus consecuencias.

En *Los días terrenales*, Fidel, el máximo dirigente de la organización, prepara un informe político y reflexiona: “Necesito reunir para hoy todos los datos, pues quiero hacer un informe muy pormenorizado y justo” y Revueltas interpreta:

Aquel hombre usaba los términos de un modo escalofriante. Lo que concebía como justo. Desde luego una narración objetiva, sí, y veraz, de los hechos, una enumeración correcta y fiel, pero sometiéndolos a una inexpugnable prefiguración de la verdad, arriba o abajo, a derecha o izquierda de cuyos límites tales hechos adquirirían un valor ajeno a sí mismos y eran, según la hábilmente amañada relación que se les diese en un sentido u otro, buenos o malos, útiles o inútiles, importantes o sin importancia... Allá arriba, en el Comité Central, era imposible que comprendiesen, no por falta de honradez para ello, sino porque simplemente no podían ver las cosas a través del compacto tejido de fórmulas en que estaban envueltas; no podían razonar sino dentro de la aritmética atroz que aplicaban a la vida... La aritmética de la vida. Dos y dos son cuatro, dos y dos son cuatro, dos y dos son cuatro.

El mensaje no fue captado. Su lenguaje era esotérico. No coincidía con la hora que marcaba el reloj del movimiento comunista; se encontraba envuelto en imágenes sombrías y a veces repelentes. Y luego Pepe era todo, menos político. La preocupación por lo esencial lo cegaba para los detalles. Por eso no supo

traducir la protesta a un idioma comprensible, no pudo dosificar su trasmisión, luchar en su defensa. Su advertencia fue entonces un grito en el desierto, y sólo después de muchos años otros compañeros entendieron. Pero la obra de Revueltas no es cosa del pasado. El enemigo no ha sido totalmente vencido y el mensaje sigue siendo increíblemente actual.

Cuando en la penumbra de este amanecer paso revista a los que han sobrevivido aquellos años, la pequeña figura de Pepe se yergue y se agiganta, su cara se ilumina con una de sus inolvidables sonrisas mefistofélicas, levanta el brazo con el puño cerrado y dice con voz firme: ¡José Revueltas, Presente!¹⁵

* * *

Conocí a Revueltas en el mes de mayo de 1959. Estaba, entonces, íntegramente dedicado a la actividad política. El XX Congreso del PCUS (1956) había abierto nuevas perspectivas para los marxistas mexicanos. Comenzaba un proceso de renovación, una intensa búsqueda de nuevos caminos, un examen crítico del pasado y Revueltas había recogido el guante con la pasión que siempre lo caracterizó. Algunos advenedizos del eurocomunismo de derecha, prefieren olvidar hoy que el primer marxista antiestalinista de México fue un radical, José Revueltas.

Habían pasado apenas dos meses de la derrota ferrocarrilera. La represión estaba en su apogeo. Las rebeliones sindicales de los años 1956-1959 eran síntomas de un renacimiento del movimiento obrero autónomo, que intentaba sacudirse la férula de una burocracia sindical enchufada al aparato estatal. El comunismo mexicano, formado entonces por el Partido Comunista, el Partido Obrero y Campesino y otros grupos menores, no supo colocarse a la cabeza del movimiento. Esto, aunado a los efectos del XX Congreso, produjo en su seno una profunda crisis.

Las obras políticas más importantes de Revueltas están marcadas por dos rupturas en la vida política nacional. La primera fue 1958; la segunda, la de 1968. Para captar su hilo conductor, la evolución de sus ideas matrices, hay que leer las dos juntas. La del primer periodo gira alrededor de dos temas centrales: la

¹⁵ *El Día*, 22 de abril de 1976.

enajenación de la conciencia de la clase obrera mexicana y el partido revolucionario. La del segundo, la renovación de la izquierda a través de la rebelión juvenil y la autogestión. Algunos de sus planteamientos no son ya actuales, pero todos sus escritos están llenos de sugerencias, chispazos, ideas visionarias válidas incluso hasta nuestros días.

En los años en que mantuve una estrecha amistad personal con José (1959-1961), produjo una cantidad impresionante de documentos políticos. La mayoría de ellos se escribieron de noche, después de terminar los guiones de cine que le permitían vivir modestamente. Revueltas era un trabajador incansable. Sus jornadas eran una sucesión vertiginosa e interminable de reuniones partidarias y elaboración teórica. Una especie de explosión creativa que se había ido gestando durante los once años que permaneció fuera del PCM. La mayoría de nuestros encuentros tuvieron lugar en su modesto apartamento. Una llamada telefónica y llegaba yo, que apenas iniciaba mi vida política, seguro de que me esperaba una sesión inolvidable. La catarata de ideas originales, brillantemente expuestas; el encanto de un suave escepticismo bañado de calor humano; la nobleza de miras eran irresistibles.

Revueltas había regresado al PCM el año mismo del XX Congreso del PCUS, cuando se iniciaba en la Unión Soviética un tímido proceso de desestalinización. Encabezaba, mediante la Célula Carlos Marx, un esfuerzo de renovación profunda de ese partido, que fracasó. Ni el movimiento ni sus dirigentes estaban maduros para una tarea de esa envergadura. Sus esfuerzos habían de costarle, primero, la exigencia de que renunciara a sus ideas y, más tarde, la expulsión. Yo en cambio, dirigía el Círculo de Estudios Flores Magón que reunía a estudiantes, jóvenes intelectuales y maestros comprometidos con el movimiento de Otón Salazar. Habíamos decidido ingresar a uno de los dos partidos comunistas. De manera que, cuando Revueltas salía, nosotros entrábamos.

Formábamos parte de dos procesos muy diferentes de la izquierda de aquellos años: Revueltas, la culminación crítica de toda una época histórica; un ajuste de cuentas con un pasado que él había vivido. Nosotros -como muchas generaciones de jóvenes revolucionarios-, un grupo que ingresaba al movimiento sin

conocimiento de ese pasado, impulsados por las luchas obreras y la represión, llenos de esperanzas y de ingenuidad. Nuestro punto de partida no podía ser la negación revueltiana.

En vida, Revueltas pensaba que su libro, *El proletariado sin cabeza* había fracasado. Sólo conoció una edición y sus partidarios eran pocos. Su juicio fue prematuro. En vida, el pensamiento revueltiano fue abundantemente plagiado por sus propios adversarios políticos y algunos años después de su muerte amplios círculos de la izquierda, comenzaron a reconocer la importancia de su mensaje¹⁶.

EL JOVEN LOMBARDO

El 5 de septiembre de 1916, fue constituida en la ciudad de México la Sociedad de Conferencias y Conciertos. Sus fundadores eran siete estudiantes del tercer año de la Escuela Nacional de Jurisprudencia: Antonio Castro Leal, Alfonso Caso, Manuel Gómez Morín, Vicente Lombardo Toledano, Jesús Moreno Baca, Teófilo Olea y Leiva y Alberto Vázquez del Mercado. Su iniciador, Castro Leal, había de decir más tarde que el propósito de la asociación fue "enterar al público de nuevos movimientos ideológicos, así como de escritores que presentaban una visión original y novedosa del mundo".

En su momento, tanto para el "público", como para las autoridades, el suceso pasó desapercibido. La suerte final de la revolución se decidía en los campos de batalla y la ciudad de México atravesaba por graves problemas de abastecimiento. ¿Qué era frente a eso, un círculo de estudios más? Sólo ahora, cuando conocemos la trayectoria de sus componentes -poco más tarde se afiliaban Narciso Bassols y Lucio Enrique Erro- se puede aquilatar la importancia del suceso. La primera generación de intelectuales posrevolucionarios entraba con paso seguro en la historia de México.

Una semana más tarde, la flamante agrupación iniciaba sus actividades con un ciclo de conferencias. Lo insólito es el tema que tres de los seis ponentes escogieron. Mientras que Castro Leal y Lombardo hablaban de socialismo, Moreno Baca disertó sobre las asociaciones obreras. Sin duda los miembros de la

¹⁶ *Proceso*, número 423, 10 de diciembre de 1984.

asociación buscaban lo nuevo. ¿Pero por qué precisamente socialismo y sindicatos? Desconocemos el contenido de las conferencias, pero la cuestión obrera estaba en la mente de todos. Un mes antes, respondiendo a una inflación galopante y un desempleo masivo, los trabajadores de la capital habían convocado a una huelga general y Carranza respondió instaurando la ley marcial y la pena de muerte "para los trastornadores del orden público". La huelga tuvo que ser levantada, pero vista como culminación de una creciente actividad obrera, no podía dejar de aparecer a los ojos del inquieto grupo como el anuncio de una de las nuevas corrientes que estaba buscando.

Para la mayoría de los fundadores de la sociedad, el asunto tuvo un sentido circunstancial. No así para el joven Lombardo que acababa de cumplir veintidós años. Era una premonición de su destino: había de pasarse la mayor parte del resto de su vida para usar el término de Gómez Morín, "observando". Caso insólito en nuestra historia, el de un joven de extracción burguesa, egresado con honores de la universidad, que adquiere preeminencia nacional e internacional a través de las organizaciones obreras.

Lombardo se hizo marxista hacia 1930-34. Para entonces, cumplía 38 años y estaba en la cúspide de su carrera. Era el principal dirigente del movimiento sindical, el ideólogo de la izquierda del Partido Nacional Revolucionario (PNR), uno de los intelectuales más influyentes de México.

¿Pero qué había sido durante los primeros diez años de su vida intelectual y política?

Filosóficamente fue un discípulo aventajado de Antonio Caso. De él heredó el rechazo del positivismo porfiriano, el ideal de la realización moral y espiritual del hombre, la oposición a la ciencia y la razón como criterios únicos de la experiencia. Tenía fe en la posibilidad de transformar la sociedad por medio de la educación. Pero no una educación positivista, sino una que promoviera la elevación moral de los jóvenes y que sirviera a los intereses de los trabajadores. Nacionalista ferviente, reconoce la diversidad de los mexicanos y propone la creación de escuelas especiales para los diversos grupos indígenas, que fomenten los aspectos positivos de su cultura. Se opone a la importación

mecánica de sistemas educativos y propone la elaboración de una concepción acorde con la realidad nacional.

En un país en el cual el anarquismo cuenta con una larga historia y el marxismo comienza a ganar adeptos, Lombardo reconoce la semilla humanista de esas concepciones, pero rechaza sus doctrinas y su práctica. Crítico del capitalismo y el liberalismo que asocia con él, coquetea con ideas de un socialismo ético, "un movimiento de rebelión contra la materialidad de la existencia... no revisión de los actuales valores". La Revolución mexicana es socialista porque "exalta al paria, eleva al campesino y dignifica al obrero". Un elemento ausente de su pensamiento es la democracia. En el Estado ve el motor principal de la emancipación de los trabajadores y se abstiene de criticar sus aspectos autoritarios y caudillistas.

En política, Lombardo es un fiel seguidor de Obregón y Calles. Ocupa numerosos puestos públicos y exalta el régimen. Sin embargo, un aspecto lo distingue de todos los intelectuales de su generación: su temprana y persistente asociación con la clase obrera y sus organizaciones. Director de instituciones de educación obrera, organizador de sindicatos magisteriales, es, desde 1923, secretario de educación de la Confederación Regional de Obreros Mexicanos. Colaborador estable de Morones, Lombardo sólo rompe con el grupo Acción cuando los conflictos de la Central con el gobierno han adquirido un carácter extremadamente violento.

Durante todo ese periodo, Lombardo es un exponente disciplinado de la corriente triunfadora de la Revolución. En ningún momento se coloca fuera de ella y no es protagonista de una sola de las rebeliones intelectuales o políticas contra el poder, frecuentes en esa época. Con un estilo muy personal, idealista y austero, expresa la teoría y la práctica de las fuerzas que han salido victoriosas de la lucha contra el porfirismo y la guerra civil subsiguiente.

El viraje marxista de Lombardo no es un caso aislado. La crisis de 1929 y el ascenso del fascismo radicalizaron al movimiento obrero y la intelectualidad democrática del hemisferio occidental. El viejo fantasma volvió a recorrer al mundo. Los intelectuales se hacían marxistas y los dirigentes obreros, comunistas.

Lo particular en México, es que el exponente máximo de ambos procesos surgió no de la oposición, sino de las entrañas mismas del régimen. Su aparición corresponde no en un ascenso de las fuerzas opositoras, sino en una evolución de la orientación del Estado. La marea popular que impulsó a Lombardo acabó por ser dirigida por Cárdenas, que satisfizo viejas demandas pero consolidó la continuidad de los gobiernos posrevolucionarios. Lombardo fue el protagonista más destacado de un viraje hacia el marxismo, sin ruptura con el Estado burgués. No fue sino hacia finales de la siguiente década, a raíz de la política de Alemán, cuando el marxista Lombardo, acabó por pasarse a la oposición ¹⁷.

TROTSKY EN MÉXICO

Hace 50 años, el 9 de enero de 1937, Trotsky llegaba a México. La entrada en Tampico de Ruth, el barco petrolero en el cual había sido deportado por el gobierno noruego, era el inicio de la última y más trágica etapa de su vida.

Ningún gobierno europeo quería ya saber de él. Para algunos era el símbolo de la revolución permanente, la amenaza roja de una clase obrera que seguía resistiendo al fascismo; para otros, el huésped indeseable cuya presencia provocaba severas protestas y presiones abiertas por parte del gobierno soviético. En Moscú se escribía el epílogo de la historia de los bolcheviques. La vieja guardia que había orquestado la gran revolución del siglo, desfilaba ante los jueces designados por Stalin para sellar con absurdas confesiones su destrucción física. Mientras tanto, el principal acusado, el supuesto responsable de mil traiciones, de los más negros crímenes contra los trabajadores del mundo, era arrojado a las playas de un lejano continente.

México fue el último refugio para el más perseguido de los grandes hombres de su tiempo. Al abrirle las puertas de su hospitalidad, Cárdenas incurría en una grave responsabilidad. Su decisión era un reto a todas las grandes potencias de su tiempo y una muestra de valiente solidaridad con los revolucionarios perseguidos del mundo que, en aquellos trágicos años, eran muchos.

¹⁷ Proceso, número 513, 1° de septiembre de 1986.

Cárdenas no sólo otorgó asilo, sino que trató al gran perseguido como huésped del gobierno mexicano. En Tampico un tren especial enviado por el Presidente, esperaba a Trotsky y a su esposa. En la ciudad de México gozó de protección policiaca y de un contacto permanente con las más altas autoridades. Cárdenas nunca le pidió que abandonara sus actividades políticas y Trotsky se abstuvo de intervenir en los asuntos internos de México. El Presidente mexicano resistió todas las presiones internas y externas contra Trotsky, y respetó su asilo político hasta el último momento, y éste le expresó en varias ocasiones su reconocimiento. Los dos hombres jamás se encontraron, pero Trotsky se entrevistó por lo menos una vez con Múgica, miembro del gabinete y uno de los más cercanos amigos del Presidente.

No obstante, su personalidad era tan polémica que su sola presencia marcó la vida política del país. Los diarios de Nueva York atacaron a Cárdenas, sosteniendo que Trotsky había inspirado las nacionalizaciones. Lombardo Toledano, quien en esos años dirigía la Confederación de Trabajadores de México, instrumentó una gran campaña antitrotskista, apoyado por el PCM, que encabezaban Laborde y Campa. Sin embargo, cuando estos últimos se negaron a participar en su asesinato, la Tercera Internacional intervino para expulsarlos. Uno de los argumentos que planteó la izquierda para negar su apoyo a Múgica en la sucesión presidencial de 1940 fue que éste "había sido el hombre de Trotsky en el gobierno de Cárdenas".

Los últimos cuatro años de la vida de Trotsky fueron de incesante persecución y de creciente aislamiento. El mundo, que se acercaba vertiginosamente a la gran hecatombe, se sentía obligado a escoger entre Hitler y Stalin y se negaba a considerar una tercera alternativa que lo convocaba a luchar contra ambos. El estallido de la Segunda Guerra Mundial hizo insostenible la posición de Trotsky. Cuando el 20 de agosto de 1940 la mano asesina de Ramón Mercader segó su vida, su aislamiento político era total.

Al término de sus días, en septiembre de 1939, el viejo visionario hizo el balance de su vida y de cien años del movimiento revolucionario, y en él reafirmó sus convicciones:

La tarea fundamental de nuestra época no ha cambiado, por la simple razón de que no ha sido resuelta... los marxistas no tienen el menor derecho (si la desilusión y la fatiga no se consideran derechos) a extraer la conclusión de que el proletariado ha desaprovechado sus posibilidades revolucionarias y debe renunciar a todas sus aspiraciones. ¿De qué sirve el individuo que, a causa de los reveses sufridos en una hora o en un día, renuncia a un propósito que se ha fijado sobre la base de toda la experiencia de su vida?

Defendió hasta el fin su idea de que el régimen estalinista no era el resultado inevitable de toda revolución socialista. Sostenía que en Rusia el atraso, la pobreza y el aislamiento habían tenido efectos desastrosos. Una vez que URSS elevara su nivel de desarrollo, la sociedad entraría inevitablemente en un violento conflicto con la burocracia estaliniana.

Trotsky se opuso a algunos de sus seguidores que consideraban que, en el fondo, el Estado soviético no era diferente al fascista y que la burocracia de éste acabaría por nacionalizarlo todo. Comprendía que existía una gran diferencia entre la intervención estatal de orientación capitalista y el papel de la burocracia en una sociedad poscapitalista. Si bien su teoría del "Estado obrero" ha sido refutada por la larga persistencia de la burocracia en el poder, es evidente que el Estado soviético no puede escapar totalmente a su origen: una revolución proletaria y socialista. Nadie puede ignorar el inmenso camino recorrido por los trabajadores soviéticos en el último medio siglo, desde los abismos del subdesarrollo a la modernidad, ni el papel jugado por URSS en el surgimiento de las otras sociedades del "bloque socialista".

En parte, Trotsky tenía razón sobre el futuro. A medida que superaba sus atrasos, la sociedad soviética comenzó a sacudirse el terror estaliniano. En 1956 llegó el XX Congreso y Gorbachov es hoy una realidad cargada de esperanzas. Pero el cambio nunca tomó la forma prevista por Trotsky. No hubo ajuste de cuentas radical con el estalinismo, sino una "desestalinización" lenta y vacilante dirigida por la misma burocracia que la protagonizó. En otros países, Checoslovaquia y Polonia sobre todo, el proceso ha tomado un cariz más revolucionario revelando

las inmensas posibilidades latentes en una sociedad que al instaurar la democracia política no puede sino crear una democracia de trabajadores. Quizá este sea el mejor epitafio para un hombre que no quiso renunciar a sus sueños pese a la "negra noche infernal" que vivió en sus últimos años¹⁸.

¹⁸ *Proceso*, número 550, 25 de mayo de 1987.

El pavo asado del dogmatismo

Después de los iniciales avances de la década de 1958 a 1968, el marxismo conoce en México su segunda oportunidad para convertirse en ideología de masas. Hablamos de posibilidad, no de un hecho consumado. Para que esto suceda, el movimiento deberá recorrer en tiempo breve un largo camino sembrado de escollos, tanto prácticos como teóricos. Uno de ellos es la tradición dogmática del marxismo mexicano.

El socialismo científico fue concebido como una filosofía de la emancipación del hombre. Desde un principio se propuso dos tareas fundamentales: descubrir las leyes del movimiento de la sociedad moderna y armar a la clase obrera y las fuerzas del cambio social ya existentes, con la conciencia de su posición y la voluntad de transformarla. Por eso su historia como teoría es inseparable de la historia del movimiento obrero en Europa y las revoluciones anticapitalistas en el mundo.

La relación entre teoría y movimiento es accidentada y cambiante. En ciertos momentos la teoría marxista cumple sus objetivos con tanta eficacia que ha llegado a convertirse en la corriente filosófica más influyente de la época. En otras, se transforma en ideología que obstaculiza la praxis revolucionaria. A veces los revolucionarios, imposibilitados para hacer, piensan la revolución: la teoría anticipa el movimiento y lo prepara. En otras ocasiones el movimiento crece a saltos, superando todas las teorías existentes. A través de esa dialéctica entre teoría y movimiento, el marxismo se ha impuesto como instrumento eficaz para la transformación del mundo contemporáneo. De ahí que la teoría marxista se hace ciencia, no sólo como crítica de las concepciones burguesas sino de su propia ideologización. Para ser revolucionario, el marxismo del presente somete a crítica el marxismo del pasado.

El marxismo es, por naturaleza, un pensamiento crítico, no un sistema filosófico cerrado ni una doctrina. No es una filosofía de la historia que proporcione leyes generales que puedan ser aplicadas a todos los tiempos y lugares, sin comprobación empírica. Tampoco es una "ciencia de las ciencias" que sirva de criterio para dar validez a los descubrimientos de las ciencias sociales y naturales.

Es un método-concepción que se desarrolla en la asimilación crítica de todas las aportaciones de las ciencias positivas. Refiriéndose al elemento revolucionario de la filosofía hegeliana que él y Marx habían retenido, Engels afirmaba que éste consistía:

En que, de una vez por todas, da el golpe de gracia al carácter definitivo de todos los resultados del pensamiento y de la acción del hombre. En Hegel, la verdad que trataba de conocer la filosofía no era ya una colección de tesis dogmáticas fijas que, una vez encontradas, sólo había que aprenderse de memoria; ahora la verdad residía en el proceso mismo del conocimiento, en la larga trayectoria histórica de la ciencia... pero sin llegar jamás, por el descubrimiento de una llamada verdad absoluta, a un punto en que ya no puede seguir avanzando, en que sólo le resta cruzarse de brazos y sentarse a admirar la verdad absoluta conquistada. (F. Engels, *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*. Marx y F. Engels, *Obras Escogidas*, T. II, pág. 381).

Pero desde que el marxismo se transfiguró en ideología de Estado y, por lo tanto, en preservación de un estatus, se acentuó drásticamente en su seno la tendencia a sustituir el proceso de conocimiento por un sistema filosófico cerrado. La idea de la existencia de un arsenal interpretativo preestablecido, independiente del proceso vivo del conocimiento -raíz de todas las concepciones dogmáticas- se volvió dominante.

Es dogmático el marxismo que se considera portador de verdades definitivas y se complace en sí mismo. Se vuelve doctrinario cuando ignora los cambios de la realidad y los avances del pensamiento para erigirse en defensor de verdades elaboradas para otras épocas. Se hace estalinista cuando coloca -en materia de teoría- la autoridad de un dirigente político o del partido por encima de los hechos y su investigación.

Entre los años 1934 y 1956, el dogmatismo dominó en forma irrestricta el movimiento comunista. El símbolo de su victoria sobre el marxismo vivo fue la publicación, en 1938, de la *Historia Partido Comunista de la URSS* (curso abreviado) redactada bajo dirección de Stalin. Su desmoronamiento se inició, lentamente, en el XX Congreso del PCUS, una crítica preliminar de la práctica estaliniana. Pero está muy lejos de haber concluido.

En esos años, los partidos comunistas estaban férreamente integrados en un movimiento único cuyo centro ideológico y político eran el PCUS y URSS. Cientos de miles de comunistas estudiaban el marxismo exclusivamente en la citada historia y en los manuales de materialismo dialéctico, materialismo histórico y economía política que elaboraban grupos de científicos soviéticos bajo el control inflexible de la dirección política. Este cuerpo doctrinario, llamado marxismo-leninismo, era considerado el único marxismo verdadero. Toda interpretación disidente era vista como una desviación intolerable y prontamente estigmatizada. La autoridad, en materia de teoría, emanaba exclusivamente de las obras de los grandes dirigentes políticos del movimiento comunista y, en cada país, de los escritos del secretario general del partido local.

En materia de teoría, éste fue el periodo más estéril que ha conocido el marxismo. La herencia marxista fue empobrecida hasta el absurdo, desterrando de sus filas a todos los pensadores y corrientes, con excepción de Marx, Engels, Lenin y Stalin. Además, la obra de los tres primeros fue sometida a censura, postergando o impidiéndose la publicación de textos que se consideraban nocivos o inoportunos. Se revivió la ortodoxia; la fidelidad a un conjunto de postulados infalibles que conformaban una doctrina.

La osificación de la teoría acabó por cavar un abismo entre teoría y práctica. La primera se volvió circular y escolástica; la segunda, pragmática y empirista. Transformada en ideología, la teoría era corregida sin escrúpulos para servir de apología a medidas políticas coyunturales. La defensa incondicional del régimen interno de los países socialistas y de su política exterior era considerada artículo de fe. El examen crítico de éstos, una traición. La ciencia, el arte y la cultura perdieron toda autonomía y fueron sometidos al dominio irrestricto de lo político y la necesidad de Estado.

El dogmatismo estaliniano se difundió en los partidos comunistas porque había condiciones objetivas propicias para ello. En URSS, al principio de los años treinta, Stalin triunfaba en la lucha por el poder e instauraba métodos dictatoriales. Luego siguieron los juicios y represiones de masas. En la Europa capitalista, a partir de 1933 se inició una lucha sin cuartel contra el fascismo que había de durar doce

años. Los comunistas acudieron a todos los frentes de batalla para enfrentarse a la bestia parda. El pueblo soviético libró una guerra antifascista heroica. Todas las demás tareas quedaron postergadas. Luego, en 1948, se inició la guerra fría. El fantasma de una nueva conflagración separó al mundo en dos campos irreconciliables que no dejaban lugar para posiciones independientes. Estas condiciones explican por qué triunfó el dogmatismo estalinista, pero no lo justifican. El marxismo contemporáneo no puede avanzar si no supera críticamente ese pasado y todas sus secuelas. Ya desde los años sesenta, el dogmatismo teórico se volvió una camisa de fuerza insoportable. En todo el movimiento se inició una lucha teórica y práctica que en cada lugar avanzaba con diversos grados de éxito. Esa lucha no ha terminado aún. Si bien en la teoría las posiciones dogmáticas han perdido su presencia, en la política y la ideología son aún muy importantes.

El periodo actual se parece, al menos en un aspecto, al que protagonizó Lenin a principios del siglo XX. El capitalismo se encuentra sumido en una profunda crisis y los obstáculos a su transformación se derivan, no tanto de la fortaleza del capitalismo y la burguesía, como de las debilidades y limitaciones del movimiento revolucionario. En esas condiciones, la teoría cobra una importancia fundamental. Nuevos problemas deben ser analizados. Nuevas fuerzas pueden ser ganadas para el socialismo. Para ello, el marxismo debe liberarse del peso de sus muertos, recuperar el poder de previsión, renovar su ideal.

EL CASO DE MÉXICO

El marxismo comenzó a difundirse en América Latina con cierta amplitud, sólo después de la Revolución de Octubre. Llegó como teoría hecha para otros continentes (América Latina nunca ocupó demasiado la atención de los marxistas europeos, atraídos por lo que sucedía con Asia y Noráfrica). En la década de los veinte, lo que se conocía de teoría era poco y, a partir de 1930, la carga dogmática -casi sin contrapartida local- se hizo extraordinariamente fuerte. En aquellos años, más que una teoría de la lucha de clases, el marxismo se difundió como teoría de la lucha antimperialista. En México, esta tendencia se vio reforzada por la

influencia de Lombardo Toledano, cuyo pensamiento está permeado de dogmatismo.

En nuestro país el dogmatismo se expresa en la asimilación acrítica de cuatro tendencias muy difundidas en el movimiento comunista hasta hace dos décadas: a) una concepción doctrinaria de la teoría que ahoga la elaboración creativa; b) una concepción de la lucha antimperialista que sobrestima el revolucionarismo de la burguesía nacional y supedita la lucha de clases a la lucha contra el imperialismo; c) una concepción monolítica del partido que ahoga la democracia interna y tiende a dificultar su enlazamiento con las masas; y d) la identificación del ideal socialista con la sociedad soviética actual y de la lucha por la independencia con la política exterior de URSS.

Pero también existen, desde mediados de los años cincuenta, corrientes que luchan por el desarrollo de un marxismo crítico. Una de ellas se expresó en el seno del Partido Comunista Mexicano por una identificación con la denuncia del estalinismo hecha en el XX Congreso del PCUS; un deslinde en los años sesenta con las teorías del antiimperialismo vigentes en el movimiento comunista, el apoyo a los comunistas checoslovacos que buscaron, en 1968, caminos democráticos de construcción del socialismo y un esfuerzo por democratizar la vida interna del partido. Desde mediados de la década de los setenta, los documentos del partido se abrieron a ideas que representan una crítica más decidida de las concepciones dogmáticas.

En el campo de la teoría, el primer marxista que inició aquí la crítica del dogmatismo estaliniano fue José Revueltas. Su libro *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*, escrito en 1961, representa un retorno al método de Marx y una crítica de la concepción doctrinaria del marxismo. En su obra, José Revueltas ataca la teoría de la "burguesía nacional" que predominaba en el socialismo mexicano y ofrece, desde una posición proletaria, el primer estudio sistemático de la génesis y desarrollo de la ideología de la burguesía mexicana.

Debido al lento desarrollo del movimiento obrero y lo reducido de la intelectualidad ligada a las luchas por el socialismo en aquel tiempo, su obra tuvo poca influencia inmediata. Pero hoy resaltan más que nunca los aspectos que constituyen aportes

al desarrollo en México de un marxismo vivo, crítico y revolucionario. Desde principio de la década de los setenta, se han multiplicado las aportaciones marxistas teóricas, así como los estudios de la economía, la historia, la política y la cultura en nuestro país. Muchas de ellas representan una ruptura con el dogmatismo y un esfuerzo por restablecer la unidad entre teoría y práctica. Todo eso ha contribuido a preparar las condiciones para el surgimiento de una teoría marxista revolucionaria en México.

El tránsito del dogmatismo "marxista" al marxismo revolucionario requiere, ante todo, reivindicar el papel específico de la teoría. Las experiencias revolucionarias de Cuba, Chile, Venezuela, Nicaragua y El Salvador demuestran que en América Latina la hora del marxismo dogmático ha pasado para siempre. Para recuperar o bien ocupar un papel dirigente en la lucha por el socialismo, los comunistas latinoamericanos deben renovarse teóricamente. Hoy la teoría marxista no puede ser vista como un baluarte sitiado, cuyas verdades deben ser defendidas a todo precio sino como un proceso de renovación metodológica e investigación empírica; un derrumbe de mitos, prejuicios y falsas representaciones que impiden a las fuerzas del cambio comprender su realidad y su papel; como síntesis viva de un movimiento de masas.

El pensamiento de Marx es crítico y radical. En 1843 éste escribía en una carta a Arnold Ruge:

Hasta ahora los filósofos tenían sobre sus escritorios las respuestas a todos los enigmas y la gente obtusa y esotérica sólo tenía que abrir la boca para que el pavo asado del conocimiento absoluto cayera en ella... Si la construcción del futuro y el resultado final de todos los tiempos no es asunto nuestro, es todavía más claro lo que debemos lograr en el presente: Me estoy refiriendo a la crítica despiadada de todo lo que existe, despiadada en el sentido de que la crítica no tiene miedo de sus propios resultados ni de entrar en contacto con los poderes establecidos.

Pero esta crítica, "que no tiene miedo de sus resultados", no se aplica sólo a la sociedad burguesa. Debe incluir al movimiento revolucionario y a los países socialistas. La crítica radical de todo lo que existe significa la crítica de la sociedad contemporánea en su conjunto. Sin ella, no hay socialismo revolucionario¹⁹

¹⁹ *El Machete*, número 1, abril 1980

LENIN Y EL LENINISMO

Entre la obra de Lenin y nosotros, están las interpretaciones que de ésta hicieron sus discípulos de los años veinte; la versión estalinista del leninismo; el leninismo erigido en ideología oficial y oficialista por los gobiernos de algunos países del socialismo de Estado.

El mundo actual es muy diferente al de hace tres o cuatro décadas. El ritmo de los cambios se ha acelerado vertiginosamente. Si se desea aprovechar todo lo que permanece vivo y revolucionario en la obra de Lenin es necesario, ante todo, regresar a sus escritos y someter a una crítica despiadada las interpretaciones que han castrado su significado y nuestra capacidad de comprenderla.

En su folleto, *Fundamentos del leninismo*, publicado en 1924 José Stalin define al leninismo en los siguientes términos: "El leninismo es el marxismo de la época, del imperialismo y la revolución proletaria. Para ser más exactos, el leninismo es la teoría y táctica de la revolución proletaria en general, la teoría de la dictadura del proletariado en particular".

En una obra de la misma época, Zinoviev es todavía más tajante: "Hay que decir - afirma- que en el presente, fuera del leninismo no puede existir un marxismo revolucionario". Y continúa: La definición de las partes integrantes del marxismo dada por Lenin en 1913, no es ya completa, porque falta *Lenin*. El verdadero Marx es ahora imposible sin Lenin". Como puede verse, los dos contendientes por el poder después de la muerte de Lenin, coinciden plenamente en estos puntos:

1. La contribución de Lenin al pensamiento socialista es de la misma naturaleza que la de Marx ("es el marxismo de nuestro tiempo").
2. La obra de Lenin es la única continuación auténtica de Marx en nuestra época y por lo tanto excluye cualquier interpretación diferente u opuesta a la de él. Veamos la primera de estas proposiciones. Así como Marx domina el pensamiento socialista de los años 1844-1880, la figura más destacada del socialismo de principios de siglo XX es, sin duda, la de Lenin. En la Segunda Internacional no es posible encontrar un pensador cuya obra haya penetrado con tanta profundidad en la realidad de su tiempo, que haya contribuido en forma tan multifacética a la

conformación de la conciencia revolucionaria de la clase obrera, de la revolución socialista. En verdad, si existe en el pensamiento revolucionario una figura que por su genio sea comparable a la de Marx ésta es, sin duda, la de Lenin. Es más, ningún pensamiento revolucionario contemporáneo puede ignorar, las contribuciones de Lenin. Pero todo esto no responde a la pregunta inicial: ¿Es la contribución de Lenin al pensamiento socialista de la misma *naturaleza* que la de Marx? ¿Puede decirse que el *leninismo es el marxismo de nuestro tiempo*?

La respuesta debe ser negativa. Marx representa una ruptura en el pensamiento universal: es el creador de un nuevo método de la aprehensión de la realidad, el materialismo dialéctico y el primer teórico de un *weltanschauung* de carácter netamente socialista. Lenin es el teórico del imperialismo, de la ola inicial de revoluciones proletarias, el organizador del partido que dirigió la primera revolución de orientación socialista victoriosa. Su obra no es menos trascendente que la de Marx pero más limitada y nacional. *La vigencia de Marx es diferente a la de Lenin y por eso el leninismo no es el marxismo de nuestro tiempo.*

En lo que se refiere a la segunda proposición: la obra de Lenin tampoco puede ser considerada como la única continuación auténtica del pensamiento de Marx, ni a principios del siglo XX, ni mucho menos en la época posterior.

Muerto Marx, el marxismo se propagó rápidamente en el seno del movimiento obrero europeo. En los años de 1880-1925 aparecieron una pléyade de brillantes pensadores que desarrollaron el marxismo no sólo en la política, sino también en los más diversos campos de la cultura: filosofía, historia, economía, sociología, estética, etcétera.

El grupo más importante apareció en Alemania. Basta recordar los nombres de Augusto Bebel (1840-1913), Franz Mehring (1846-1919), Carlos Kautsky (1854-1938) y Rosa Luxemburgo (1870-1919). En Holanda, Anton Pannekok (1873-1960) hizo importantes contribuciones. En Austria, Max Adler (1873-1937), Rudolph Hilferding (1877-1943), Karl Renner (1870-1950), Otto Bauer (1882-1938). En Rusia, Plejanov (1856-1918) y Trotski (1879-1940).

Una brillante generación, un poco más joven, comenzó a actuar en los años de la Revolución de Octubre. Entre ellos deben citarse a Georg Lukács (1885-1975),

Karl Korsh (1886-1971), Antonio Gramsci (1891-1937), Fritz Strenberg (1895-1963), Henryk Grossman (1881-1950) y naturalmente, los mismos compañeros de Lenin, Bujarin, Lunacharski, Riazanov, etcétera.

Algunos de ellos coincidieron con Lenin en ciertas cosas y discreparon en otras. Muchos se internaron en campos que Lenin no abordó o tocó sólo marginalmente. Ya desde entonces, el marxismo es una turbulenta corriente del pensamiento contemporáneo llena de cataratas y remansos. Ignorar a esos pensadores, excluirllos del marxismo, reducir a éste a su exclusiva expresión leninista es empobrecerlo, mutilarlo. El primero en rebelarse contra tal proceder, hubiera sido el mismo Lenin y seguramente lo secundarían muchos compañeros más cercanos, como Riazanov que ahogado por la ola de dogmatismo creciente, lanzó con todo valor en plena Academia de Ciencias Soviéticas, una frase lapidaria: "Soy marxista y por lo tanto, comunista, pero no me considero ni bolchevique, ni leninista"²⁰.

²⁰ *El Día*, 20 de abril de 1976

El llamado de la patria

Nacionalismo y Revolución

Dos son las ideologías que dominan la historia de los últimos doscientos años: el mito de la nación y la visión de la revolución mundial.

La idea de la nación como fuente de todos los valores sociales y la identidad individual, de vehículo de acción colectiva y portador de un destino histórico, ha inspirado los anhelos y la acción de pueblos enteros. La visión mesiánica de una revolución social capaz de abolir todas las formas de explotación y opresión hermanando a los hombres y las mujeres por encima de diferencias raciales y nacionales, ha motivado movimientos sociales de una trascendencia incalculable. La relación entre las dos ha sido oscilante y cubre desde la identificación casi completa, hasta la confrontación mortal. El escenario de sus encuentros ha sido tanto local como global y ha estado sujeto a múltiples vicisitudes de circunstancias, tiempo y lugar.

En Europa, la crisis de la religión en el siglo XVIII minó el sentido de identidad cristiana. Su sustituto fue la nación. Fuera de sus lealtades parroquiales, el hombre feudal sólo conocía la unidad en Cristo. En cambio en los siglos XIX y XX es ante todo inglés, francés, alemán, español. Si la historia de muchas naciones europeas se remonta a los siglos XV y XVI, el nacionalismo como ideología dominante y masiva sólo aparece con la Revolución Francesa. La nación como fenómeno histórico, es algo muy diferente al nacionalismo. Primero es la sociedad concreta, segundo, el mito tejido a su alrededor. Generalmente, las naciones albergan en su seno diversas versiones de nacionalismo, pero una de ellas acaba imponiéndose y confiere a su portador el papel de clase nacional.

En la Europa del siglo XIX existen diversos tipos de nacionalismo, que pueden agruparse someramente en dos grandes grupos: uno revolucionario o popular y el otro conservador o reaccionario.

La creadora del nacionalismo revolucionario es la Revolución de 1789. En la Francia prerrevolucionaria, la idea de nación giraba alrededor de la monarquía, sus instituciones y la cultura que parecía emanar de la corte. Los revolucionarios franceses no podían ver a los reyes dinásticos como padres de la nación, ni se

sentían obligados por las iniciativas nacionales del *ancien regime* y sus gobiernos basados en el derecho divino. Considerando la voluntad popular como la única fuente de nacionalidad, crearon una nueva imagen de la nación. La obra básica del nacionalismo revolucionario francés es la del abate Sieyes, *¿Qué es el Tercer Estado?* Para él la nación se identifica con un proyecto revolucionario.

"Ya lo hemos dicho -escribe- una ley común y una representación, he aquí lo que forma una nación" y el portador de ella, es el Tercer Estado el pueblo porque sólo por su trabajo se sostiene la sociedad. "¿Quién se atrevería a decir que el Estado Llano no tiene en sí todo lo que es preciso para formar una nación completa? Es el hombre fuerte y robusto del que un brazo está todavía encadenado. Si se le despojase de la clase privilegiada, la nación no vendría a menos, sino que iría a más. Así, ¿qué es el Estado Llano? Todo, pero un todo trabado y oprimido. ¿Qué sería el Tercer Estado sin la clase privilegiada? Todo, pero un todo libre y floreciente... No basta haber demostrado que los privilegiados, lejos de ser útiles a la nación la debilitan y la perjudican, sino que es preciso también probar que la clase noble no entra en ningún caso en la organización social; que puede muy bien ser una carga para la nación, pero que nunca puede llegar a formar parte de ella".

Sieyes es el precursor de un nacionalismo que se propagará como reguero de pólvora por el viejo continente: La revolución crea a la nación, ésta se integra por las "clases productivas" excluidas de los privilegios del viejo régimen, su base son los ciudadanos libres e iguales, ajenos a toda división estamental. La coalición de todas las viejas monarquías contra la Francia revolucionaria, la actividad hostil de los nobles franceses convertidos en emigrados en tierras ajenas, produce una respuesta de efectos expulsivos: la fusión del patriotismo con el ardor revolucionario. El pueblo francés se ve envuelto en una guerra revolucionaria.

La defensa de la nación se identifica con la lucha contra la reacción mundial. *La Patrie en danger* es sinónimo de *La revolution menacée*, *levée en masse* es *Le peuple en armes*. Ha surgido una epopeya cuyo ejemplo, repetido en Rusia, China, Yugoslavia, Vietnam y Cuba acumula un poder de atracción mucho más poderoso que cualquier programa de transformación social.

Frente a la idea de la nación como pueblo revolucionario, la reacción levanta la bandera de la nación como entidad ahistórica, como esencia. Pasado histórico mítico, destino manifiesto, raza, tradición, pueblo elegido, son los componentes de un nacionalismo muy diferente.

El ejemplo más saliente de la nueva versión se origina en el romanticismo alemán, que influyó decisivamente en el desarrollo de la idea de nación en ese país, los románticos creían en una *Verlorene Heimat*, la "patria perdida", una condición pasada de perfección espiritual. Se intoxicaron con las expresiones místicas de épocas pretéritas, cuyo encanto fue para ellos una revelación. La fuerza de la mitología alemana y la Edad Media con su variedad creativa y sus catedrales góticas, se transformaron en la prueba irrefutable de la existencia de esa "patria perdida" que debía ser restaurada. Gradualmente desarrollaron una especie de nacionalismo cultural que culminó en la teoría de que los alemanes debido a un espléndido pasado revivido en el seno del pueblo, estaban destinados a aportar las soluciones a los problemas que asediaban a la humanidad enferma.

A los ojos de los románticos los alemanes adquirieron la estatura de un pueblo elegido por su esencia misma. Fichte, cuya filosofía influía decisivamente en ellos, repetía incansablemente que éstos constituían un *Urvolk*, un pueblo primario, que estaba llamado a redimirse redimiendo a la humanidad. Karl von Savigny ratificaba esa concepción ultraconservadora en los siguientes términos: El concepto de pueblo "no debe restringirse a la reunión de los individuos existentes en una misma época; debe por lo contrario considerar al pueblo como una unidad en el seno de la cual se suceden las generaciones; unidad que enlaza el presente con el pasado y el porvenir". El camino que separa a una supuesta superioridad nacional de un rechazo violento de todo lo extranjero, fue fácil de recorrer. Un pueblo así concebido, era el sujeto idóneo para la unidad alemana bajo la égida de los Junkers y el Imperio.

Las semillas del nacionalismo popular y el reaccionario fueron sembradas casi al mismo tiempo. Desde entonces, habían de germinar infinidad de veces,

impulsando a la humanidad hacia cimas abismos cuya imagen sigue rondando nuestros sueños.²¹

1914: LA HORA DE LA VERDAD

La primera gran confrontación entre el mito de la nación y la visión de la revolución mundial, se produjo en el seno de la clase obrera europea en el año de 1914.

Durante veinte años, la Segunda Internacional había predicado el internacionalismo: por encima de las diferencias nacionales, la clase obrera tenía un objetivo común, la abolición del sistema capitalista. Desde sus primeros congresos, los conflictos nacionales, es decir los problemas de la guerra entre Estados capitalistas y el colonialismo habían sido objeto de acaloradas discusiones. En los últimos años de su existencia, se transformaron en la más importante de sus preocupaciones.

Ya antes de la fundación de la Segunda Internacional (1889), el viejo Engels vislumbraba la posibilidad de una guerra general en Europa con sus terribles consecuencias. Sólo que para él ésta podía desembocar únicamente en la victoria de la clase obrera. En 1887, escribía:

Ocho a diez millones de soldados se devorarán unos a otros y, al hacerlo devorarán Europa entera... el hambre, las enfermedades, la inevitable brutalización del ejército y de la masa de la población; el deslizamiento insuperable de nuestra artificial estructura comercial, de la industria y del crédito, que acabará en una bancarrota general; el colapso de los antiguos Estados y de su gobierno tradicional, de forma que las coronas rodarán por el suelo por docenas y nadie estará allí para recogerlas; es absolutamente imposible predecir en qué acabará todo y quién surgirá de la lucha como vencedor. Sólo un resultado es perfectamente previsible: el agotamiento general y la creación de las condiciones para la victoria final de la clase obrera.

Aún cuando la Internacional era pacifista, sus dirigentes más influyentes nunca supieron resolver la contradicción entre una visión internacionalista de clase y los intereses nacionales en que estaban inmersos los trabajadores de sus respectivos países. Jaurés, uno de los máximos exponentes del socialismo francés, predicaba

²¹ *Proceso*, número 501, 9 de junio de 1986

la sustitución de los ejércitos profesionales por la milicia popular, pero llamaba a los franceses a resistir con las armas, cualquier ataque alemán. Bebel, el hombre fuerte de la socialdemocracia alemana, era un firme defensor del pacifismo, pero sostenía que si Rusia, “campeona del terror y la barbarie”, invadía suelo alemán, la socialdemocracia debía ser la primera en defenderlo.

Se hablaba mucho acerca de cómo impedir el estallido de una guerra, pero se evitaba con horror el tema de la posición que debía adoptarse si, pese a todo, ésta se producía. Por fin, en 1907 el tema no pudo ser ya soslayado. En el Congreso de Stuttgart se discutió apasionadamente una propuesta de Vaillan y Jaurés. Esta reafirmaba el derecho de toda nación a defenderse contra una agresión. Pero en el caso de una guerra agresiva se proponía impedir su extensión, por medio de la acción de la clase obrera internacional que debía recurrir a todos los medios, desde la acción parlamentaria y la agitación pública hasta la huelga general y la insurrección.

Bebel se opuso tajantemente a la segunda parte de la resolución. Sostenía que en las condiciones alemanas era imposible hablar de huelga general o insurrección. Pintó un lúgubre cuadro de seis millones de hombres movilizados (¿Con quién se realizaría la huelga?), la exaltación chovinista de la nación... la ley marcial y las cortes militares que juzgarían a los huelguistas como traidores... y propuso en su lugar una fórmula vaga que llamara a luchar contra la guerra de agresión “por todos los medios que se juzgaran apropiados”. Guesde, el socialista francés, lo apoyó con el argumento de que la huelga general pondría inmediatamente en desventaja al beligerante con la clase obrera más consciente.

¿Pero cómo distinguir una guerra de agresión de una defensiva? ¿Con qué medios se podía derrotar al militarismo en acción, si se excluía a los más drásticos? ¿Cómo coordinar la acción de los trabajadores de los países beligerantes? Estas interrogantes quedaron sin respuesta.

En los meses que precedieron a la explosión de la guerra, se hizo patente la impotencia de la Internacional ante la marea patrioterica que anegaba rápidamente a Europa y la disposición agresiva de las potencias imperialistas. Pese al pacifismo verbal, los líderes no estaban preparados para oponerse a la guerra con

hechos, porque ninguno de ellos pensaba seriamente en la revolución. Y los sucesos probaron que una vez desencadenada la guerra, lo único que podía pararla era precisamente esa revolución. Por eso, una vez iniciado el conflicto armado, los viejos líderes votaron los presupuestos de guerra, apoyaron la movilización masiva, llamaron a suspender la lucha de clases y se integraron a "gobiernos de salvación nacional". Unos con entusiasmo y otros con reticencias, todos se hicieron partícipes de la danza macabra nacionalista. Fue así como, a la hora de la verdad, en el seno de la Segunda Internacional, el mito de la nación se impuso a la visión de la revolución. Los logros obtenidos por los trabajadores en sus países, en los años de auge, se transformaron en un obstáculo insuperable al internacionalismo revolucionario.

El resto fue una larga noche de pesadillas. La conflagración produjo una gigantesca reversión de valores. El odio, la crueldad, el engaño se transformaron en expresiones obligadas de patriotismo. La destrucción se volvió deber; el asesinato en masas, misión sagrada. El nacionalismo de las masas adquirió una ambivalencia repelente: espíritu ardiente de autosacrificio y odio salvaje hacia el enemigo diabólico; camaradería heroica en la lucha y xenofobia agresiva hacia todo lo extranjero; disposición al martirio y decadencia moral extrema. En las trincheras, la ideología del pueblo y la estructura política sufrieron cambios irreversibles. Surgió una nueva solidaridad y una nueva élite ajenas totalmente a las del partido, el sindicato y la fábrica. La solidaridad de hombres unidos accidentalmente para enfrentarse a la muerte y compartir sufrimientos inenarrables. Ahí se plantaron las semillas de las tropas de asalto de los grupos *puchistas* que germinarían en el fascismo de la posguerra.

Sólo después de cuatro años de lucha sangrienta, la locura colectiva comenzó a disiparse. Las revoluciones de Rusia, Alemania, Hungría, marcaron un renacimiento de la idea de la transformación social. Pero el daño era irreparable, el nacionalismo del siglo XX se transformaría en el antídoto más eficaz a la idea de una transformación radical de la sociedad. Los elementos constitutivos de un

Mussolini, y un Hitler, de Superman y Rambo, estaban dados, y serían conjurados varias veces para llevar disciplinadamente a la humanidad.²²

²² Proceso, número 502, 15 de junio de 1986.

Los orígenes del nacionalismo árabe

El miércoles 5 de febrero de 1958, el presidente Nasser proclamaba ante la Asamblea Nacional en El Cairo, la constitución de la República Árabe Unida. El 14 del mismo mes, los reyes de Irak y Jordania hacían público un acuerdo con el cual se constituía la Federación Irako-Jordana. De esta manera en un lapso de 15 días se realizaban dos uniones por las cuales se luchaba y conspiraba, infructuosamente, durante varios siglos.

El patético discurso de Nasser y la corta declaración Irako-Jordana, constituyeron el punto culminante en dos procesos sociales: El movimiento nacionalista árabe moderno, cuyas fuentes se remontan al siglo XIX, y la guerra fría que durante los últimos cinco años se ha desatado con virulencia inusitada en esa parte del mundo.

El nacionalismo árabe surgió en el siglo XIX y su cuna fueron los círculos intelectuales y los de la clase media Siria (que en aquel entonces abarcaba a Líbano y Palestina) y Egipto. En un principio, el movimiento tomó la forma de rebeliones de intelectuales contra el Imperio Turco, ya en plena decadencia. La reacción otomana ante el desmoronamiento de su imperio fue violenta y victimó súbditos cristianos y musulmanes por igual. Las sangrientas represiones contra búlgaros, armenios y árabes apagaron, momentáneamente, los brotes de rebeldía, pero volvieron a resurgir cada vez más amenazantes. El vacío que iban dejando los otomanos al perder la hegemonía, fue rápidamente llenado por las potencias europeas que en aquella época estaban ampliando a pasos agigantados sus imperios coloniales. Aún antes que los otomanos perdieran el dominio político de la región, la influencia y dominación anglo-francesa (parcialmente la alemana también), se dejaban sentir fuertemente.

El capital europeo se infiltró rápidamente en los países que formaban parte del Imperio Turco. En 1856, los ingleses obtuvieron la concesión Smirna-Kassaba y los alemanes entraron en escena en 1888 con la concesión de las líneas férreas en Mesopotamia.

Casi todos los servicios públicos: agua, gas, transportes, en los países árabes, estaban desde la segunda mitad del siglo XIX en manos de compañías occidentales: francesas, inglesas y belgas. En Egipto (único país árabe del cual existen estadísticas de aquella época) en 1914 el 92 por ciento del capital de las sociedades, que ascendía a 100 millones 152 mil libras esterlinas, estaba controlado por intereses extranjeros y la situación en la industria sirio-libanesa e irakense era similar.

Este proceso económico fue acompañado por una infiltración cultural y política que frecuentemente constituía un obstáculo para el desarrollo de la cultura nacional propia. Hacia 1908, por ejemplo, instituciones educativas francesas, británicas y estadounidenses dominaban la vida intelectual de Siria y Líbano. Ciento cuarenta escuelas británicas tenían alrededor de diez mil alumnos. Varias escuelas estadounidenses tenían seis mil mientras que las escuelas francesas católicas y laicas contaban con veinte mil. En estas escuelas la enseñanza se hacía en el idioma de los patrocinadores y se estudiaba el árabe como idioma secundario o no se estudiaba. Hasta hoy en día, algunos miembros de la clase rica no hablan ni escriben correctamente su propio idioma: el árabe.

La culminación del movimiento antiturco vino con la Primera Guerra Mundial. Una rebelión, encabezada por Al Hussein Ibn Ali rey de Hedjaz (Península Arábiga) y su hijo Feisal, unió a las tribus guerreras de beduinos. Las tropas rebeldes aislaron a la guarnición turca de Yemen, conquistaron las principales ciudades de la Península Arábiga, se unieron con los ingleses en Acaba, contribuyeron a la victoria final de Allenby sobre los turcos y entraron victoriosamente en Damasco el primero de octubre de 1918. Son de citarse también la ayuda de los soldados regulares egipcios a estas operaciones y los levantamientos en Siria y Líbano contra el sanguinario gobernador Jamal Pasha.

Mientras tanto, los aliados determinaban el futuro de los árabes en una serie de acuerdos contradictorios. En la correspondencia Hussein-MacMahon se prometía a los árabes la independencia política; al mismo tiempo en el acuerdo Sykes-Picot se dividió el fértil creciente (Siria, Líbano, Irak y Palestina) entre Gran Bretaña y Francia, y en la declaración Balfour del 2 de noviembre de 1917, se prometió la

creación de un hogar nacional judío en Palestina. A partir de entonces el nacionalismo árabe se tornó principal mente contra las potencias coloniales europeas. En 1920 Feisal el Gran Consejo Administrativo de Líbano desconocieron el mandato francés. El general Gouraud, gobernador francés desterró a los miembros del Consejo Libanés, invadió Siria, derrotó a las fuerzas de Feisal en Maisalum, ocupó Damasco y desterró también a éste, quien en 1921 aceptó de los ingleses el trono de Irak. En este país había explotado un año antes, una rebelión que 130 mil soldados ingleses no pudieron dominar hasta que recibieron refuerzos.

En Egipto surgió un movimiento de liberación que culminó con el logro de la independencia condicional en el año 1922.

Los árabes no pasaron de la tiranía turca a la tutela franco-inglesa voluntariamente. La debilidad de sus movimientos nacionales y la fuerza de las tropas aliadas estacionadas en este sector del mundo a fines de la Primera Guerra Mundial, fueron los principales causantes de este desenlace. Las luchas por la liberación se sucedieron durante la década de los treinta y la Segunda Guerra Mundial. Irak acabó por conquistar su independencia —condicional— en 1932 y Siria y Líbano en 1946.

La idea de un gran Estado, que abarcara a todos los árabes, era ya popular entre los nacionalistas a fines del siglo XIX. Después de la Primera Guerra Mundial, esta idea fue pasando a segundo plano a medida que se fortalecían las características específicas de cada uno de los Estados recién formados. Sin embargo, los líderes árabes siempre vieron en la partición de su mundo en Estados, un obstáculo a su desarrollo, y revivían de vez en cuando el proyecto de la unificación sobre todo en la forma del plan para la creación de la Gran Siria, que uniría a Jordania, Irak, Siria y Líbano. Durante la Segunda Guerra Mundial se pensó otra vez en la unión de los países árabes bajo el auspicio inglés. Hacia 1942, Nuri Said, anglófilo y primer ministro de Irak, dio los primeros pasos en este sentido, y propuso la unión federativa de Líbano, Siria, Irak y Palestina. El plan fracasó debido a que era patrocinado por una potencia colonial y a la oposición de Ibn Saud, Egipto y algunas familias sirio-libanesas que temían la disminución de su poder.

En vista del poco éxito logrado, la iniciativa pasó a manos de Egipto, cuyo ministro Najas Paja logró después de dos años de esfuerzos formar la Liga Árabe, que es una asociación de Estados independientes. El pacto fue firmado en 1943 y ratificado al terminar la guerra en 1945. Sus miembros son Irak, Arabia Saudita, Líbano, Egipto y Yemen. La Liga logró aumentar la cooperación cultural, técnica y económica entre los países miembros, pero en lo que respecta a la acción política demostró ser un organismo poco eficiente. Uno de los fracasos que casi le costó la existencia fue la guerra contra Israel. La tirantez llegó a su cima en 1950, cuando el rey Abdullah de Jordania, que era reconocido como representante máximo del grupo hashemita, decidió boicotear la junta de la Liga, y Egipto propuso su expulsión de ese organismo. El frente hashemita-egipcio, que llevó a la formación de dos uniones separadas, no es por lo tanto un factor nuevo en el Cercano Oriente, y tampoco es nuevo el hecho de que los reinos hashemitas son fundamentalmente anglófilos, mientras que el nacionalismo egipcio ve en el colonialismo occidental a su principal enemigo.

Después de la Segunda Guerra Mundial, Siria se encontró entre estas dos tendencias y se inclinó hacia una u otra, de acuerdo con los cambios de gobierno, que acontecían constantemente en ese país.

La sucesión vertiginosa de eventos que siguieron, puede ser comprendida solamente a la luz de la guerra fría, en la cual se vio envuelto el nacionalismo árabe. Las contradicciones entre las potencias occidentales y la lucha de éstas contra URSS, ha sido el obstáculo principal con las que se enfrentan las naciones árabes con región estratégica.²³

23 Excélsior, 9,10 y 11 de junio de 1966.

Nacionalismo conservador

Una vez más las fiestas patrias fueron ocasión de desbordamiento nacionalista. En un México desgarrado por la crisis, en la cual los polos de riqueza y miseria se acentúan a paso veloz, los voceros oficiales volvieron a reiterar su compromiso nacionalista. Por lo general, se trata de declaraciones patriotas de adhesión a héroes y valores imperecederos y... vagos. En vista de que en 1985 se cumple el 175 aniversario de la Independencia y el 75 aniversario de la Revolución, se creó, inclusive, una comisión nacional para organizar las celebraciones que tendrán lugar en todo el país. Pero nadie se preocupó en llenar de contenido concreto, actual, preciso, esa idea de nacionalismo patriótico.

Desde sus orígenes, el nacionalismo mexicano ha tenido expresiones autoritarias y conservadoras, así como democráticas, populares y revolucionarias. Como ideología de autodeterminación e independencia, de identidad y cultura colectiva particular, alberga tendencias de signos opuestos.

Hace mucho que la versión oficial ha colocado en la sombra figuras como las de **Fagoaga**, Bustamante, Alamán y, naturalmente, Iturbide. Pero la verdad es que los orígenes del nacionalismo mexicano están ligados a sus nombres, tanto como los de Hidalgo, Morelos y Fray Servando. Ya desde 1804 la nobleza mexicana manifestaba un nacionalismo político que enarbolaba el principio de la autonomía frente al centralismo castellano, las prioridades domésticas frente a las necesidades del imperio, la simpatía por el rey y la oposición al poder colonial local.

Humboldt sostiene que casi todas las familias de la aristocracia criolla eran partidarias de la independencia. Pero su concepción de autonomía y unidad nacional estaba centrada en la conservación de los privilegios económicos, políticos y religiosos vigentes en la colonia. La posibilidad de una rebelión era rechazada por temor a las masas y su nacionalismo excluía la idea de revolución. Cuando Hidalgo se pronunció, la aristocracia criolla, que esperaba que la lucha sería corta y sus alcances sociales limitados, le otorgó su apoyo o su neutralidad. En sus cartas, el Marqués de Rayas afirmaba que Hidalgo era un hombre íntegro y

que los insurgentes sostenían demandas justas por vías equivocadas. Pero cuando, un mes más tarde, el movimiento comenzó a definirse como rebelión popular, los criollos ricos le dieron la espalda.

Abad y Queipo contribuyó a que fuera identificado con el motín popular y la anarquía; los Condes de la Cadena y de Rul dieron sus vidas luchando contra los insurgentes; muchos otros formaron milicias rurales realistas y movilizaron los recursos de sus haciendas para apoyar el esfuerzo bélico de los españoles; todos aportaron cuantiosas donaciones y préstamos destinados al mismo fin.

Sin embargo, esto no los transformó en partidarios incondicionales de la Colonia. Una cosa era la necesidad de aplastar la rebelión popular, otra muy distinta renunciar a sus planes de autonomía e incluso de independencia.

Siguieron conspirando en la ciudad de México, haciéndose elegir a las cortes españolas, apoyando, a veces subrepticamente, a los insurgentes para consolidar su posición frente al virrey. Su movimiento, que nunca se apagó, desembocó finalmente en el Plan de Iguala, clerical, conservador y autonomista.

Este no es el resultado de un viraje inesperado de la aristocracia criolla ni un trágico error de la historia, sino la victoria de un nacionalismo conservador, una fuerza que logró mantener su posición frente a los insurgentes revolucionarios y el poder colonial.

El nacionalismo de la aristocracia mexicana defendía los fueros de la Iglesia, el Estado patrimonial, la gran propiedad de la tierra y los sistemas de explotación vigentes. Pero no se oponía a todas las reformas. Trabajaba por una monarquía mexicana constitucional, la subordinación de la Iglesia local al nuevo Estado, el libre comercio, la abolición del sistema de castas y la esclavitud e inclusive renunciaba voluntariamente a los mayorazgos.

Por otra parte el elemento conservador estaba también presente en el nacionalismo de los liberales. Hidalgo, tan festejado hoy, no gozaba de la simpatía de Mora y Zavala, cuyo juicio sobre el origen revolucionario de la independencia no era muy diferente al de Alamán. La revolución popular fue considerada por ellos en el mejor de los casos, como un mal necesario, pero nunca el principio de la nación independiente.

El pueblo en acción estaba excluido no sólo del nacionalismo aristocrático, sino también del nacionalismo liberal. La versión plebeya de la soberanía impuesta en la práctica por las huestes de Hidalgo y Morelos y los pronunciamientos jacobinos de este último, sólo les producían un desagradable escalofrío de rechazo y aversión.

En cada época el nacionalismo conservador adopta nuevas expresiones. No es necesariamente inmovilista, pero su contenido medular es siempre la identificación de los intereses de la clase dominante y gobernante con los de la nación en su conjunto. Puede, sin miedo, evocar las figuras del nacionalismo popular del pasado siempre y cuando éste sea suficientemente lejano. Lo que no logrará jamás es convertirse en su contrario, un nacionalismo democrático, antimperialista y socialista²⁴.

EL CASO DE CARRANZA

El 21 de mayo de 1920, en una choza de Tlaxcalantongo, caía asesinado Venustiano Carranza, ex primer jefe de los ejércitos constitucionalistas y presidente electo de México. Habiendo sido depuesto previamente por el Plan de Agua Prieta, fue enterrado en forma oscura, sin honores.

Así se cumplía, en él, el destino que segó la vida de los otros grandes revolucionarios: Madero, Zapata, Villa y Obregón. Como en la Gran Revolución Francesa o la Rusa, la mayoría de los principales personajes del drama no sobrevivió su desenlace. La revolución mexicana pertenece a aquéllas que, para construir un nuevo orden, exigieron el sacrificio de los que encabezaron el derrocamiento del antiguo. Pero esto no es, como sostienen algunos, una ley absoluta. Mao, Tito y Fidel Castro demuestran que no toda revolución está obligada a devorar a sus hijos. Una vez derrocado el viejo régimen, se produce una lucha por el poder entre las fracciones revolucionarias. Las formas que toma, su violencia, la suerte de los jefes políticos, dependen de múltiples condiciones que rara vez se repiten. Los dirigentes revolucionarios mexicanos cayeron víctimas de la lógica inexplorable del caudillismo que, en periodos de debilidad del

²⁴ *Proceso*, número 412, 24 de septiembre de 1984.

Estado, sólo puede elevar al dominio nacional a uno de ellos a costa de la eliminación física de sus rivales. Quizá la señal más evidente de la evolución de la revolución latinoamericana, es que ni la nicaragüense ni la salvadoreña transcurren bajo la sombra de los caudillos.

Derrotado Huerta, Carranza se define como el líder indiscutible del ala derecha de la revolución: un verdadero girondino a la mexicana. Representante natural de los latifundistas y partidario inflexible de la legalidad, se opone siempre a las medidas revolucionarias surgidas desde abajo y, sobre todo a la liquidación de la hacienda. Bajo la dictadura de Porfirio Díaz, fue un ciudadano adinerado, dueño de tierras en Cuatro Ciénegas, Coahuila, que colaboró activamente con el régimen, ocupando puestos de presidente municipal, diputado y senador. Cuando en 1910 se sumó a la rebelión de Madero, tenía ya 50 años de edad. Al triunfo del maderismo volvió a ejercer el poder, ahora como gobernador de su estado natal y desde 1917 hasta 1920 fue Presidente de la República. En él, el espíritu del funcionario de un Estado despótico pesó siempre más que el del revolucionario.

Carranza nunca gozó de grandes simpatías entre los revolucionarios de origen popular, quienes resentían su porte autoritario y su defensa rígida de las jerarquías. Tampoco fue muy popular entre las masas. Según Tobler (*Die Mexikanische Revolution*, 1984) cuando el 11 de marzo de 1917 fue elegido Presidente, ni Villa ni Zapata podían participar en las elecciones. Pese a ello sólo recibió 200 mil votos de una población global de 15 millones y tres millones de electores potenciales. Además, estos votos provenían en su mayor parte de los 150 mil militares que fueron llevados a las urnas, algunos miles de burócratas y grupos de peones que en varias partes del país recibieron entre 50 centavos y un peso por su participación en la jornada electoral.

Frecuentemente, Carranza se oponía a sus oficiales que respaldaban a campesinos que se habían apoderado de tierras de las haciendas y las estaban trabajando. En 1914-15 inició una política de restauración del poder de los hacendados y durante su permanencia en la Presidencia la prosiguió con gran tenacidad. Los repartos de tierras bajaron de 90 mil hectáreas en 1917 a 25 mil en 1918 y 6 mil en 1919. En el Constituyente de Querétaro presentó un proyecto

conservador en materia agraria y, en 1919, la Comisión Nacional Agraria exigía a los campesinos que pedían tierras un compromiso por escrito de pagar indemnizaciones a los hacendados.

Su actitud hacia el movimiento obrero no fue mejor. En el verano de 1916 disolvió la Casa del Obrero Mundial y en 1917 reprimió los intentos de crear una nueva central independiente. Un año más tarde apoyó y financió el Congreso de Saltillo, del cual surgió la CROM. Pero sus relaciones con ella se volvieron conflictivas, apenas la nueva Confederación apoyó algunas huelgas. Carranza nunca toleró la autonomía obrera. El apoyo esporádico que otorgó a algunas de sus organizaciones tuvo siempre por objetivo el control y la sumisión a sus mandatos. Bajo el amago de las tropas de Villa y Zapata y las presiones de Obregón, promulgó decretos revolucionarios como el del 15 de enero de 1915 y un año más tarde otorgó las concesiones a los trabajadores urbanos de la ciudad de México, pero en el fondo nunca pudo liberarse de su herencia oligárquica.

Sin embargo, bajo sus órdenes sirvieron hombres de ideas avanzadas, partidarios genuinos de la reforma agraria y de los derechos obreros. La explicación de este aparente contrasentido está en el caudillismo, que marcó profundamente la revolución mexicana. La única alternativa viable al poder de Carranza era Villa y muchos revolucionarios radicales, pero ilustrados, temían la crudeza, la falta de definición y la inconsistencia política de éste, más que el conservadurismo de aquél. Otra explicación está en la política exterior del jefe Constitucionalista. Carranza fue uno de los exponentes más notables del nacionalismo conservador que haya tenido nuestra historia contemporánea. En momentos extremadamente difíciles, mantuvo en alto la bandera de la independencia nacional en forma más clara y contundente que sus adversarios. Y en una nación en la cual la lucha por la soberanía es un ejercicio cotidiano, las posiciones conservadoras pueden arrastrar a sectores importantes de los trabajadores si van aunadas al nacionalismo.

En 1914, Carranza protestó airadamente contra la invasión de Veracruz por los norteamericanos y calificó la proposición de éstos de mediar entre las facciones como una intolerable injerencia en los asuntos internos de México. Mientras, Villa y Zapata tardaban en reaccionar. En 1916, se opuso firmemente a la entrada de

las tropas de la "expedición punitiva" y no vaciló en buscar el apoyo de Alemania. Ya Presidente, mantuvo una política tendiente a asegurar el control sobre las empresas petroleras y asegurar un desarrollo más independiente de la economía mexicana. En 1917 creó un impuesto de 10 por ciento sobre las exportaciones de crudo y en 1918 promulgó un decreto que obligaba a las compañías a registrar sus títulos de propiedad y a pedir autorización oficial para la perforación de nuevos pozos. Los conflictos con Estados Unidos lo llevaron a desarrollar una activa política internacional tendiente a la transformación de México en el líder de un bloque antimperialista latinoamericano, que se expresó en la "Doctrina Carranza" de 1919, opuesta a la doctrina Monroe, y en la promoción de una serie de eventos internacionales antimperialistas.

En ese sentido, Carranza es el iniciador de una tradición histórica de la política de la burguesía posrevolucionaria: la combinación del conservadurismo en materia social con el nacionalismo moderado hacia el exterior; la antidemocracia con la resistencia al imperialismo.²⁵

QUETZALCÓATL Y GUADALUPE ¿ORÍGENES DE UNA NACIÓN?

En México, la ideología dominante es el nacionalismo. De él existen por lo menos dos versiones: el nacionalismo conservador y lo que se ha dado en llamar, nacionalismo revolucionario. El primero identifica la nación con las clases dominantes del pasado (aristocracia criolla, hacendados aburguesados y oligarquía porfiriana) o bien del presente (poderosos empresarios y altos funcionarios del gobierno). El segundo se proyecta hacia una sociedad avanzada e independiente, en la cual, burguesía media y pequeña, obreros y campesinos, sin dejar de ser, gozan todos de un nivel de vida digna, seguridad social, educación y plenos derechos ciudadanos.

El nacionalismo, en una u otra de sus formas, ha reducido al mínimo el espacio existencial de otras corrientes ideológicas. Hoy son nacionalistas no sólo la burguesía y la pequeña burguesía, sino también la mayoría de los obreros que durante décadas, han luchado bajo banderas ajenas. Sólo los campesinos

²⁵ Proceso, número 445, 13 de mayo de 1985.

parecen escapar a esa influencia, quizás porque desde hace siglos la tierra ha estado en manos de mexicanos que no eran campesinos. En esas condiciones, no es de extrañar que ilustres pensadores como Alfonso Caso, Samuel Ramos y Vasconcelos -para no citar más que algunos- hayan dedicado sus mejores páginas a la nación, lo nacional, el nacionalismo, bajo éstas u otras denominaciones. Pese a la gran diversidad de enfoques, predominan los que identifican a la nación con la cultura o el espíritu nacional; que buscan el secreto de su evolución en el mito o la psicología de lo mexicano.

El libro de Jacques Lafaye, *Quetzalcóatl y Guadalupe. La formación de la conciencia nacional de México*, publicado en Francia en 1974 y presentado al público mexicano a finales del año por el FCE, es una contribución más a la corriente idealista tradicional. Una aportación, quizá no muy novedosa, pero erudita.

Para Lafaye, la nación es mentalidad, cultura, mito. Sus creadores son el clero y los intelectuales novohispanos y así nos lo hace saber en múltiples formas y tonos: "El fenómeno cultural de la formación de la conciencia mexicana -escribe- es lo que podemos llamar el diálogo de las culturas" (pág. 411). "La identificación del héroe -dios de los indios de México-, Quetzalcóatl (la Serpiente emplumada) con el apóstol Santo Tomás evangelizador de las 'Indias', ha sido una de las principales vías de redención espiritual y, en consecuencia, de salvación histórica de los indios" (pág. 34).

Es también muy explícito acerca de quiénes son los autores de esa conciencia nacional. En la página 343 afirma: "Miguel Sánchez (predicador y teólogo) se nos presenta como el verdadero fundador de la patria mexicana, ya que sobre las bases exegéticas que le ha proporcionado a mediados del siglo XVII podrá desarrollarse hasta la conquista de su independencia política bajo el pendón de Guadalupe. A partir del día en que los mexicanos aparecieron a sus propios ojos como un pueblo elegido, estuvieron potencialmente emancipados de la tutela española". En otro lugar, sostiene: "quizá ha sido una ironía de la historia que los jesuitas mexicanos exiliados en Italia, inconscientes parteros de la nación mexicana (nación en el sentido moderno esta vez), aislados de la realidad

cotidiana de su patria, no hayan podido medir las repercusiones de su propio exilio en la conciencia colectiva" (pág. 169).

Sin embargo, la conciencia común no es suficiente para constituir una nación. Si así fuera este concepto dejaría de tener un contenido histórico concreto y las diferencias entre tribu, pueblo y nación se desvanecerían. Se podría entonces hablar con toda legitimidad no sólo de una nación mexicana o inglesa, sino de las naciones azteca, tarasca, romana o normanda. Porque tanto las primeras, como las segundas tienen su cultura y mitología comunes. Lo que Lafaye ha hecho, es desligar el concepto de nación (y de conciencia nacional) de la formación social, de la estructura económica, de las clases sociales, para transformarlo en abstracción inmune al cambio social. Para decirlo con sus propias palabras: "el estudio de los mitos, el peso de las tradiciones seculares y aun milenarias, es relativamente superior al de las coyunturas económicas y políticas" (pág. 35). Pero liberada de esas "coyunturas", la nación pierde toda racionalidad. Estudiando los mitos nacionales, Lafaye ha terminado por mitificar el origen de la nación y la conciencia nacional.

La formación de la nación mexicana es un largo proceso cuyo aspecto central no es la sucesión de una serie de mitos sino la eclosión de la sociedad moderna, el capitalismo mexicano. Sus pasos iniciales se ubican probablemente hacia mediados del siglo XVII o principios del XVIII, pero sus portadores no son exclusivamente los sacerdotes y los intelectuales criollos, productores de ideas y mitos, sino todos los hombres novohispanos que con su trabajo y sus luchas contribuyeron a disolver el particularismo feudal y a preparar la independencia de la metrópoli, en un proceso prolongado e inconsciente.

Junto a un territorio, una estructura económica y un idioma comunes, la conciencia nacional es un elemento constitutivo fundamental de la nación. Pero el proceso central de su formación no es el "diálogo de las culturas (española e india)", sino la adaptación a las condiciones históricas y naturales específicas que determinaron las particularidades de la nación mexicana. Pero lo más importante es que la conciencia nacional no es sólo unidad. Así como desde el principio la nación se encuentra dividida en clases antagónicas, la cultura nacional refleja esos

antagonismos. La nacionalidad del aristócrata criollo es muy diferente a la del comunero indio, la del peón no es la misma que la del terrateniente. La conciencia nacional es pues también antagonismo. Y esto es lo que oculta la concepción idealista de la nación.²⁶

²⁶ Proceso, número 92, 7 de agosto de 1978.

De revolución en revolución

Cita en Varennes

En 1989, la Revolución Francesa cumplirá su bicentenario y aún vivimos bajo su influencia. Los ideales de *Libertad, Igualdad y Fraternidad*, no han perdido su brillo y las grandes ideologías de nuestro tiempo, liberalismo, nacionalismo y socialismo, reconocen su deuda con los *culottes* parisienses.

Aun cuando las ideas de la Ilustración se difundieron a lo largo del siglo XVIII, fue la revolución del 14 de julio la que los universalizó. Para que las ideas de Voltaire, Rousseau y Diderot llegaran a todos los confines de la tierra, fue necesario tomar la Bastilla y para que la razón burguesa triunfara sobre los prejuicios del Viejo Régimen, un rey tuvo que perder la cabeza.

Nada más anacrónico en nuestra época que la fe ciega de los iluministas en el Progreso. Hemos aprendido que la razón puede producir monstruos tan espantosos como la superstición y que la perfectibilidad del hombre está empeñada en una carrera mortal con su capacidad destructiva. Después de sobrevivir repetidos intentos de acabar de un solo golpe con todos los males de la humanidad, vivimos una *malaise* política y social sin precedentes. Pero intuimos que si alguna esperanza queda, ella no es ajena a la audacia de los revolucionarios franceses. Es posible que no exista una solución global a los problemas de la sociedad contemporánea, pero muchas soluciones parciales exigirán asaltos a la Bastilla.

No es un accidente que tanto Thiers, el verdugo de la Comuna como Jaures, uno de los grandes fundadores del socialismo francés, hayan escrito historias monumentales de la revolución de 1789 y que la historiografía contemporánea siga ocupándose intensamente de ella. Tampoco el arte escapa a su hechizo. Romain Rolland, biógrafo de grandes músicos, nos ha legado su espléndido teatro de la revolución y la obra maestra de Eduard Büchner es *La muerte de Dantón*. El cine regresa incansablemente sobre el tema: después de *Napoleón* de Gance y el *Dantón* de Wazjda, Ettore Scola nos ofrece una obra maestra: *La noche de Varennes*.

Por los caminos de Francia, convergen los protagonistas del gran drama de la revolución hacia su momento culminante: Varennes, el lugar en donde el rey dejó de reinar. En una alegoría magistral, Scola reúne a Nicolas Edme Restif de la Bretonne (1703-1806), periodista y literato de talento, fiel representante de los publicistas que crearon la prensa revolucionaria de Francia. Informante y vocero del pueblo, Restif descubre lo que el poder calla y prevé los estallidos sociales. Espía, testigo y protagonista, es el "filósofo" que transforma la ira y el valor popular en conciencia revolucionaria.

La ficción quiere que su amigo y compañero de viaje sea Thomas Paine, nacido en Inglaterra en 1737 y muerto en Estados Unidos, en 1809. Paine llegó a ser el pensador revolucionario más influyente de su tiempo. Republicano, partidario convencido de la igualdad entre todos los ciudadanos, enemigo de la monarquía hereditaria, el revolucionario inglés fue el creador de un estilo brillante y novedoso que le conquistó millones de lectores en todo el mundo. Partícipe de las revoluciones norteamericana y francesa, es el iniciador de una tradición radical que ha llevado a demócratas revolucionarios, socialistas y anarquistas a considerarlo precursor de sus ideas.

En los días en que la película lleva a Paine por el norte de Francia, aparece la primera parte de su ensayo *Los derechos del hombre*, dedicado a Jorge Washington, en el cual explica: "La idea de legisladores hereditarios es tan inconsistente como la de jueces hereditarios, jurados hereditarios y tan absurda como la de matemáticos hereditarios y sabios hereditarios". No es por lo tanto nada extraño que sus ideas hayan espantado a la dama de compañía de María Antonieta más que los avances sexuales de un viejo decrepito.

El tercer personaje es Giacomo Casanova de Seingalt (1725-1798), aventurero veneciano, prototipo supremo del Don Juan, héroe de mil aventuras galantes, símbolo de la decadencia de las cortes europeas. Casanova es el objeto sexual de una época que conoce un brote de emancipación femenina y la irrupción de la mujer en la vida política y cultural. Es, también, el testigo cínico de un mundo que desaparece. En la misma diligencia, viajan el industrial que ha descubierto los horrores de la huelga obrera, el magistrado, voz del ala conservadora de la

revolución, la cantante italiana, cuyas simpatías están con el pueblo. Tampoco falta el noble oficial de las tropas de Lafayette, cómplice encubierto de la huida del rey, el plebeyo militar de la Asamblea Constituyente que se lanza de veras a la persecución de los fugitivos, así como Drouet, hijo jacobino del maestro de postas que reconoce al rey y organiza su detención.

Aun cuando cada quien persigue sus propios fines, el drama que los une es la huida de Luis XVI de París en la noche del 21 de junio de 1791, para encabezar la intervención extranjera contra sus propios súbditos.

Un actor omnipresente es el pueblo que trabaja, come, ama... y hace la revolución. Los campesinos que habiendo impedido en el puente sobre el Aire la huida de la familia real, la observan silenciosos en la casa del funcionario local de Varennes con sentimientos divididos -mientras las campanas tocan a rebato-, y que más tarde escoltan la carroza del rey en su vergonzoso regreso a la capital, entonando canciones revolucionarias.

Scola ha reunido en una película barroca y realista a la vez, en una síntesis que sólo el gran arte puede dar, a todos los protagonistas del viejo y el nuevo régimen, en el momento preciso en que el primero cede el lugar al segundo, porque como dice Tom Paine "Un rey que huye deja cada minuto de ser rey".

Un testimonio más de la fascinación que sobre el mundo actual ejerce la Revolución Francesa. Una fascinación que es nostalgia por sus gloriosos orígenes e interrogación sobre un presente que tan poco se parece a los sueños de Restif, Paine y Drouet.²⁷

²⁷ *Proceso*, número 507, 21 de julio de 1986.

La conexión francesa

Tanto la Revolución Francesa como la mexicana de Independencia, se iniciaron con una profunda crisis de sus respectivas monarquías. Regímenes que habían resistido los embates de siglos, se derrumbaron sacudidos por sus contradicciones internas.

En Francia, la crisis política se inició con la bancarrota financiera de la Corona. Un déficit alimentado por las guerras y los derroches de la Corte, ahogaba el reinado de Luis XVI. Para cubrirlo, el monarca recurrió a los empréstitos, y así, en los quince años que duró en el trono, logró duplicar la deuda pública. Sólo la participación en la Revolución de Estados Unidos produjo una deuda de dos mil millones de libras, de un total de cinco mil millones.

Los impuestos que aplastaban a las masas no podían ya ser aumentados. En diez años, habían crecido 25 por ciento y esta carga venía a sumarse a la depresión de los niveles de vida causada por la elevación de los precios en los últimos años del viejo régimen. Para incrementar sus ingresos, el rey debía inexorablemente reformar el sistema fiscal y esto significaba ante todo, abolir las exenciones que privilegiaban a la nobleza y el alto clero, cuyos ingresos se encontraban en pleno apogeo.

En 1787, los ministros de finanzas de Luis XVI intentaron implementar varias medidas en ese sentido. La respuesta de la nobleza fue fulminante. Arrastrando a la alta burguesía, inició una gran campaña de agitación, exigiendo la convocación de Estados Generales que debían pedir cuentas y limitar el poder del rey. En junio de 1788, la agitación se tornó en insurrección: en varias ciudades, estallaron motines instigados por la aristocracia.

El poder comenzó rápidamente a escaparse de las manos del rey. Los gobiernos locales, dominados por la aristocracia, le eran hostiles. El ejército estaba dirigido por oficiales que no le eran adictos. El Tesoro estaba vacío y en las circunstancias existentes no podía recurrirse a un nuevo préstamo. El ministro de finanzas, Brienne, capituló y el 5 de julio del mismo año, prometió convocar los Estados Generales que no habían sido reunidos desde 1614.

La aristocracia logró que la composición de este órgano asegurara su supremacía; estaría dividido en tres órdenes: nobleza, clero y tercer Estado y cada uno contaría con un voto. Así, las órdenes privilegiadas se aseguraban la mayoría. Pero al debilitar a la monarquía, la nobleza abrió el camino al tercer Estado, representante de la burguesía y el resto del pueblo francés. Cuando esta fuerza presentó sus propias demandas, se inició la revolución.

La Revolución Francesa comenzó por un ataque al absolutismo proveniente de la aristocracia que buscaba el regreso a estructuras políticas ya desaparecidas. Frente a ella, se definió rápidamente una fuerza partidaria de las nuevas ideas, decidida a promover la intervención de la mayoría de la nación en los asuntos del Estado. La monarquía, en cambio, no poseía ningún programa preciso de acción. Arrastrado por los sucesos que habían de sucederse rápidamente, Luis XVI se deslizó de concesión en concesión hacia la revolución.

Los sucesos que produjeron la caída de la Corona española diecinueve años más tarde, fueron de una índole diferente, pero su sentido fue el mismo: una profunda crisis de la clase dominante y sus instituciones.

En marzo de 1808, con el pretexto de auxiliar al ejército francés que se hallaba en Portugal, los ejércitos de Napoleón invadieron España y comenzaron a ocupar sus ciudades más importantes. La Corte española entró en un verdadero pánico. Nadie sabía qué hacer. Godoy, "Príncipe de la Paz", propuso una huida hacia América. Carlos IV y Fernando VII, su hijo, intentaron aprovechar los sucesos para zanjar la riña por el poder que los enfrentaba en su beneficio personal.

Napoleón se erigió en árbitro entre los dos pretendientes y acabó obligando a ambos a renunciar a favor de su hermano, José Bonaparte, exrey de Nápoles. La aristocracia española y gran parte de la oficialidad del ejército regular, abandonaron a su rey y traicionaron a su pueblo, aceptando lo que parecía inevitable: el triunfo del gran Corso.

De la noche a la mañana, la nación española y su imperio quedaron sin gobierno legítimo. Ante la agresión externa la Corte y la mayor parte de la aristocracia habían claudicado sin presentar batalla. Se creaba un inmenso vacío de poder que Napoleón intentó llenar con su acostumbrada audacia. Y lo hubiera logrado, de no

haber entrado repentinamente en escena un protagonista inesperado: el pueblo español y después, los pueblos de las colonias de ultramar.

En la Nueva España, el virrey Iturrigaray, que era hechura de Godoy, sólo pensó en sí mismo. Para prevenirse contra una victoria de los franceses o de Fernando VII que representaban su segura remoción, se volvió hacia la aristocracia criolla, apoyando su iniciativa de crear, en ausencia del rey, una Junta o Congreso, como primer gobierno representativo de la Colonia.

Aun cuando el intento fue frustrado por un grupo de peninsulares que instrumentaron el 15 de septiembre de 1808 un golpe de Estado contra el virrey y el Ayuntamiento de la ciudad de México, la autoridad del gobierno español quedó seriamente dañada. Fracasado el plan de la aristocracia criolla de una revolución desde arriba, se impuso dos años más tarde la vía revolucionaria.

En España, el pueblo aprovechó el resquicio abierto por la bancarrota de la clase dominante, no sólo para transformarse en el sujeto de la resistencia nacional contra el invasor, sino también para iniciar una revolución liberal. En la Nueva España, las disensiones en los círculos gobernantes incapaces de enfrentar la crisis sentaron las condiciones para la irrupción en la escena histórica del pueblo con sus propias demandas sociales.²⁸

LA VICTORIA DE LOS VENCIDOS

Hay mucho de común entre Morelos y sus compañeros que escribieron la Constitución de Apatzingán (1814) y los Jacobinos que redactaron la Constitución francesa de 1793. Ambos representaron el momento más radical de sus respectivas revoluciones. Ante una ofensiva rabiosa de la reacción, en el momento de mayor peligro rechazaron todo intento de conciliación con el enemigo. Haciendo a un lado los elementos vacilantes, se dirigieron directamente al pueblo trabajador. Renunciando a mantenerse en los límites que imponen al movimiento las clases propietarias que en él participan, enarbolan las demandas más sentidas del pueblo, para llamarlo a una lucha que sólo puede terminar en la victoria o la muerte.

²⁸ Proceso, número 463, 16 de septiembre de 1985.

Vistas por sus contemporáneos, las ideas de Morelos y los Jacobinos eran utópicas. Sus autores vivieron antes de su tiempo y defendieron ideas que no podían ser realizadas en su época.

El 17 de noviembre de 1810, Morelos expedía un bando en el cual sostenía:

...a excepción de los europeos, todos los demás habitantes no se nombrarán en calidad de indios, mulatos ni otras castas, sino todos generalmente americanos. Nadie pagará tributo, ni habrá esclavos en lo sucesivo, y todos los que los tengan, serán castigados... Todo americano que deba cualesquiera cantidad a los europeos no está obligado a pagarla; y si fuera lo contrario, el europeo será ejecutado a la paga con el mayor rigor...

El 14 de septiembre de 1813, sostenía:

Como la buena ley es superior a todo hombre, las que dicte nuestro Congreso deben ser tales, que obliguen a constancia y patriotismo, moderen la opulencia y la indigencia y de tal suerte se aumente el jornal del pobre, que mejoren sus costumbres, alejando la ignorancia, la rapiña y el hurto...

Por su parte el 24 de abril de 1794 Robespierre, vocero principal de los Jacobinos, declaraba:

La finalidad de toda asociación política es la defensa de los derechos naturales e imprescriptibles del hombre y el desarrollo de sus cualidades... Los derechos más importantes de los hombres son la autopreservación y la libertad... Estos derechos pertenecen por igual a todos los hombres... La libertad es el derecho de cada hombre de ejercer sus facultades como lo desee... Su principio es la justicia, sus límites son los derechos de los demás, su fuente es la naturaleza, su garantía es la ley... La ley sólo puede prohibir lo que es dañino y consagra lo que es útil a la sociedad... Es obligación de la sociedad proporcionar un medio de vida para todos sus miembros, ya sea consiguiéndoles trabajo o asegurándoles medios de vida a los que no pueden trabajar... El pueblo es soberano: el gobierno emana de él y es su propiedad; los funcionarios públicos son sus agentes... Toda posición pública está abierta para todos los ciudadanos...

Los constituyentes de 1814 y la Convención montañesa de 1793 proclamaron constituciones que nunca llegaron a ser vigentes. Pero sus principios sirvieron de inspiración a las fuerzas más avanzadas del siglo XIX y no han perdido vigencia

hasta hoy. Derrotados en su tiempo, Morelos y los radicales del movimiento de independencia, así como los Jacobinos franceses, legaron una herencia inolvidable de libertad e igualdad. Los derrotados de hoy, serían los triunfadores del mañana.

En el aciago año de 1814, el Congreso convocado por Morelos luchaba denodadamente por su existencia. Entre los meses de marzo en que se inició la redacción del nuevo decreto y octubre en que fue promulgado, los ataques de los realistas obligaron al nuevo gobierno a cambiar frecuentemente de residencia. En el mejor de sus momentos, su influencia se reducía a un pequeño territorio del sur de Guerrero y el norte de Michoacán. La situación militar de los insurgentes empeoraba rápidamente. El 29 de marzo, los realistas ocuparon Oaxaca, expulsando a Morelos de esa provincia. Poco después, recuperaron Chilpancingo, Acapulco y toda la región costera hasta Zacatula. Para colmo de males, en el mes de agosto, el virrey Calleja hizo público el decreto de Fernando VII que revocaba la Constitución de Cádiz, declarándola nula y sin valor. Acusaba a las Cortes de haberlo despojado de su legítimo derecho de gobernar y reemplazar las antiguas leyes del reino por los "principios revolucionarios y democráticos de la Constitución francesa de 1791".

La derogación de la carta magna española causó consternación entre los insurgentes y fortaleció a la reacción.

Para inicios de 1815, la situación de Morelos y el Congreso se había vuelto desesperada. En abril de ese año, Iturbide casi logró apoderarse del gobierno en Ario, Michoacán. Las disensiones en el seno del Congreso se volvieron inmanejables y se inició la dispersión. El 5 de noviembre, Morelos fue hecho prisionero y el 16 de enero del siguiente año el coronel Terán anunciaba la disolución del gobierno insurgente.

La revolución basada en un amplio bloque social que fusionaba al pueblo y los liberales, había sido vencida. El intento de constituir en tierras novohispanas un gobierno independiente, republicano y democrático, basado en las ideas de la Ilustración, había fracasado.

Aun cuando la revolución francesa no sucumbió ante los embates de los partidarios del viejo régimen, la suerte de los Jacobinos no fue mucho mejor que la de los constituyentes mexicanos. Su predominio duró trece meses (junio de 1793 a julio de 1794) y las dificultades a las que tuvieron que enfrentarse, fueron enormes. Dentro de Francia, se extendía la guerra civil. Girondinos, Federalistas y campesinos realistas de la Vendee, se oponían al poder revolucionario con las armas en las manos. La crisis de subsistencia y la escasez de productos de primera necesidad hambreada a las masas urbanas. Las largas colas en las puertas de las panaderías exasperaban al pueblo. En las fronteras de la república, los enemigos externos de la revolución sumaban victorias. Los ejércitos revolucionarios, mal alimentados y peor dirigidos, se disolvían. Varios generales se pasaron al enemigo.

Frente a todos esos peligros, los Jacobinos llamaban al pueblo a tomar la revolución en sus propias manos. Robespierre tronaba:

Cuando el pueblo es oprimido, cuando no le queda más que él mismo, aquel que no lo llame a levantarse, sería un cobarde. Es precisamente cuando todas las leyes son violadas, cuando el despotismo ha llegado a su máximo, cuando se pisotea la buena fe y el pudor, que el pueblo debe insurreccionarse.

Los Jacobinos salvaron el poder revolucionario, pero pagaron con sus vidas su atrevimiento. Cumplida su misión, fueron eliminados. Pero su derrota sólo fue temporal. Con frecuencia, en la historia las derrotas de hoy son las semillas de triunfos futuros.²⁹

²⁹ *Proceso*, número 465, 30 de septiembre de 1985

Los trabajadores y la independencia

Hay un rasgo común en las revoluciones de 1810 y 1910. En ambas, los campesinos se rebelaron y marcaron con sus demandas todo el proceso. Las dos veces, fueron militarmente vencidos, pero el recuerdo de su rebeldía persiguió como un fantasma a los triunfadores durante varias décadas.

La era de las revoluciones de independencia latinoamericanas fue también una era de grandes levantamientos campesinos. Sin embargo, el papel de esto en cada región y su relación con los movimientos independientes fueron muy diversos.

En algunos países, las rebeliones indígenas o campesinas precedieron los movimientos de independencia. En el Perú, en 1780-81, un descendiente de los gobernantes incas, Gabriel Condorcanqui se dio el nombre de Tupac Amaru II y encabezó una rebelión indígena que abarcó desde la frontera del Ecuador hasta Tucumán y las pampas. Cuarenta mil indios sitiaron la ciudad de La Paz y fue necesario un ejército de quince mil españoles y una cruenta y prolongada lucha para aplastar el movimiento. Casi al mismo tiempo, en la Nueva Granada se producían una serie de rebeliones populares llamadas "de los comuneros".

En 1789, en Haití, los esclavos de origen africano se rebelaron y acabaron por triunfar, logrando un status de autonomía bajo dominio de la república francesa. Toussaint L'Ouverture, su jefe, fue capaz de establecer un gobierno y reorganizar la sociedad sobre nuevas bases, incluyendo a mulatos y algunos blancos.

También en México hubo movimientos precursores, aun cuando de una envergadura menor. En algunas partes de la Nueva España, la expulsión de los jesuitas en 1767 produjo violentas protestas indias y Jacinto Canek encabezó una rebelión maya en Yucatán.

Pero la participación de los campesinos en el movimiento de independencia propiamente dicho, fue desigual. En el Perú, en donde acababan de ser cruelmente reprimidos, participaron poco. En el Río de la Plata, su presencia fue fácilmente manipulada por los criollos. En Venezuela se produjo una guerra civil que dividió a negros y pardos que participaron en ambos bandos.

México fue el único país del continente, en el cual los campesinos respondieron masivamente al llamado de los independentistas y marcaron con su acción los programas y conducta de sus dirigentes criollos y mestizos. En un mes, Hidalgo contaba con un ejército -si así puede llamarse a las masas que respondieron a su llamado- de 80 mil hombres. La mayoría de ellos provenían del Bajío, cuya estructura social se diferenciaba claramente del centro del país. Ahí, los indios de comunidades no representaban más de un tercio de la población. 60 por ciento eran lo que se llamaba laboríos y vagos -es decir, mano de obra libre- y un 15 por ciento negros y mulatos. Gran parte de estos se encontraban ligados de una u otra manera a los grandes centros mineros y la agricultura comercial. Región fronteriza, ofrecía a la población india grandes posibilidades de movilidad social, emigración y diversidad de empleos. Ya desde el siglo XVII, muchos de ellos hablaban el español, montaban a caballo y conocían el uso de las armas. Ellos se sumaron a las fuerzas de Hidalgo, encabezados por sus capataces o rancheros, conservando su organización productiva. Luego vinieron también los mineros de Guanajuato entre los cuales, un destacamento especial estuvo formado con trabajadores de La Valenciana, conducidos por el administrador Casimiro Chovell. En las últimas tres décadas de la Colonia, el Bajío estuvo sumido en una seria crisis. La producción minera bajaba. La ganadería fue desplazada hacia el norte y los campesinos se vieron obligados a trabajar tierras cada vez menos fértiles. Las crisis agrícolas se sucedían (la última fue en 1809). Las manufacturas textiles se encontraban también en dificultades.

Eric Wolf (*El Bajío en el siglo XVIII*) sostiene que en esa región casi todas las capas sociales se encontraban en conflicto con el orden establecido, mucho antes de 1810. Las trabas a la movilidad geográfica y socioeconómica de los campesinos, el pago del tributo, la esclavitud, el sistema de gremios frenaban el desarrollo de ese dinámico complejo minero-agro-manufacturero y crearon las bases para una alianza de clases y grupos ocupacionales contra el régimen colonial.

El inicio de la Revolución de independencia fue en buena parte una rebelión del Bajío más desarrollado contra el resto del virreinato que lo ahogaba con sus

estructuras. Cien años más tarde, la Revolución Mexicana se iniciaría como una embestida del Norte capitalista contra un dominio central que se había transformado en un freno a su desarrollo.

A medida que se acercaba a la ciudad de México, Hidalgo se alejaba de su base social. Los indios del Valle de Anáhuac no respondieron a su llamado. Los comuneros profundamente arraigados en sus pueblos veían con terror las extrañas huestes provenientes del Norte.

Morelos encontró una base social distinta para sus ejércitos del Sur, que además, nunca tuvieron el carácter masivo de los de Hidalgo. Pero su despertar se produjo cuando ya el gran empuje de los trabajadores del Bajío había sido completamente derrotado.

Hidalgo hizo repetidos llamados a los criollos a sumarse a la revolución para frenar a las huestes populares que iban imponiendo su dinámica al movimiento. Pero estos se sintieron incapaces de tal tarea y prefirieron regresar temporalmente al regazo de la monarquía. Desconfiando de su capacidad de orientar a las masas, contribuyeron activamente a su derrota³⁰.

30 Proceso, número 454, 15 de julio de 1985.

Los orígenes del primer Estado mexicano

Los revolucionarios del siglo XIX y los del siglo XX tienen algo en común. Fueron no sólo los destructores de un Estado viejo, sino también los constructores de uno nuevo. La contradicción insoluble de su teoría del Estado es que debe explicar la abolición de una forma de dominio y justificar la erección de otra. En la acción, se ven obligados a encabezar a las masas en el asalto al viejo Estado, para después organizar su subordinación al poder surgido de sus cenizas. Si la humanidad sobrevive al peligro del holocausto atómico, la revolución del siglo XXI tendrá un signo diferente. ¿Qué otra cosa puede ser el socialismo democrático, sino un movimiento que plantea, simultáneamente, la abolición de todas las formas de explotación económica y la superación paulatina de todas las formas de dominio político?

Los revolucionarios mexicanos de 1810 no sólo se propusieron derrocar el dominio colonial. Fueron los precursores de un nuevo tipo de Estado, que tardaría 57 años en imponerse. El Estado republicano sería el resultado de la confrontación repetida entre un movimiento liberal y una estructura social y autoritaria y precapitalista; entre brotes revolucionarios intermitentes y una reacción frecuentemente derrotada y nunca definitivamente vencida.

Hidalgo no tuvo tiempo para construir gobiernos. Cuatro meses después de iniciada, la rebelión dirigida por él fue aplastada en la batalla de Puente de Calderón. Poco después, el cura de Dolores y sus compañeros fueron apresados y fusilados. La única vez que se refirió por escrito al tipo de gobierno al que aspiraba, dejó una vaga constancia de su simpatía por la democracia representativa y los beneficios de la industria y la independencia.

Establezcamos un gobierno -escribía al responder a los cargos de herejía fulminados por la inquisición- que se componga de representantes de todas las ciudades, villas y lugares de este reino, que teniendo por objeto principal mantener nuestra santa religión, dicte leyes suaves, benéficas y acomodadas a las circunstancias de cada pueblo: ellos, entonces, gobernarán con la dulzura de los padres, nos tratarán como sus hermanos, desterrarán la pobreza, moderando la devastación del reino y la extracción de su dinero; fomentarán las artes, se avivará la industria: haremos libre uso de las riquísimas producciones de nuestros feraces países, y a la vuelta de pocos años, disfrutarán sus habitantes de todas las delicias que

el soberano autor de la naturaleza ha derramado sobre este casto continente.

Sólo dos de sus principales lugartenientes comprendieron la importancia de continuar la tarea de la construcción del Estado revolucionario: Ignacio Rayón, que él mismo había nombrado secretario particular y después primer ministro, y José María Morelos, al que había designado jefe de la revolución en el Sur.

Muerto Hidalgo, los demás guerrilleros sólo se preocuparon en defender sus respectivos territorios contra cualquier intromisión realista o insurgente. El caudillismo dispersante, la mezquindad localista y el bandidaje encubierto, habrían acabado con la revolución, sin la visión política de esos dos líderes.

Licenciado en Derecho del Colegio de San Idelfonso, Rayón pertenecía a la élite marginada por su origen, que durante la Colonia rondaba el gobierno virreinal. La idea de construir un Estado independiente, en el cual ésta pudiera jugar el papel principal, había surgido desde 1808 y, a la muerte de Hidalgo, Rayón se sintió llamado para encabezarla.

El 21 de abril de 1811, un mes apenas después de que Hidalgo había caído en manos de los realistas, Rayón y Liceaga emitían desde Zacatecas una proclama llamando a convocar un Congreso o Junta Nacional. Esta se justificaba en las que los españoles habían erigido en su lucha contra las tropas de Napoleón y debían gobernar a la Nueva España en nombre de Fernando VII. Consciente que este llamado podía ganar el apoyo de los criollos de las ciudades, Calleja dirigió inmediatamente sus tropas hacia Zacatecas y obligó a Rayón a huir a Zitácuaro. Ahí, el 21 de agosto, éste convocó a los jefes que le eran adictos para formar una Junta, que tendría dos vocales (a ser ampliados a cuatro posteriormente) y un presidente. Rayón recibió once de los trece votos de los asistentes, conservando además su título de ministro universal que le había otorgado Hidalgo.

Pretendía, a la vez, lograr la adhesión de los guerrilleros insurgentes y la de los simpatizantes de la independencia de las ciudades. Con los primeros, fracasó rotundamente. Su incapacidad militar y sus constantes huidas y derrotas no estaban hechas para impresionar a jefes que hacían frente con mayor éxito a las tropas realistas. Entre ellos, la legitimidad del título conferido por Hidalgo se fue

desgastando rápidamente. Cuando se enteró de las pretensiones al mando de la Junta Suprema de Gobierno y el tratamiento de "Alteza" que pretendía su presidente, Albino García, guerrillero insurgente que controlaba el Bajío, contestó que "no había más junta que la de los ríos, ni más alteza que la de un cerro". Morelos fue el único comandante importante que durante algún tiempo se interesó seriamente por la Junta, otorgándole su apoyo.

Rayón tuvo más éxito con los criollos de la ciudad de México. Algunos de ellos acabaron por unírsele y más tarde jugaron un papel importante en el Congreso de Chilpancingo. Su rechazo a la consigna "muerte a los gachupines", su defensa de los derechos de Fernando VII y su insistencia en la lucha ideológica, atraían a los criollos moderados convencidos de la necesidad de la independencia, pero espantados por la insurrección popular.

A principios de 1812, Rayón redactó un proyecto de constitución que envió a Morelos. El documento era conservador y contradictorio: declaraba la independencia de América, pero reconocía la autoridad de Fernando VII; hablaba de la soberanía del pueblo, pero sostenía que éste no podía cambiar los artículos de la Constitución, renovar a los miembros actuales de la junta o elegir otros. Contenía, además, incisos que perpetuaban a Rayón en el poder antes y después de la independencia. Por eso mereció poca o ninguna atención entre los insurgentes.

El primer intento de establecer un gobierno revolucionario independiente duró apenas diez meses. A finales de 1811, Rayón huyó de las tropas de Calleja que se acercaban a Zitácuaro y más tarde sufrió una derrota decisiva en Tenancingo. El 18 de junio de 1812, el órgano de la Junta, *El Ilustrador Americano*, anunció que sus miembros se separaban temporalmente. Se decía que la separación no afectaba la autoridad de la Junta pero en realidad ésta había dejado de existir. El experimento naufragó entre las agrias rencillas de sus miembros. A partir de entonces, éstos se limitaron a disputar como los otros guerrilleros el dominio de sus respectivos territorios.³¹

31 *Proceso*, número 451, 24 de junio de 1985.

EL PODER DUAL 1813-1815

Durante dos años hubo en la Nueva España una dualidad de poderes. Entre junio de 1813 y junio de 1815, coexistieron uno junto al otro, el Estado Real español y un Estado insurgente en formación. Cada uno de ellos proclamaba su legitimidad y negaba la de su contrincante. Ambos contaban con fuerzas armadas para sostener su aspiración y entre los dos se desarrollaba una guerra sin cuartel. El principio de la indivisibilidad de la soberanía exigía la desaparición de uno de ellos. El régimen virreinal había dominado durante cerca de trescientos años en forma irrestricta. Extensión del absolutismo español, profundamente enraizado en la conciencia de sus súbditos, no había tenido rivales de importancia. Los intentos de cuestionar su poder, débiles, esporádicos y localizados, habían sido apagados sin dificultades.

Su crisis se inició sólo en 1808, y no en la periferia, sino en el corazón mismo del imperio. La abdicación de la familia real en favor de José Napoleón, la entrada de las tropas francesas en la península, la heroica resistencia del pueblo y la constitución de juntas portadoras de la independencia fueron los primeros síntomas de una prolongada decadencia del absolutismo español. Sin embargo, no estaba herido de muerte. La historia posterior había de comprobar que contaba con una vitalidad verdaderamente sorprendente. En la Nueva España, la corriente autonomista conservadora, que tenía sus raíces en la aristocracia criolla, aprovechó las circunstancias para proponer en 1808 una Junta o Congreso que le hubiera abierto las puertas del poder. El intento duró cien días y fue fácilmente derrotado. La segunda tentativa para derrocar al gobierno Real provino de la insurrección de Hidalgo y ésta fue vencida en cuatro meses. Sin embargo, la insurgencia no fue liquidada. Renacía ahora, en forma más peligrosa: los intentos de Rayón primero y de Morelos más tarde, de fundar un Estado paralelo en las zonas controladas por los revolucionarios. El régimen virreinal respondió a estos retos con gran vigor y eficiencia. Separadas, ni la conspiración conservadora ni la guerrilla insurgente pudieron derrocarlo. Estaba debilitado, pero hasta 1820 siguió siendo mucho más poderoso que sus enemigos.

El primer Estado independiente nació de una iniciativa de Morelos, aconsejado por sus asesores liberales. Su propósito era unificar el campo insurgente, desgarrado por las disensiones; atraer a los autonomistas conservadores y a los liberales de las ciudades y dar forma política y administrativa, al control militar de las zonas liberadas. Debía ser la culminación política del proceso de formación del nuevo poder.

Morelos convocó a la celebración de un Congreso Nacional para el 8 de septiembre de 1813, en Chilpancingo. Enseguida se pasó a elegir a los representantes en elecciones indirectas. En Oaxaca, 85 electores, representantes de la burocracia urbana y municipal, el ayuntamiento, el cabildo eclesiástico, los militares y los notables de la capital, eligieron a un delegado y sus suplentes. En las provincias de Tecpan, Puebla, México y Veracruz se hizo lo mismo, siguiendo procedimientos diversos. Entre los elementos participaban a veces los comandantes, el clero secular y los representantes de las aldeas o repúblicas indias. Los escogidos debían reunirse en Chilpancingo para elegir a los diputados. La mayoría de los insurgentes participó con entusiasmo en el proceso y sólo Rayón, quien veía desvanecerse sus planes de preeminencia, se opuso hasta el último momento.

El Congreso se vio obligado a trabajar en condiciones muy adversas. Desde principios de 1814, la situación militar se volvió difícil y, hasta mediados del año, se tornó desesperada. Los reveses y la carencia de medios obligó al nuevo gobierno a cambiar constantemente de sede e impidieron la asistencia de muchos de sus componentes.

Sin embargo, el nuevo Estado puso las bases para una ruptura profunda con el pasado político de la Nueva España. El 6 de noviembre de 1813, el Congreso aprobó una Declaración de Independencia que cercenaba definitivamente todos los lazos con la monarquía española y fundaba el primer germen de Estado independiente y soberano en tierra mexicana. El 22 de octubre del siguiente año proclamaba la Constitución de Apatzingán, documento inspirado en el pensamiento de la Ilustración tal y como ésta se reflejaba en las constituciones de Francia, España y Estados Unidos. La nueva Carta Magna que establecía los

Derechos del Hombre, la república y la división de poderes, era la negación de la monarquía absoluta que había regido a la Nueva España durante toda su historia. Los decretos quedaron como una carta de intenciones, porque las vicisitudes de la guerra impidieron su aplicación. La Nueva España siguió siendo colonia, la monarquía se recuperó y el poder legislativo del nuevo gobierno no logró funcionar regularmente. El reto había sido lanzado, pero fructificaría sólo diez años más tarde, en 1824.

Cuando el 5 de noviembre de 1815 Morelos fue hecho prisionero, el gobierno independiente había dejado de existir en la práctica. En España, Fernando VII, que había regresado al trono, abolía la Constitución liberal de Cádiz e iniciaba un ataque contra los insurgentes en toda Latinoamérica. La contrarrevolución pasaba a la ofensiva. En la Nueva España, la dualidad de poderes, situación por esencia transitoria, se resolvía a favor del Estado Real y su extensión, el virreinato.

El gobierno fundado por Morelos fue el primer Estado revolucionario que tuvo México. No sería el último. Exhibió las contradicciones propias del campo independentista: revolucionarios, liberales y conservadores tuvieron en él su expresión. La derrota de la revolución, en 1816, y el papel determinante del ala conservadora en la victoria de 1821 alteraron la relación de fuerzas. La construcción del Estado republicano independiente se reiniciaría en 1824, sin la participación de la corriente revolucionaria, excluida definitivamente del poder y satanizada durante el resto del siglo XIX³².

LA CONTRARREVOLUCIÓN EN EL PODER 1821-1823

El Estado que surgió de la independencia fue muy diferente al fundado por el Congreso de Chilpancingo. En 1813 predominaban los revolucionarios y los liberales. En 1821, mandaban los conservadores.

Desde finales de la Colonia, la aristocracia criolla tuvo sus propios conflictos con la monarquía española. El movimiento de independencia mexicano se inició, como la Revolución Francesa, con una rebelión aristocrática contra la monarquía absoluta. La aristocracia criolla, irritada por la consolidación de los bienes de las obras pías,

³² *Proceso*, número 452, 1° de julio de 1985.

aprovechó la bancarrota de la Casa Real frente a Napoleón, para promover en 1808, la celebración de una Junta o Congreso, segura de predominar en él. Los realistas novohispanos conjuraron el peligro por medio de un golpe militar. Pero en la Nueva España no existía como en Francia, una burguesía capaz de aprovechar la crisis en su propio beneficio victoriosamente. Después de largos forcejeos, la aristocracia criolla acabó por imponerle al movimiento su predominio.

La rebelión campesina encabezada por Hidalgo y Morelos volvió a arrojar a la aristocracia criolla en brazos de la monarquía. Sólo cuando las fuerzas populares habían sido batidas y la Corona española pasaba en 1820 por una nueva crisis, la corriente conservadora cambió su autonomismo por el apoyo decidido a la independencia. Cuando las tropas independentistas entraron victoriosas en la ciudad de México, las masas vitorearon delirantemente no a un heredero de Hidalgo y Morelos, sino a Iturbide, su oponente.

En 1821, su predominio en el campo independentista era aplastante. La Junta que preparó el movimiento dirigido por Iturbide selló un pacto oligárquico que representaba no sólo a la élite criolla y a la iglesia, sino también a un sector de los españoles residentes en la Nueva España. Es verdad que debieron pactar con los pocos insurgentes que aún seguían luchando. Pero la alianza se hizo en condiciones muy desventajosas para éstos, quienes en aras de la independencia, se vieron obligados a renunciar temporalmente a las ideas republicanas difundidas desde 1814.

El plan de Iguala otorgaba una gran importancia al problema del nuevo Estado. Catorce de sus veintitrés incisos versan sobre ese tema. Prevé la instauración, no de una república, sino de una monarquía constitucional. Propone como regente del Imperio Mexicano a Fernando VII o a un miembro de la dinastía que había combatido ferozmente los movimientos de independencia y se significaba por su odio a todo lo que olía a liberalismo.

Mientras se conseguía al nuevo emperador, gobernaría una Junta formada por vocales aprobados por el virrey. Todos los empleados públicos del gobierno virreinal serían conservados en sus puestos, excepto aquellos que se opusieran al movimiento trigarante. Eran elegibles para los puestos públicos todos los

habitantes del Imperio, incluyendo a los españoles. La junta gobernaría de acuerdo al juramento que tenía prestado al rey. El ejército se constituye en el principal apoyo del nuevo gobierno. La Junta convencerá a las Cortes constituyentes, fijando ella misma las reglas de la elección. Mientras se reunían las Cortes, el país sería regido por la Constitución de Cádiz.

Estamos ante un retroceso radical frente al programa adoptado por el Congreso de Chilpancingo y el gobierno que de él surgió. La esencia del Plan de Iguala es el continuismo del régimen virreinal, con una mayor autonomía.

En *Sentimientos de la Nación*, Morelos establecía que la soberanía reside en el pueblo quien lo deposita en el Supremo Congreso Nacional Americano; que los poderes legislativo, ejecutivo y judicial debían estar divididos; que el gobierno virreinal era tiránico y por lo tanto debía ser sustituido por uno liberal y los españoles, arrojados del país. Sólo los mexicanos de nacimiento podían ocupar los puestos gubernamentales y eclesiásticos.

El contraste es evidente: Continuidad del aparato estatal virreinal, frente a la destrucción de éste; monarquía constitucional versus república; vigencia de una constitución española contra elaboración inmediata de una mexicana; respeto a la participación de los españoles en la política frente a la expulsión de éstos.

El papel jugado por Iturbide en el movimiento de independencia le otorgaba prestigio y un poder enormes. Fue él quien designó los 38 miembros de la Junta que había de gobernar interinamente. En ella predominaban los criollos ricos y había españoles incluyendo a O'Donojú que había firmado los tratados de Córdoba, pero ninguno de los líderes insurgentes. Como era de esperarse, Iturbide fue nombrado presidente de la regencia y generalísimo de tierra y mar.

El 24 de febrero de 1822, se instalaba el primer Congreso electo en el México independiente. Este se reservó el poder legislativo, delegó el ejecutivo a la regencia que presidía Iturbide y el judicial a los tribunales existentes.

Tres meses más tarde, una sublevación del ejército y de la población de los barrios populares de la ciudad de México, proclamaba emperador a Iturbide, quien se había ya asegurado una mayoría en el Congreso para ese propósito. El imperio duró escasamente un año, pero dejó su marca en el desarrollo del Estado

mexicano: El nombramiento de Iturbide como emperador, fue obra del ejército, que mostraba ya sus largas uñas en una premonición del papel que había de jugar en la política de las siguientes cuatro décadas.

El intento de la aristocracia criolla y española de constituir un gobierno que excluía totalmente a liberales e insurgentes había fracasado. La república de 1824, sería el resultado de un pacto oligárquico más amplio, que excluía a los españoles y englobaba los hacendados de orientación liberal y sus representantes clasemedieros.³³

³³ *Proceso*, número 453, 8 de julio de 1985

Revolución y mitología

La Revolución Mexicana de 1910 fue la revolución social más profunda que haya conocido América Latina antes de la cubana, de 1958.

La teoría que concibe a esa revolución como una continuación del porfiriato, sólo porque ambos sucesos representan hitos en el mismo proceso de conformación del capitalismo en nuestro país, nos parece equivocada. Un millón de mexicanos no murieron por un lamentable desliz de la historia. Sus vidas se ofrendaron en un periodo de aguda y violenta lucha de clases, en el cual se combatía contra los restos del feudalismo y por determinar las vías del desarrollo del país. La revolución (1910-1917) produjo un formidable movimiento campesino, una avanzada Constitución, progresos importantes en la organización de la clase obrera, una transformación profunda en la conciencia de millones de hombres. Quien ignore esto, no está en condiciones de comprender la historia contemporánea de México, con todas sus luces y sus sombras.

Durante los años del porfiriato, se produjo un importante desarrollo del capitalismo. Sin embargo, esa transformación se realiza desde arriba, por la vía más reaccionaría posible. En lugar de ser desmembradas las haciendas semif feudales recibían todo el apoyo estatal para iniciar su modernización capitalista. El peón no fue liberado de la explotación feudal sino que a ella vino a sobreponerse la terrible intensificación del trabajo de la explotación capitalista. La industrialización se realizaba no desde abajo, por la acción de una burguesía mexicana ascendente, sino desde arriba, bajo la égida de los grandes monopolios extranjeros. El Estado promovía el desarrollo del capitalismo, pero lo hacía por una vía acorde con los intereses conservadores de los terratenientes aburguesados, los grandes comerciantes y los monopolios extranjeros.

En ese proceso, la revolución produjo una ruptura evidente. Si la juzgamos no por los proyectos de sus participantes, sino por sus resultados -hoy ya muy evidentes-, podemos decir que, después de una serie de vacilaciones, el país se mantuvo en los márgenes capitalistas del desarrollo, pero junto a la vía porfiriana que no desapareció del todo, se manifestaron en las décadas de los veinte y los treinta, elementos importantes de la vía revolucionaria del desarrollo del capitalismo:

ascenso de la pequeña burguesía mexicana y su transformación en burguesía, reforma agraria que benefició a sectores del campesinado a costa de los latifundios, intervención del Estado para frenar la presencia del imperialismo, etcétera. Es decir, la revolución produjo una reorientación del capitalismo mexicano, cuyo resultado es una especie de producto híbrido en el cual la vía reaccionaria y la revolucionaria están entrelazadas en forma peculiar.

Pero la historia de la Revolución conoce dos etapas bien distintas. Una vez que el proceso revolucionario objetivo llegó a su fin, la Revolución se convirtió en un concepto ideológico. Quizá hay pocos sucesos de nuestra historia que hayan sido objeto de tanta mistificación, tanta tergiversación y deformación. Esto se comprende, porque hasta hoy la Revolución Mexicana es la categoría central, el concepto madre de la ideología burguesa en nuestro país. Por eso existe una mitología de la Revolución Mexicana tan rica y truculenta como la mitología griega; una mitología cuya coincidencia con los hechos reales es obra de la más pura casualidad. Lidar con todos sus fantasmas exige no un artículo sino un voluminoso tratado de varios tomos. Esta vez solamente nos interesa hablar de uno de ellos, el que se refiere a la duración de la revolución.

De acuerdo con la ideología oficial la revolución que se inició en 1910, continúa hasta nuestros días. Es decir, una revolución que se prolonga por más de 65 años. En verdad, no siempre es fácil determinar una revolución. Así por ejemplo existe una vieja discusión sobre la Revolución Francesa entre sus historiadores más eminentes. Matihez, Thompson, Goodwin sostienen que terminó en 1794; Lefebvre, Soboul, Furet consideran que su final debe ubicarse sólo en 1799. Algunas revoluciones duran, indiscutiblemente, varias décadas. Tal es el caso de China y Vietnam. El juicio acerca de la conclusión de algunas revoluciones del siglo XX, como la boliviana o la argelina, es materia de discusión.

Las revoluciones -hasta ahora- han consistido en la sustitución violenta en el poder de una clase -o fracción de clase- por otra. Obviamente, en el caso de las revoluciones exitosas, éstas no pueden ser consideradas como concluidas antes de que la nueva fuerza se consolide en el poder estatal, derrotando los intentos de restauración. Pero sea cual fuere la naturaleza de la revolución, su contenido y su

proyección, tarde o temprano llega al momento en que el periodo de las convulsiones, de la lucha por el poder termina y se inicia la historia posrevolucionaria, la evolución dentro del nuevo marco socioeconómico.

Algunos historiadores fijan el término de la revolución de 1910, en la fecha de la promulgación de la Constitución de 1917; otros prefieren extenderla hasta la subida de Obregón al poder en 1920. Silva Herzog, Cosío Villegas, José Iturriaga la ubican hacia 1940.

Estas son posiciones que pueden ser discutidas dentro de un marco de racionalidad. Pero, considerar que la revolución continúa después de 1940, durante la época de la eclosión y consolidación de la gran burguesía monopolística mexicana; bajo gobiernos como los de Miguel Alemán; en días como los del 2 de octubre de 1968, es abandonar el campo de la razón y remontarse al de la mitología, un terreno en el cual el concepto de Revolución Social se confunde con sus contrarios: las categorías de evolución o incluso contrarrevolución.

No señor, la Revolución, la verdadera, ésa cuyos recuerdos inspirarán mañana la acción de los obreros y los campesinos de México ha muerto. ¡Viva la Revolución!³⁴

34 El Día, 11 de marzo de 1976.

Las finanzas de la revolución

Hasta ahora, toda revolución social auténtica ha entrañado la sustitución de una organización estatal por otra. Y el Estado no es una simple arena para la lucha de clases, es además, un conjunto de organizaciones administrativas, políticas, culturales y militares que extraen recursos de la sociedad para financiar sus actividades. Por eso, inevitablemente, toda revolución se ve obligada a sustituir el viejo sistema de finanzas públicas por uno cualitativamente diferente. La revolución mexicana de 1910, no fue una excepción.

Venustiano Carranza, jefe de la corriente victoriosa fue el más diligente de los constructores del nuevo Estado. En plena lucha contra Huerta, el 17 de octubre de 1913, cuando los ejércitos revolucionarios sólo controlaban una parte del país, publicó un decreto creando ocho secretarías, entre ellas la de Hacienda Pública.

Durante la lucha armada, la preocupación fundamental de la nueva dependencia, sería la de conseguir los fondos necesarios para cubrir los gastos militares. Al principio, cada jefe militar se apropiaba de los recursos que necesitaba a su libre arbitrio. Las requisiciones de monturas, comestibles y otras provisiones, los préstamos forzosos amparados o no por vales, la confiscación de los bienes del enemigo, eran los métodos más frecuentes. En otros casos, los jefes militares se hacían cargo de las oficinas de recaudación o aduanas, asumiendo directamente facultades hacendarias y cobrando impuestos y derechos.

Carranza decidió controlar el proceso y darle visos de legalidad. Con ese propósito comenzó, desde el 26 de abril de 1913, a emitir papel moneda, garantizado por el gobierno constitucionalista. Por medio de un decreto, estableció que la aceptación de ese dinero en su valor nominal, era obligatoria para todas las actividades civiles y comerciales. La pena por la primera ofensa era de un mes de cárcel y para las subsiguientes, de seis. También se prometía que tan pronto se restableciera el orden, el gobierno redimiría los billetes.

A partir de entonces, los ejércitos carrancistas pagaron escrupulosamente sus requisiciones, con papel moneda impreso por ellos mismos. Sus enemigos aprendieron pronto la lección y las emisiones -más de doscientas según los

expertos- se multiplicaron sumiendo al sistema monetario del país, en el más absoluto caos.

Hecha en Monclova, la primera emisión fue de cinco millones de pesos. Siete meses más tarde, fue ampliada con veinte millones más. En Veracruz, los carrancistas pusieron a trabajar las prensas, imprimiendo billetes conocidos después con el popular nombre de *bilimbiques*, que fueron profusamente falsificados y cuyo valor bajó rápidamente hasta el punto en que llegaron a valer menos que el papel en el cual estaban impresos.

Naturalmente, el valor de las emisiones carrancistas respecto al dólar descendía constantemente. En junio de 1913, la relación en Tampico era de 5 a 1; en mayo de 1916 habían llegado a 63 por 1. Cuando Carranza llegó a la ciudad de México por primera vez, en agosto de 1914, los billetes carrancistas sólo eran una curiosidad. Veinticuatro horas más tarde, la capital estaba inundada con ella. La moneda metálica, incluyendo la de cobre, desapareció inmediatamente. También los vales emitidos por los bancos desaparecieron. Y esa experiencia se repetía invariablemente, en todos los lugares en que llegaban los carrancistas.

La especulación estaba en su apogeo. Toda persona que entraba en posesión de una suma en papel moneda, corría rápidamente al mercado para deshacerse de ella. Los deudores adquirían frenéticamente billetes devaluados para pagar sus deudas. Hipotecas y préstamos contratados en oro eran pagados con billetes devaluados, comprados a veces a un centavo el peso. Propiedades excelentes cambiaban de manos, por cantidades que en pesos oro, eran risibles. Grandes fortunas desaparecían o se hacían en un golpe de especulación. La vieja oligarquía porfiriana se veía desplazada por una nueva legión de especuladores *parvenus*.

En julio de 1915, la situación monetaria se había vuelto tan grave, que Carranza emitió un decreto informando de la próxima emisión que se conoció más tarde con el nombre de *infalsificables*. El decreto fue seguido por otro que declaraba que la emisión de Monclova no tenía ya valor legal.

Los *infalsificables* estaban impresos en Nueva York. En contraste a los billetes anteriores, estaban bien presentados y eran difíciles de falsificar. En mayo de

1916, fueron puestos en circulación en una relación de cinco por un peso de oro mexicano. El gobierno anunció que había creado un fondo de diez millones de pesos plata en Estados Unidos para asegurar su valor y que todas las emisiones anteriores perdían valor legal.

Durante dos meses, Carranza sostuvo su valor, autorizando a los comerciantes a fijar el precio de sus mercancías en oro nacional y en *infalsificables*. Pero la cantidad emitida fue tan grande, que su paridad comenzó a descender rápidamente. Al principio, las transacciones al curso de mercado negro se hacían clandestinamente. Pero después de algún tiempo, éste comenzó a manifestarse abiertamente. En lugar de ir a la Comisión Monetaria para comprarlo en su valor oficial, los compradores recurrían a los populares *coyotes* que los vendían a mitad de precio.

El gobierno recurrió a tres bancos que aceptaron vender los *infalsificables* a precios fijados por el gobierno diariamente. Durante varias semanas el arreglo funcionó y el curso oscilaba entre 4.25 y 4.50 centavos oro por un peso. Pero a partir de agosto de 1916, éste comenzó a desplomarse y en noviembre, los *infalsificables* valían un centavo. Hacia enero del siguiente año se cambiaban al curso de dos pesos por un centavo oro. Después de esa fecha, el gobierno abandonó sus esfuerzos por defender su moneda. Pese a todo, mientras Carranza se sostuvo en el poder, los *infalsificables* no fueron totalmente repudiados. Durante tres años, el país, lleno de esperanzas, otorgó su apoyo al primer gobierno revolucionario.

Así terminaba una época de caos monetario durante la cual las diferentes emisiones de los beligerantes, no fueron menores a la increíble suma de dos mil millones de pesos.³⁵

PETRÓLEO, HENEQUÉN Y AUDACIA

Las finanzas del gobierno de Carranza fueron emergiendo lentamente de la nada y constituyéndose en la base económica del nuevo Estado. Muy pronto dejaron de depender exclusivamente de las emisiones de papel moneda. El petróleo de

³⁵ *Proceso*, número 457, 5 de agosto de 1985

Tampico y el henequén de Yucatán se transformaron en sus primeros y más importantes fuentes de ingreso. El Primer Jefe dio órdenes a Pablo González de defender el puerto contra las fuerzas de Villa a cualquier precio y en septiembre de 1914 designó gobernador provisional de Yucatán a Eleuterio Avial, ingeniero nativo de ese estado, con la orden expresa de asegurar un flujo constante de dinero proveniente de la floreciente industria henequenera, que por ser mexicana, podía ser intervenida más fácilmente que las compañías petroleras.

En efecto, uno de los primeros actos del flamante gobernador fue expedir un decreto en el cual se establecía que todos los habitantes del estado con un capital mayor de cien mil pesos, debían contribuir con una cuota proporcional al sostenimiento del ejército constitucionalista "considerando que el estado de Yucatán es el único que no ha sufrido las consecuencias de una guerra civil, desgraciadamente necesaria, conservando por ende intacta sus fuentes de riquezas, que se encuentran en plena y floreciente producción". Se impuso cuotas a 245 personas y firmas comerciales que aportaron la suma de 6.4 millones de pesos.

El 21 de julio de 1914, cuando apenas acababa de renunciar Huerta, emprendiendo el camino al exilio, Carranza abolió las leyes fiscales emitidas por éste, poniendo las bases del nuevo sistema tributario. El impuesto al petróleo se fijaba en diez centavos (cinco centavos de dólar) la tonelada y puesto que el puerto de Veracruz seguía ocupado por los estadounidenses, se exigió la entrega inmediata de los derechos cobrados por ellos hasta entonces y se estableció la aduana mexicana en Orizaba.

Dos años más tarde, su atención se volvió hacia los bancos de emisión que habían apoyado activamente el régimen de Huerta. El 15 de septiembre de 1916, Luis Cabrera, ministro de Hacienda, decretó que las concesiones de emisión otorgadas anteriormente eran anticonstitucionales y por lo tanto quedaban derogadas. Se otorgó a las instituciones de crédito sesenta días para elevar sus reservas al nivel de los reglamentos oficiales, mientras tanto, quedaban intervenidas por los inspectores de Hacienda. Como ninguna de ellas logró cumplir

con la exigencia, la secretaría entró en posesión de los haberes de los bancos que eran de más de 50 millones de pesos.

Según Wilkie (*La Revolución Mexicana, gasto federal y cambio social*), los presupuestos proyectados en el periodo de Carranza (1917-1920) subieron en términos reales de 31.8 pesos bajo Díaz a 38 por habitante.

De acuerdo con una declaración de mayo de 1918, los ingresos del último semestre del año anterior habían sido de 49 millones. En septiembre del mismo año, Luis Cabrera publicaba en el Diario Oficial un estado de ingresos para el periodo que iba del primero de septiembre de 1917 al 31 de mayo de 1918 (9 meses). Según éste, se habían recaudado por impuestos sobre el timbre 58 millones; por aduanas 33 y por otros conceptos 9. Esto daba un total de 103 millones. Basándose en esas cifras, Cabrera calculaba que los ingresos anuales de la Hacienda Pública ascendían a 137 millones a los cuales debían agregarse los 12 millones del DF, lo que daba un gran total de 149 millones.

Sin embargo, estas cifras para los primeros dos años del gobierno constitucional de Carranza, deben ser tomadas con su grano de sal, ya que la hacienda se encontraba en la máxima confusión. No existía aun un presupuesto de ingresos y se vivía al día. Muchos de los gastos no estaban debidamente amparados y las fugas de todo tipo eran considerables. Las reservas de oro y plata de los bancos expropiados fueron utilizadas para cubrir los déficits mensuales que se elevaban a cantidades que oscilaban entre los 3 y los 16 millones de pesos y las carencias eran acuciantes.

Para sobrevivir, el Estado surgido de la revolución debió echar mano a recursos extraordinarios. Pero, bajo la hábil mano de Luis Cabrera, comenzaban a delinearse los rasgos de un nuevo presupuesto, distinto cualitativamente al que sostenía el gobierno de Díaz, tanto en la estructura de sus ingresos como en la de sus egresos.

Durante el periodo de la lucha contra Huerta, Carranza no obtuvo apoyo financiero de Estados Unidos. El 19 de octubre de 1915, cinco repúblicas latinoamericanas seguidas por Estados Unidos reconocían su gobierno "sin ninguna promesa de ayuda económica pero a la vez, sin el compromiso del jefe constitucionalista de

reconocer las obligaciones asumidas por el gobierno de Huerta". Casi simultáneamente, se constituyó un comité de tenedores de bonos mexicanos bajo el auspicio de la casa Morgan Grenfall y Co. Este comité mantuvo contacto con los grupos extranjeros que tenían intereses en la deuda externa y las inversiones en México, y desembocó en 1919 en la formación del Comité Internacional de Banqueros, que había de negociar en 1922 la renovación del servicio de la deuda exterior.

Hasta el final de la Primera Guerra Mundial, el gobierno de Carranza intentó conseguir ayuda exterior fuera de Estados Unidos. Como los países aliados de Europa no estaban dispuestos a dar un solo paso sin la autorización de Wilson, tuvo que recurrir a Alemania y Japón. Entonces los periódicos de Estados Unidos comenzaron a publicar artículos y caricaturas que identificaban a Carranza con las potencias centrales y a hablar de un inminente préstamo de éstas a su gobierno. Sin ayuda del exterior, basándose en sus propias fuerzas, el gobierno de Carranza puso las primeras bases económicas para el nuevo Estado.³⁶

³⁶ *Proceso*, número 458, 12 de agosto de 1985.

Revolucionarios mexicanos y nacionalistas turcos

La Revolución Mexicana se encuentra a horcajadas entre el siglo XIX y el XX. Comenzó a gestarse en las reuniones de una organización que llevaba el nombre de Partido Liberal Mexicano y terminó en los años en que se constituía otra, el Partido Comunista Mexicano.

Es el final de un ciclo que se inició en 1810 y la precursora de las revoluciones que en el mundo, forjaron el siglo XX. Contiene las aspiraciones de modernización capitalista frustradas de las clases medias que dieron su apoyo a la Reforma y el Porfiriato, pero también los impulsos libertarios de campesinos y obreros que dominaron nuestro siglo. Anuncia en sus paradojas las revoluciones que habían de cambiar el mundo colonial y semicolonial, treinta años más tarde.

La Revolución Mexicana no es un fenómeno aislado. Fue parte de una ola de movimientos transformadores que anegó a Europa, Asia y América en la segunda y tercera década del siglo: las revoluciones de Rusia, Alemania, Hungría, China, Irán y Turquía.

Mientras que los tres primeros pertenecen al ciclo de las revoluciones de orientación socialista, los últimos son los primeros grandes movimientos por la modernización capitalista y la independencia nacional en los países subdesarrollados. La Revolución Mexicana está íntimamente emparentada con ellas.

Uno de los movimientos menos conocidos en México y que sin embargo tiene rasgos paralelos notables con la nuestra, es la revolución turca ligada con el nombre de Mustafá Kemal (1881-1938) conocido después como Kemal Atatürk ("padre de los Turcos"). El movimiento nacionalista turco tuvo precursores en la rebelión de 1908, encabezada por una sociedad secreta que se denominaba *Los Jóvenes Turcos*. Sus dirigentes eran oficiales del ejército e intelectuales que se proponían modernizar a Turquía, imponer una constitución liberal al Sultán y salvar al imperio de la desintegración. Después de algunos éxitos iniciales, el intento fue mediatizado por los conservadores. Sin embargo, dejó hondas secuelas que habían de reanimarse a raíz de la derrota de Turquía, aliada de Alemania, en la Primera Guerra Mundial.

Al término de la conflagración, el armisticio de Mudros, concertado entre Turquía y los poderes de la Entente, hizo posible el desmembramiento del Imperio Otomano. Aspiraban a beneficiarse, no sólo Inglaterra y Francia, sino también Italia y Grecia, a las que por haber participado en la guerra al lado de los aliados, se les había prometido territorios turcos. Estados Unidos, por su parte, se proponía establecer un mandato sobre territorios vitales como Constantinopla y los estrechos de los Dardanelos.

Tropas expedicionarias con fuerte participación griega ocuparon tierras turcas. El gobierno del Sultán capituló, pero los nacionalistas, cuyo centro de operaciones se encontraba en Anatolia, opusieron una tenaz resistencia. La guerra civil coincidió con la guerra contra el invasor extranjero. Por un lado estaban las tropas extranjeras y el gobierno del Sultán. Frente a ellos, las fuerzas del Pacto Nacionalista firmado en Estambul en enero de 1920, que logró un amplio apoyo popular. En otoño de 1921, los ejércitos nacionalistas detenían la ofensiva griega y un año más tarde expulsaban a los intervencionistas fuera de Turquía.

Sobre las ruinas del Imperio Otomano surgió un gobierno de orientación burguesa y nacionalista dirigido por Kemal Atatürk. Se proclamó la república, se expulsó al Sultán y su familia del país y se separó al Estado de la Iglesia musulmana. En 1924, se aprobó una constitución democrático burguesa. Durante cinco años, la nueva república tuvo que hacer frente a levantamientos promovidos por la contrarrevolución. Pero hacia finales de la década, éstos habían sido sofocados y se iniciaron las reformas.

En el movimiento Kemalista el nacionalismo prevalece sobre el contenido social que se define con lentitud. Esto se debe a que surge de una gran crisis nacional y funda la moderna nación turca, sobre las ruinas de un Imperio, bajo el amago extranjero que amenaza convertirla en colonia o semicolonía.

En la obra de Atatürk es decisiva la introducción de los cambios ideológicos que remueven las tradiciones islámicas y otomanas que obstaculizaban el desarrollo. Su legislación modificó drásticamente los conceptos vigentes de propiedad privada, aboliendo todas las limitaciones precapitalistas que le impedían ser

comercializada transmitida por herencia. Instauró el concepto romano de propiedad absoluta y privada, libre de vínculos corporativos.

Siguió una revolución en la educación, tendiente a crear un hombre libre de prejuicios hacia la actividad económica capitalista y capaz de adaptarse a sus exigencias y cambios. Las escuelas coránicas fueron suprimidas y la educación se volvió función del Estado. El alfabeto fue simplificado y occidentalizado y se generalizó el estudio de las ciencias y técnicas modernas. Las mujeres obtuvieron el voto, abandonaron el velo e ingresaron a las escuelas mixtas.

Hasta 1930, el Estado se mantuvo en el marco de los preceptos liberales. La constitución turca consagraba la propiedad privada y afirmaba que "las funciones del Estado comienzan ahí donde terminan las de la iniciativa privada". Su intervención en la economía era moderada. Pero después del inicio de la crisis de 1929 su actitud cambió. Abandonó el modelo liberal y se orientó cada vez más hacia la intervención directa y la planificación, cuyas posibilidades en épocas de crisis habían sido probadas tanto por el caso de Alemania durante la Primera Guerra Mundial, como por el de URSS. El Estado se hizo empresario. Surgió una industria propiedad del sector público e instituciones de planificación. Se impusieron restricciones a la inversión extranjera.

El nuevo Estado, es verdad, nunca fue democrático. Pese a ser una república, Kemal Ataturk gobernó virtualmente hasta su muerte, como un dictador. Pero el punto más débil de la revolución turca, fue el agrario. Nunca contó con una reforma comparable a la mexicana. De ahí la debilidad de su mercado interno y la lentitud del proceso de acumulación. Durante la primera década se estimuló la agricultura con sistemas de irrigación, exenciones fiscales y estímulos al cambio tecnológico, logrando aumentos en la producción. Pero la redistribución de la propiedad de la tierra fue lenta y titubeante. Desembocó en la formación por un lado de un gran número de minifundios que seguían sumidos en el autoconsumo y por el otro, en un número reducido de grandes propiedades que iniciaron su transformación capitalista. Creció el número de campesinos sin tierra y la industria no pudo absorber sino una mínima parte de los que emigraban hacia la ciudad.

En el Kemalismo, la presencia de las demandas de los trabajadores fue más débil que en la Revolución Mexicana. Pero ahí también, el Estado creó y fomentó el desarrollo de una burguesía moderna cuya mayoría de edad se anunció con el viraje de Turquía hacia las grandes potencias occidentales en los años cincuenta y su apertura a la colaboración con el capital extranjero. Dos revoluciones separadas por miles de kilómetros, destinos que se encuentran en más de un punto³⁷.

³⁷ *Proceso*, número 496, 16 de diciembre de 1985.

Contenido

Viaje alrededor de la izquierda.....	1
Enrique Semo.....	1
Introducción.....	2
Viaje alrededor de la izquierda.....	10
Esbozo de un principio de negatividad contemporánea.....	11
El eurocomunismo y América Latina.....	27
El juicio de la historia.....	33
De la Primavera de Praga al Invierno Polaco.....	39
La revolución revocada.....	67
Berlinguer, sembrador de esperanzas.....	84
Esperando a Marx.....	90
Marxismo tardío.....	91
Semblanzas.....	99
El pavo asado del dogmatismo.....	117
El llamado de la patria.....	127
Nacionalismo y Revolución.....	128
Los orígenes del nacionalismo árabe.....	135
Nacionalismo conservador.....	140
De revolución en revolución.....	150
Cita en Varennes.....	151
La conexión francesa.....	155
Los trabajadores y la independencia.....	162
Los orígenes del primer Estado mexicano.....	165
Revolución y mitología.....	175
Las finanzas de la revolución.....	178
Revolucionarios mexicanos y nacionalistas turcos.....	185